

Fin de semana ardiente

Katherine Garbera



Fin de semana ardiente (2004)

Título Original: One hot weekend

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Fuego 82

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Mitch Hollaran y Sophia Doltonio

Argumento:

En el fondo ella también deseaba dar rienda suelta a sus fantasías...

La ayudante del fiscal Sophia Deltonio sólo quería mantenerse alejada de Mitch Hollaran, guapísimo abogado y ex amante suyo. Su escandalosa aventura estaba en boca de toda Florida, pero lo que más preocupaba a Sophia era la pasión que seguía habiendo entre ellos.

Sólo para vengarse, decidió proponerle una apuesta: si Mitch ganaba el caso que los enfrentaba, ella se convertiría en su esclava sexual durante el fin de semana y haría realidad todas sus fantasías. Si ganaba ella, él tendría que marcharse de la ciudad

Entonces... ¿por qué de pronto deseaba tanto perder la suerte que siempre la acompañaba en el tribunal?

Capítulo 1

Sophia Deltonio se hallaba en la cima de su profesión. Y todo el mundo lo sabía. Mientras avanzaba por los largos pasillos, pasando por delante de los despachos de los otros ayudantes de la fiscal del distrito de Orange County, Florida, todos alzaron la vista y le sonrieron. Acababa de ganar un caso difícil, que sabía que impresionaría a Joan Mueller, su jefa.

Se detuvo delante de la puerta con la placa de latón. *Sophia Deltonio, Ayudante del Fiscal del Distrito*. Si jugaba bien sus cartas, en poco tiempo pondría «Fiscal Adjunta». Abrió la puerta a la recepción de su despacho.

— Eh, jefa. Magnífico trabajo en el tribunal — dijo Alice, su secretaria.

— Gracias — recibió los mensajes que Alice le entregó y entró en su despacho. Encima del aparador, había una serie de globos, flores y una cesta con preservativos y braguitas abiertas en la parte inferior, regalo de los otros fiscales.

Acababa de procesar al atracador de las braguitas, como le gustaba que lo llamaran. Había robado cien mil dólares en ropa interior de encaje y elementos sexuales de una tienda local para adultos. Con sonrisa irónica, pensó en las cosas que tenía que hacer para mantener al mundo a salvo de los delitos.

En el centro de su mesa había otra cesta que la frenó en seco. En realidad, no se trataba de una cesta, sino de una pequeña jofaina de metal. Estaba envuelta en celofán y atada con una cinta negra de terciopelo. La cinta liberó una reacción en cadena en su interior.

Una vida atrás, había llevado una cinta como ésa alrededor del cuello todos los días. «No es más que una coincidencia». Dejó el maletín y se acercó al escritorio.

Había una tarjeta pegada al celofán y dentro pudo ver unas botellas de cerveza Corona.

Ya sólo bebía Pinot Grigio. Casi no deseaba abrir la tarjeta, pero eso era una tontería. Sólo era una tarjeta. No tenía poder sobre ella.

Mientras estudiaba el sobre de color crema, experimentó un escalofrío. La mano le tembló, pero no de miedo. La recorrió un hormigueo intenso.

«Esto es una estupidez. Por el amor del cielo, tengo treinta y dos años y controlo mi vida».

La caligrafía no le resultaba familiar. Desde luego, no debía ser familiar.

— Deja de ser ridícula.

Mitch Hollaran llevaba fuera de su vida mucho tiempo y no iba a volver a aparecer de pronto. Con una uña bien cuidada abrió la parte de atrás del sobre y sacó la tarjeta. El papel grueso exhibía el emblema de un prestigioso bufete de Los Ángeles.

Sintió un nudo en el estómago. Abrió la tarjeta y dentro vio una caligrafía familiar... atrevida y llena del tipo de pasión que una chica se moriría por conocer.

Nos vemos en el tribunal.

Ninguna firma, sólo una M. Pero no necesitaba ninguna firma para saber que era de Mitch. Se dejó caer en uno de los sillones que había delante de su mesa y cerró los ojos.

La asaltaron recuerdos del hombre que había conocido y de la pasión que habían compartido. El incidente de la cerveza Corona había sucedido justo antes de que rompieran. Demasiado pobres para permitirse unas vacaciones de invierno, se habían quedado en el apartamento cercano al campus de Harvard, donde ambos estudiaban derecho, escuchando discos de blues y haciendo el amor durante cuatro días.

Rara vez se permitía pensar en aquella vida. En ese momento era una mujer diferente. Faltaba poco para que la ascendieran a fiscal adjunta de Orange County. Todo Orlando sabía que era una mujer a tener en cuenta dentro y fuera de los tribunales.

Y ya no se permitía reconocer el lado sensual de su personalidad. De la forma más dura había aprendido que el dinamismo profesional y la pasión personal no se mezclaban en su interior. Quizá sí con otras mujeres, pero no con ella.

Desde que Robert la dejara hacía dieciocho meses, no había tenido un amante. Él había querido casarse y ella no había sido capaz de comprometerse. No lo había analizado y no quería hacerlo. Simplemente, había sabido que Robert no era tan importante como su carrera, y que jamás lo sería.

Sin duda la reaparición de Mitch la encendía porque desenterraba recuerdos de la época más erótica de su vida.

Pero en vez de centrarse en eso, alargó la mano y abrió el celofán. Dentro había seis botellas Corona y una bolsa de limas. Junto a éstas había un CD de Stevie Ray Vaughn. Oyó los blues en su cabeza y recordó los dedos de Mitch en su cuello. Frescos y húmedos con el zumo de la lima, acariciándole la espalda.

Cuando sonó el teléfono, se sobresaltó. Se llevó una mano al cuello y respiró hondo antes de contestar.

– Deltonio.

– Joan quiere verte en su despacho – dijo Alice.

– ¿Ahora?

– En cuanto puedas. Tiene que ver con el caso Spinder.

– Gracias, Alice. Dile que iré de inmediato.

Colgó. Metió la nota y la cinta negra de terciopelo de Mitch en el maletín. Tomó el cubo con las Coronas y lo colocó detrás de la cesta con las braguitas. Aunque ocultos a la vista, no dejaron de acosarla con recuerdos.

Los punteos de la guitarra de Stevie Ray Vaughn reverberaron en su mente al recordar la excitación del contacto de Mitch. Se dijo que así no iba a ninguna parte.

Tenía que centrarse. El caso Spinder involucraba a un actor de Hollywood y a una joven de diecisiete años, Holly McBride. Los cargos contra Jason Spinder eran practicar sexo con una menor. El supuesto acto había tenido lugar el otoño pasado cuando Holly apenas contaba con dieciséis años. Jason había estado grabando su último éxito, *Maximun Exposnre*, en Orlando.

Sacó carmín del bolso y con cuidado se retocó los labios. Se arregló el pelo, que le llegaba hasta los hombros. Desterró a Stevie Ray Vaughn de la mente y a cambio se concentró en *Back in Black*, de AC/DC, la canción que siempre ponía antes de entrar en el tribunal. Ese rock bronco jamás fallaba en ponerle la sangre en ebullición y hacerla sentir invencible.

Recogió la carpeta y las notas que había escrito sobre el caso Spinder. La oficina del Fiscal del Distrito ya tenía más prensa de lo normal, y no le gustaba pensar en el circo mediático que se iba a montar por el perfil del acusado.

Eso explicaba las Coronas. Por las noticias que con culpabilidad había buscado sobre Mitch, sabía que había desarrollado una fama de ganador que cualquiera envidiaría. De hecho, empezaba a convertirse en el abogado que elegían las estrellas. Mitch debía de ser el abogado de Spinder.

Desde luego, tenía que volver a entrar en su vida justo cuando al fin había encontrado un lugar en el que se sentía cómoda sola.

Después de diez años, no debería importar que regresara. Con la salvedad de que sabía que no iba a ser una reunión feliz. Sabía que le había hecho daño del peor modo en que podía hacerlo una mujer. Sabía que no la había olvidado ni perdonado. Las Coronas y el CD garantizaban que regresaba para algo más que una victoria en el tribunal.

Volvía en busca de venganza.

Joan Mueller observó a su protegida morderse el labio inferior con nerviosismo. Por lo general, Sophia rebosaba energía, estaba preparada para aceptar cualquier desafío. Pero ese día había algo diferente en ella.

— ¿Por qué has tardado tanto en venir? — preguntó Joan.

Hacía quince minutos que la había llamado. No era la primera vez que Sophia se tomaba su tiempo en presentarse, y eso no la molestaba. Pero quería saber qué la inquietaba.

— Tuve que buscar el historial — respondió.

Eso tenía sentido. Sophia era la abogada más organizada que tenía en nómina y también la más ocupada.

— ¿Estás preparada para esta tarde? — por lo general, ni habría mencionado la fase de comparecencia del caso, pero con el interés de la prensa, quería cerciorarse de que cada detalle iba como la seda.

— Mmmm... con respecto a eso. Estoy francamente cansada de casos. Me preguntaba si...

Joan se reclinó en el sillón. Se preguntó adonde quería ir a parar. Sophia necesitaba ganar un caso de perfil alto para añadir a su ya impresionante curriculum y conseguir así el empujón definitivo para el puesto de fiscal adjunta. La había tutelado desde que entrara en su departamento casi siete años atrás.

—Sophia, ¿qué sucede? Tú eres la única en la que he pensado para este caso. Necesitas la relación con la prensa —la había estado preparando para el puesto de adjunta, y hasta ese momento no había albergado ninguna duda de que era la abogada idónea para el trabajo.

Pensó en los otros candidatos. Joseph O'Neill era una posibilidad. Era joven y tenía hambre. Pero Joan quería ver a otra mujer en su puesto cuando se retirara.

—Tienes razón —convino Sophia.

—Cuando este caso termine, tómate unas vacaciones —indicó Joan. Hasta ese momento, nunca se las había tomado, ya que jamás las había querido.

—Las necesito —reconoció.

Ese caso era importante para la oficina del Fiscal del Distrito.

Joan recordó su quinto año en la oficina y las decisiones que había tenido que tomar. En aquel entonces, Maurice Hanner aún la invitaba a salir. Y tras una breve relación, había pensado en casarse con él. Pero en última instancia, para ella no había ningún hombre que pudiera compararse con el ejercicio de la abogacía.

Esperaba que Sophia realizara la misma elección. Pero, por las dudas, tomó la decisión de empezar a seguir más de cerca a Joseph.

Mitch Hollaran había oído que la venganza era un plato que se servía mejor frío. No le importaba a qué temperatura estuviera cuando ya tenía el fin a la vista. Durante diez años había vivido de acuerdo con un juramento hecho siendo un joven de veinticuatro años. Cuando había seguido el consejo de sus hormonas y no el de su cabeza, para que una hechicera de pelo negro que aún hostigaba sus sueños le sirviera el trasero en bandeja.

Le gustaba pensar que con treinta y cuatro años era un hombre más inteligente, aunque había días en que lo dudaba. Pero ése no era uno de ellos. Todo salía como quería. El vuelo había aterrizado con antelación. El servicio de alquiler de coches tenía un Porsche negro esperándolo. Había recibido una llamada de su despacho para informarlo de que el paquete que había solicitado le había sido entregado a Sophia.

Le habría encantado observar la cara de Sophia al ver la tarjeta, indicándole que había vuelto a la ciudad. Y a su vida.

El simple pensamiento de ver otra vez a Sophia Deltonio bastaba para endurecerlo. No era sólo que ella lo hubiera puesto en una situación insostenible con el bufete para el que había esperado trabajar. También había destrozado sus perfectos planes de futuro.

Todos los Hollaran varones se habían casado con sus novias de universidad. Cuatro generaciones de hombres le habían creado la expectativa de que formaría una familia con la mujer que conociera en esa fase de su vida. Sophia había encarnado todo lo que había querido en una mujer, para que luego ella hiciera añicos esa imagen con un acto fríamente calculado.

Aunque se sentía satisfecho con su vida, no descansaría hasta salir como ganador de un encuentro con ella. Y pensar que iba a tener que agradecerle ese placer a su molesto cliente, Jason Spinder.

Había hablado por teléfono con Spinder antes de salir de Los Ángeles. El caso, básicamente, se reducía a «él dijo, ella dijo». Jason afirmaba que Holly McBride le había dicho que tenía dieciocho años y que otros habían corroborado esa información. Pero lo crucial era que Jason había practicado sexo con Holly y que ella era una menor. Su trabajo consistía en demostrarle al jurado que Holly había engañado a su cliente en beneficio propio, utilizando el cuerpo para obtener lo que quería.

Desde el momento en que su ayudante le había enviado el historial de Jason y de la fiscal que se iba a ocupar del caso, no había pensado en otra cosa que en la mujer que lo había traicionado.

Ahí tenía la oportunidad de enfrentarse a la mujer contra la que había perdido hacía tanto tiempo, y en esa ocasión pretendía salir vencedor.

Había tenido otras amantes desde que se separaron, pero jamás había dejado que una mujer lo consumiera del modo en que se lo había permitido a Sophia aquel lejano invierno. Había sido joven.

Diablos, había sido un estúpido. Pero ya no. Sabía que también ella debía de haber cambiado. Y necesitaba ver a la mujer en que se había convertido... para desterrarla de su sistema y seguir adelante.

Mentalmente, siempre la imaginaba con aquella gargantilla de terciopelo y nada más salvo zumo de lima. Tragó saliva y movió las piernas. Había sido una amante extraordinaria y la mujer más sensual que jamás había conocido.

Todo con ella había sido erótico. Hasta el Derecho. Movié la cabeza. Avanzó entre el tráfico sin dejar de pensar en Sophia.

Poseía unas profundidades ocultas que no le revelaría a ningún hombre. O al menos que nunca le había revelado a él. Años atrás, había estado plantando las semillas para un futuro juntos. Pero ella sólo lo había querido por lo que pudiera brindarle en la cama. Perfecto; ya no le importaban los secretos de su alma.

Había seguido su carrera a través del boletín informativo de los alumnos y de los artículos que había escrito para el *Harvard Law Bulletin*. Hacía un año había visto una foto de ella cuando le concedieron un premio humanitario.

Había estropeado la imagen de mujer fría que tenía de ella, aunque sabía que había sido el orgullo lo que lo había impulsado a pensar en esos términos. Porque si quería ser sincero, si hubiera dispuesto de la misma información que ella había

tenido, no estaba muy seguro de que no la hubiera enviado tras una pista falsa para luego reclamar el único puesto en el prestigioso bufete, tal como había hecho Sophia.

Había regresado a Los Ángeles y concluido su trabajo de graduado en la Facultad de Derecho de UCLA. Impulsado por la necesidad de demostrar su valía ante Sophia y el bufete que no lo había elegido, había logrado un puesto en una prestigiosa firma legal de Los Ángeles, en la que hacía poco lo habían hecho socio.

Un caballero no removería el pasado. Muchas veces su padre le había aconsejado que dejara pasar las cosas. Pero Peter Hollaran se había casado con la novia que había tenido en la universidad e ido a trabajar a la ferretería de su abuelo. La vida de su padre era un poco más sencilla que la suya.

Él nunca había sido capaz de olvidar agravios pasados. Era uno de sus defectos y ya se había reconciliado con la mayoría de sus errores, pero no con Sophia. De vez en cuando ella invadía sus sueños. Y sabía que ya era hora de expulsarla de su sistema para siempre.

Parecía que todo se juntaba al mismo tiempo.

Volvía a estar solo después de haberse negado a casarse con su amante y que ella lo dejara. Al final se enfrentaba a la mujer que lo había dejado plantado. Planeaba la clase de venganza que lo hacía sentirse un poco bajo, aunque la traición era algo que sabía que Sophia comprendía.

De modo que, en realidad, no se sentía tan mal. No lamentaba el rumbo que había tomado su vida. Era un hombre de éxito, aunque en lo más hondo el fuego que lo había estado impulsando hacia el triunfo estuviera alimentado por una arraigada necesidad de venganza.

Redujo la velocidad e introdujo el Porsche en el aparcamiento de los juzgados.

¿Quién iba a pensar que Jason Spinder, la estrella de cine de veintidós años, sería quien le iba a presentar la oportunidad para ejecutar su venganza? Entró en el juzgado y vio a Jason de pie a un lado en compañía de su agente, Marcus Richardson. Los dos le hicieron un gesto con la cabeza cuando entró. Pasó por el detector de metales y se reunió con ellos.

—Hollaran, pensé que no iba a conseguirlo —dijo Jason.

Éste no era demasiado atractivo de acuerdo con los patrones de Hollywood, pero según Betsy, su secretaria, tenía carisma.

—Claro que lo conseguí. Para eso me paga.

—¿Qué va a pasar hoy? —quiso saber Jason.

No parecía una estrella de películas taquilleras que cobraba millones por actuar en cada una. Parecía un joven con el agua al cuello.

—Va a ser acusado.

—¿Y luego?

—A esperar que se fije una fecha para el juicio.

—Oh, Dios. Qué desastre. Marcus ha intentado darle un toque positivo, pero creo que va a cancelar todas mis posibilidades de ganar un Oscar este año.

—Que Marcus se ocupe de los medios, es lo que mejor sabe hacer. Yo me ocuparé del juez y del jurado. Usted relájese.

—No puedo. Mi carrera está en juego y no quiero que se me ponga en una lista negra por esto.

—Va a ser un juicio complicado, Jason. No le mentiré, pero no tengo intención de perder el caso.

—He oído que la oficina del fiscal manda a uno de sus tiburones.

—Tengo licencia de pesca.

Jason esbozó una sonrisa. Luego los tres hombres se dirigieron por el pasillo hacia la sala en la que tenía que presentarse el actor. Mitch se detuvo en la fuente del agua y les dijo a los otros dos que siguieran.

Al acercarse a la puerta, ésta se abrió y una mujer la cruzó con la cabeza gacha y chocó directamente con él.

La estabilizó y luego bajó la vista a los ojos que jamás había olvidado. Eran anchos y de un azul más profundo que el océano Pacífico en el crepúsculo. Cuando iba a soltarla, se detuvo.

Sus caderas eran de una suavidad recordada bajo los dedos doblados. Ella se movió, luego pareció darse cuenta de lo que él hacía y trató de apartarse. Pero Mitch la mantuvo cerca.

Permaneció rígida en sus brazos y a él le encantó saber que la había desconcertado.

—Mitch —saludó.

Sólo dijo el nombre, pero el tono de su voz le acarició la piel como un guante de terciopelo. De pronto comprendió que la venganza tenía una temperatura y que acababa de calentarse más.

Capítulo 2

Sophia cerró los ojos y durante un minuto se sintió tentada a rodear a Mitch con los brazos. Se dijo que ya lo había superado. Que había realizado una elección y que había vivido feliz con ella. Hasta ese instante. Hasta que volvió a sentir esos brazos fuertes.

En cuanto los pies le respondieron, se apartó de él. Pero no lo suficiente. Dudaba de que Miami fuera una distancia suficiente para amortiguar el impacto de verlo otra vez en persona. Cara a cara con el único hombre al que jamás había olvidado, trató de contener las sensaciones que se extendían por su cuerpo. Cuando la mano de Mitch subió hasta demorarse en ese punto de su nuca, supo que tampoco él la había olvidado.

Todo lo que tenía de femenino se puso en alerta y notó que los pechos se le endurecían y los pezones le hormigueaban. El calor del cuerpo de él centelleó entre ambos. Sólo estaban separados por unos centímetros. Como se adelantara, quedaría apoyada contra los planos duros del torso de Mitch.

Reconoció los signos de excitación en él. Tenía las pupilas y las fosas nasales dilatadas. Así como agradecía que el estímulo no fuera unilateral, aún debían enfrentarse en un caso. Debía funcionar como la fiscal ecuánime y serena que era. No como una mujer dominada por las hormonas.

Con un ligero escalofrío, se apartó. Mitch hacía que deseara realizar algo impredecible, como acariciarle la cara y besarle los labios sensuales. Se preguntó si aún tendría el mismo sabor. «Pruébalo y averígualo», gritó su traicionero cuerpo.

Pero su mente finalmente había despertado, gritándole que saliera de allí. Había ido de camino hacia los aseos para darse ánimos como acostumbraba siempre antes de cada juicio.

«Céntrate en el trabajo. Mitch es como cualquier otro abogado defensor, salvo que huele mejor».

—Gracias por sujetarme —dijo, y se encaminó hacia los aseos de mujeres. Apenas estaban a veinte pasos. Contarlos formaba parte del ritual.

Había dado cinco cuando él se movió. Aún tenía los sentidos sintonizados con los de Mitch. La seguía. Su primer instinto fue acelerar la marcha y alejarse.

Pero nunca había sido una cobarde. Aminoró y dejó que las caderas se contonearan con cada paso más lento. Sabía que él la miraba.

—¿Sophia?

Lo miró por encima del hombro. Lo había notado. La mirada de él estaba clavada en su trasero. Escondió la sonrisa que afloró a sus labios. La alegró saber que no estaba sola en esa atracción inoportuna.

—Sí.

—Esto no ha terminado.

De inmediato la victoria interior se transformó en derrota. Ése era un Mitch nuevo, un desconocido con un rostro familiar. No sabía cómo tratar con él.

– ¿Es una amenaza, Mitch?

Él cerró la distancia que los separaba, deslizó una mano por la espalda de ella y le coronó el trasero.

– Diablos, no. Es una promesa, encanto. Y sabes que siempre cumplo mis promesas.

Se volvió para regresar a la sala. Podría dejarlo marchar, pero no le gustaba que tuviera la última palabra o que la tocara de ese modo tan abiertamente masculino. Giró con rapidez, le tomó la mano y lo empujó a un hueco pequeño que había entre dos salas.

La miró con una ceja enarcada y ella le dedicó una expresión ceñuda.

– ¿Qué quieres de mí? – le preguntó.

– No estoy seguro – se encogió de hombros.

– No pareces tú. Tú siempre sabes lo que quieres.

– Aprendí a no compartir mis deseos con cualquiera, encanto.

Sus palabras dolieron. Estaban justificadas, pero, no obstante, no había esperado que le dolieran.

– ¿Ayudaría si te dijera que lo lamento?

– No lo sé. ¿Lo lamentas?

No podía responderle. Quería decir que sí, pero sabía que no sería la mujer que era en ese momento si diez años atrás hubiera actuado de forma diferente. Lamentaba haberle hecho daño, pero en aquel momento no había visto otra manera. Mitch siempre le había hecho sentir las cosas con demasiada intensidad.

Sabía que más allá de aquella pista falsa que le había proporcionado, nunca le había mentado. Y desde entonces no había vuelto a mentir. Ni siquiera las mentiras sociales, tan aceptadas. Aquel incidente la había marcado y convertido en una mujer diferente.

– No estoy segura.

En sus ojos le pareció ver al joven compasivo que había sido una vez. El hombre que siempre entendería su impulso de triunfar y de ser la mejor.

– Lo sé.

– ¿Podemos alcanzar alguna especie de tregua? – preguntó Sophia al final.

– No – le respondió con celeridad.

Ella asintió.

– No te pido que abandones tu resentimiento hacia mí. Tan sólo te pido una pausa temporal.

– Te escucho.

– Aún no tengo todos los detalles. ¿Podemos hablar de ello en mi despacho cuando terminemos en el tribunal?

– De acuerdo. Podemos compartir una de las cervezas que te envié.

– Oh, ¿me has enviado algo? – preguntó, palmeándole el trasero al tiempo que se alejaba.

– Sabes que sí, encanto – gruñó antes de entrar por delante de ella en la sala.

Mitch se aflojó la corbata y salió al día estival de Orlando. Aún hacía un calor infernal. Había hablado con la prensa en los escalones del juzgado. La carrera artística de Jason pendía de un hilo, y tanto Marcus como él habían acordado que cuanto menos hablara su cliente, mejor.

Desentumeció los hombros y sacó las gafas de sol del bolsillo. Sophia se había convertido en una mujer muy sofisticada desde la última vez que la había visto. Jamás habría esperado que la chica que había llevado camisetas de poetas y vaqueros se sintiera a gusto con un traje de marca.

Se subió al Porsche y condujo hasta la oficina del fiscal. Iba a tener que llevar con cuidado el frío plan de venganza. Convenientemente, había olvidado algunos detalles importantes sobre ella.

Los más suaves. A pesar del hecho de que le había dado una pista falsa para arrebatarse el único puesto en el bufete, Sophia siempre había sido muy suave.

Y cuando antes la había tenido en brazos, se había dado cuenta de que aún lo era. Pero esa suavidad no importaba. Era una mujer adulta que había iniciado un juego muy peligroso con él una vida atrás.

Sonó su teléfono.

– Hollaran.

– Mitch, amigo, tengo un problema.

Devlin Chase. Cerró los ojos y gimió. Devlin era uno de sus amigos más antiguos. Habían crecido juntos en el mismo entorno de clase media, salvo que los padres de Dev se habían divorciado y su amigo nunca había dejado de rebelarse contra todo.

– Estoy en Florida. ¿Se puede solucionar por teléfono?

Oyó un suspiro sonoro.

– No.

Oyó unos sonidos que esperaba que no fueran ésos que tanto conocía.

– ¿Estás en la cárcel?

– Mmm...sí.

– ¿Con qué cargo?

– Posesión de drogas.

Devlin había ingresado en un centro de desintoxicación hacía unos nueve meses, después de conocer a una bonita entrenadora de caballos que tenía una tolerancia cero hacia los que empleaban las drogas. Mitch había observado a su amigo en su lucha diaria, habían quedado unas semanas atrás para tomar unas copas y le había parecido que Devlin estaba bien. De hecho, más que bien, como si al fin hubiera logrado encarrilar su vida.

– Creía que te habías limpiado.

– La mala suerte existe.

– Sólo para aquél que lo permite.

– No todos podemos ser el chico de oro.

Dev estaba enfadado. Pero lo había estado durante los últimos quince años.

– ¿Ésa es la causa? – preguntó Mitch.

– Diablos, no. Tú nunca has tenido nada que ver.

– Aguanta. Estoy conduciendo.

Aparcó en el arcén. Como de costumbre, el momento elegido por Dev apestaba. No iba a poder concentrarse en manipular a Sophia mientras se preocupaba por su amigo.

La venganza tendría que esperar. Cuidar de su amigo era más importante. Pero quizá ahí estaba el problema. Siempre lo estaba sacando bajo fianza. Quizá era hora de mostrar un afecto más duro. Pero no sabía si podría dejarlo en una celda. Aunque eso fuera lo mejor para él.

– Dame los detalles. Arreglaré lo que pueda desde aquí. Tendré que mandar a alguien de mi oficina.

Apagó el motor y bajó la ventanilla. Hacía un día caluroso, que le recordó el verano antes de que entraran en el instituto, cuando Dev y él habían sido los jefes del barrio. Aquel año habían formado un equipo imparable. La universidad los había cambiado. Mitch había aprendido que las apariencias y el encanto no bastaban para salir adelante en el mundo, pero Dev jamás se había adaptado a eso.

Sacó un bloc y comenzó a formular preguntas. Dev las contestó con la misma sinceridad que siempre había mostrado hacia su adicción.

– No creo que la desintoxicación vaya a funcionar esta vez.

– Has roto tu libertad vigilada.

– ¿Voy a ir a la cárcel esta vez?

– Deja que vea lo que puedo hacer. Tendré que llamar al juez y pedirle que fije una fianza. ¿Tienes a alguien que pueda presentarla?

– No.

– ¿Qué me dices de Julie? – Dev era un criador profesional de caballos y los últimos seis meses había estado trabajando con Julie Cavanaugh. Y pasando casi todas las noches en la casa de ella.

– No envíes a Julie.

– ¿Por qué no? – deseó estar en Los Ángeles para poder sacarlo él mismo. No conocía a Julie, aparte de lo que le había contado su amigo. Pero si ella estaba la mitad de loca por él que Dev por ella, seguro que querría estar al corriente de la situación.

– No sabe que soy un adicto.

– ¿Por qué diablos no?

– Tiene estilo y clase.

– ¿Y?

– Considera que soy uno de los tipos buenos. No quiero que sepa que no lo soy.

Mitch suspiró. Él, más que nadie, entendía cómo una mujer podía distorsionar la mente de un hombre.

– Haré lo que pueda.

Miró el reloj. No podía conducir y hacer las llamadas que necesitaba realizar para ocuparse del problema de Dev.

Llamó a la oficina de Sophia. A la tercera contestó su secretaria y lo pasó con ella.

– Deltonio.

La voz había sonado dura y segura en el tribunal. Sin embargo, en su despacho sonaba más como la mujer que recordaba... dulce, tierna y muy femenina. Se advirtió de no caer otra vez en la misma trampa.

– Eh, nena, soy Mitch.

– Mitch, estamos en el siglo XXI. A casi ninguna mujer le gusta que la llamen «nena».

– No es lo que me dicen a mí.

Ella suspiró.

– ¿Dónde estás?

– En mi coche. Escucha, ha surgido algo en Los Ángeles. ¿Podemos quedar para tomar unas copas?

– No lo sé – contestó con evasivas.

– Eras tú quien quería que nos reuniéramos – le pareció oír a Stevie Ray Vaughn al fondo. No había tenido la oportunidad de preguntarle por el regalo y observar la reacción de ella. Su plan, que apenas era un boceto, había sido, simplemente, atormentarla con imágenes del pasado en común. La oyó mover algo.

– Perfecto. ¿Dónde te alojas?

– En el Westin Grand Bohemian Hotel.

– Me reuniré contigo en el Bósendorfer Lounge. ¿A qué hora? – preguntó con tono exclusivamente profesional.

– Más o menos en una hora.

– Bien; adiós, entonces.

– ¿Sophia? – preguntó, bajando la voz. Esperó que se despejara el tráfico y volvió a salir a la carretera.

– Sí.

– ¿Has estado escuchando *Shake For Me*? – la música de fondo se silenció bruscamente y conoció la respuesta a su pregunta.

– ¿Por qué iba a hacerlo?

– Me pareció escucharla de fondo –ésa era la canción que había sonado cuando la recogió en la última cita que tuvieron. La música había marcado una serie de primeras cosas para ambos. La habían puesto a todo volumen el día que se fueron a vivir juntos. Y había sonado cuando Sophia le había hecho el primer striptease, volviéndolo loco. Incluso en ese momento, cada vez que la oía en la radio, tenía el poder de excitarlo con las imágenes que evocaba de las curvas plenas de Sophia, ondulando ante él.

– Ya... ya no soy esa mujer, Mitch.

– ¿Qué quieres decir con eso?

– Nada. Hablaremos más tarde. He de irme.

Colgó y él se dirigió a su hotel. No le había gustado el tono de voz de Sophia antes de cortar. Él siempre había sido protector. Por eso había elegido la abogacía como profesión. Sabía que la gente débil realizaba elecciones estúpidas y que merecía tener una representación competente.

Su venganza estaba justificada; sin embargo, no había esperado que desmontar el ordenado mundo de Sophia fuera a afectarlo.

Sophia aprovechó la oportunidad para ver a Joan y tranquilizar a su jefa de que tenía todo bajo control. Sabía que no había causado la mejor impresión en la reunión mantenida aquella tarde. No obstante, estar en el tribunal le había recordado la importancia de su carrera. Y no iba a permitir que Mitch Hollaran la apartara de esa senda.

Estableció una cita para hablar con Holly McBride y las dos chicas que habían estado con ella en el bar cuando conoció a Jason Spinder. El supuesto acto sexual había tenido lugar en una fiesta en honor del reparto y del equipo de producción. Quería entrevistar a tanta gente involucrada en el caso como le fuera posible.

Pero no esa noche. Esa noche iba a quedar con Mitch. Hablarían y, con un poco de suerte, dejaría el pasado en paz para que ambos pudieran continuar con sus respectivas vidas. A la mañana siguiente debía estar a las nueve en el tribunal. Por lo

general, se quedaba en casa para prepararse. Pero se hallaba en el bar del vestíbulo para quedar con el único hombre capaz de sacudir su vida.

Tomó asiento en el piano bar y pidió una copa de vino. Miró el reloj. Ya llegaba diez minutos tarde. Le daría otros cinco minutos antes de irse.

Necesitaba alcanzar alguna clase de tregua con él. Si sólo se tratara del pasado que habían compartido, podría encargarse de eso. Veía a su antiguo amante, Robert, con bastante frecuencia. Era un juez de apelación. Y se habían hecho prácticamente amigos.

Pero Mitch no era un amigo. Y aunque las cosas hubieran terminado bien entre ellos, sabía que jamás serían amigos, porque el simple hecho de mirarlo conseguía que despertaran todas sus facetas femeninas.

La camarera le llevó la copa. Lo mejor era que controlara esa atracción antes de que la destruyera. Si tan sólo hubiera una manera de quitarse a Mitch de la cabeza de una vez por todas...

— Eh, nena — dijo Mitch al acercarse a la mesa.

Aún llevaba el traje de Armani que había lucido en el tribunal. Daba la impresión de que acababa de salir de las páginas de GQ. Habría sido agradable que el tiempo hubiera sido cruel con él, quizá si le hubiera vuelto ralo el pelo, o le hubiera proporcionado un estómago de cerveza; pero, de hecho, estaba más fibroso y musculado que nunca.

En comparación, ella se sentía desgredada. El aire acondicionado del coche estaba averiado y había sudado mucho todo el trayecto. Se había retocado el maquillaje y el pelo, pero llevaba con el mismo traje todo el día y deseaba estar en casa, con un vestido de verano y bebiendo té helado en su patio en vez de en ese vestíbulo atestado del hotel Westin.

— Mitch — dijo, poniéndose de pie para saludarlo.

Él le indicó otra vez el asiento y se sentó junto a ella en el banco acolchado en vez de en el sillón que Sophia había esperado que ocupara. Apenas los separaban unos diez centímetros. Fue dolorosamente consciente de su espacio personal y de lo cerca que estaba él de invadirlo.

Mitch llamó a la camarera.

— ¿Qué estás bebiendo?

— Vino blanco.

Enarcó una ceja y pidió una Dos Equis. Se reclinó y se frotó el puente de la nariz. En ese momento, parecía cansado y en absoluto amenazador. No parecía inclinado a hablar, de modo que Sophia decidió encarar el tema que los había reunido.

Sin importar lo vulnerable que pudiera parecer Mitch Hollaran, su primer movimiento le indicó que buscaba sangre. Aunque daba la impresión de que necesitaba a un amigo. No iba a preguntarle qué le pasaba. Bebió un sorbo de vino.

Cuando le llevaron la cerveza, bebió media botella de un solo trago. Estiró el brazo por el respaldo del sofá detrás de la cabeza de ella. Apoyó la mano en su hombro y jugó con un mechón de su pelo.

– Por favor, no.

– ¿Por qué no? Te solía gustar.

Supo que había hecho bien en no bajar la guardia delante de él.

– Ya no somos amantes.

– Es cierto. No lo somos.

Estaba rodeada por él. Cerró los ojos, pero eso sólo sirvió para potenciar sus otros sentidos. Los abrió y miró directamente al hombre que había vuelto a su vida, y no únicamente por trabajo.

– ¿Qué quieres de mí, Mitch? – preguntó. Cuanto antes lo descubriera, antes podría regresar a su casa para reconstruir las defensas que con tanta facilidad él había derribado.

Mitch le giró la cara hacia él y la intensidad de su mirada le incendió el cuerpo.

– Todo lo que tengas que dar – fue la respuesta.

Sophia cerró los muslos con fuerza. Lo deseaba. Deseaba esas manos grandes y calientes sobre su cuerpo desnudo. Quería subir las Coronas y las limas a la habitación de él, poner a Stevie Ray Vaughn en el equipo de música y amarlo toda la noche.

– ¿Por qué? – preguntó.

– ¿Por qué no? Sinceramente, haces que me sienta otra vez con dieciocho años.

– No es ésa mi intención.

– No puedes controlarlo. Ni yo tampoco. Por eso te envié la cesta.

– No entiendo.

– Estoy aquí por algo más que mi cliente, nena – se bebió el resto de la cerveza. Pasó un dedo por el costado de la cara de ella y añadió – : He venido a exorcizarte de mis sueños.

Capítulo 3

Mitch le indicó a la camarera que le llevara otra cerveza. Volvió a reclinarse y observó a Sophia. Había hecho falta mucho para agitarla y ni siquiera en ese momento estaba seguro de haberlo conseguido. Sólo la fuerza con que sostenía la copa y el leve rubor en las mejillas la delataban.

– Vaya, no me esperaba eso – musitó.

– ¿Qué esperabas? – preguntó él.

– No lo sé, quizá que quisieras expresar algo de ira.

– ¿Expresar algo de ira? Si me enfado, no voy a invitarte a una copa para «expresarme».

– Ésta es la primera vez que estamos solos desde la universidad – manifestó Sophia.

– ¿La cesta que te envié te hizo pensar que estaba enfadado?

– No exactamente.

Tuvo ganas de resquebrajarle el caparazón de seguridad y destrozarle los sueños tal como diez años atrás ella le había hecho añicos sus ilusiones. Metió la mano en el bolsillo y tocó la cinta negra de terciopelo que había guardado desde que se separaran. La que ella había llevado al cuello con un pequeño corazón que él le había regalado.

Lamentó no haber elegido un lugar menos público. Un sitio donde pudiera tomarla en brazos y observar su reacción. Todos los instintos que poseía insistían en que restableciera el vínculo físico que había entre ellos para atarla a él con los placeres de la carne.

Los sueños febriles que lo habían acosado tenían una oportunidad de volverse realidad.

«Venganza», se recordó. Pero ésa ya no era su única motivación. El tirano que tenía en los pantalones había despertado y no le importaba que Sophia lo hubiera traicionado en el pasado.

– ¿Qué querías decir con exorcizar? ¿Te referías a la cama? – preguntó, ladeando la cabeza.

Su perfume, un ligero aroma floral, lo incitaba a acercarse. Quiso enterrar la cara en su cabello. Y luego sentirlo contra el torso desnudo.

Lo hacía sentirse demasiado grande en ese espacio reducido. Durante un momento pareció tan femenina y gentil, que le fue imposible recordar por qué estaban en el bar y no en la habitación.

Cuando ella se puso a martillar la mesa con las uñas bien cuidadas, comprendió que una simple sacudida no iba a bastar para sorprenderla.

– No recuerdo que jamás nos limitáramos a una cama.

Los labios y los ojos de ella se abrieron. Se preguntó cómo habría cambiado con los años. Los pechos parecían un poco más pequeños; anhelaba coronarlos y averiguar cuánto habían empequeñecido. ¿Los pezones seguirían contrayéndose contra las palmas de sus manos, suplicando más caricias? Siempre había tenido dos kilos de más que quería perder, pero la mujer que había ante él era esbelta y muy... exquisita.

– ¿Qué te hace pensar que todavía te deseo?

Pero Mitch lo sabía. Había visto su reacción en el tribunal cuando le acarició la nuca. Ese punto era el más débil de Sophia. Bastaba un leve contacto allí para que se convirtiera en un manojo de nervios. Se le ponía la piel de gallina, los pezones se oscurecían y compactaban y se humedecía por completo entre las piernas. Quitó la mano del respaldo y la apoyó en el hombro de ella, haciéndola temblar.

– ¿No es así? – le preguntó, acariciándole el costado del cuello con el dedo pulgar, acercándose de forma inexorable a ese punto débil. La vio respirar hondo y decidió jugar con ella un poco más.

Enrolló un mechón de pelo alrededor del dedo índice. Ese cabello era un lujo recordado, tupido y suave. Ella tembló y las pupilas se le dilataron.

– Para – pidió con voz ronca.

Él tragó saliva. Sophia era suave en todas partes. Representaba un contraste tan marcado con la mujer dura que había visto esa tarde en el tribunal... Se había quitado la chaqueta del traje y lucía una blusa fina de seda. No se le ceñía a los pechos, pero recordaba muy bien su forma. Y sabía que debía volver a tenerla.

– No puedo. He de erradicarte de mi sistema.

Ella tembló al oír esas palabras. Él se acercó más, rozándole los labios con los suyos. Sólo un beso leve que prometía mucho más. Sophia se adelantó cuando Mitch retrocedió.

Le lamió el labio inferior. Tenía un sabor delicioso. Le soltó el pelo y apoyó la mano en su nuca. No quería ver su reacción. El pensamiento se hallaba más allá de cualquier posibilidad después de haber cedido el control a los instintos.

Mientras probaba la boca de Sophia con lentos y prolongados movimientos de la lengua, ella apoyó las manos en sus hombros. Lamentó no haber dejado la chaqueta en su habitación.

Sophia deslizó las manos por debajo de las solapas cuando él le dio un beso prolongado. Los dedos largos de ella le acariciaron los músculos hasta encontrar las tetillas, que comenzó a frotar con movimientos circulares. El pene de él se puso firme cuando imaginó la misma caricia por todo el cuerpo.

Le introdujo más la lengua en la boca y movió las manos por su cabello. La saboreó lo más hondo que pudo, sin detenerse hasta que supo que estaba a punto de hacer algo obsceno que conseguiría que los arrestaran a ambos.

Se echó para atrás. Los labios de ella se veían plenos e hinchados. Tenía los ojos cerrados y las uñas clavadas en sus pectorales. No había duda de que aún tenían química.

Eso facilitaba mucho las cosas, aunque al mismo tiempo las complicaba. Porque la mujer a la que acababa de besar como un poseso despertaba al hombre que llevaba muy dentro y que había conseguido enterrar bajo relaciones a corto plazo y aventuras de una noche.

Ella parpadeó un par de veces antes de apartarle la mano del pelo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Ya te lo he dicho.

—¿Haces esto sólo por el pasado?

La miró a los enormes ojos azules y vio que en ellos confluían el futuro y el pasado. Y supo que tenía que decidir cuan importante era su venganza sobre Sophia.

—Ya no estoy seguro.

Sophia no tocó el resto del vino. Necesitaba un vaso de agua fría... sobre la cara y el cuerpo encendido. Se conformaba con largarse cuanto antes del bar. Cualquier cosa con tal de despejar la cabeza y eliminar esos sentimientos de languidez que Mitch evocaba.

Pero lo que deseaba realmente era tomarlo de la mano y conducirlo a un ascensor vacío. Una vez dentro, darle al botón de cierre de emergencia y acabar lo que el beso había iniciado. Quería hacerle alcanzar un orgasmo tan intenso que olvidara todos los planes sobre ella.

Porque más allá de la excitación que lo dominaba, veía los cálculos fríos. Porque sin importar lo que Mitch sintiera físicamente hacia ella, tarde o temprano el influjo de las hormonas iba a menguar y otra vez empezaría a pensar y a recordar.

—¿Quieres hablar del pasado? —preguntó ella. Aún seguía aturdida por la excitación del beso.

En última instancia, ésa era la causa de que años atrás lo saboteara. Había tenido un poder sobre ella que dudaba que él conociera. Pero ella lo había sentido cada vez que estaban juntos y con más agudeza cuando se separaban.

No pasaba un día sin que reviviera los últimos momentos que habían pasado juntos y deseara haber sido otra mujer. Una capaz de mezclar sus vidas profesionales y personales sin necesidad de sacrificar ninguna.

—¿Y tú? —replicó él con arrogancia.

—Sólo si así consigo que te marches —repuso con sinceridad. Aunque esperaba que no se fuera.

Mitch rió.

—Nena, no pienso irme a ninguna parte.

– Me lo temía.

– El miedo puede ser algo bueno.

Sus relaciones sexuales siempre habían tenido un aura de peligro. Mitch era muy dominante y había empleado eso para someterla por completo. A ella no le había importado en el dormitorio, pero en el exterior había empezado a verse perdida en la imagen de lo que Mitch veía en vez de lo que realmente era.

– Quizá desde tu posición.

– Desde aquí el paisaje es delicioso – clavó la vista en sus pechos.

Sophia bajó los ojos y vio que los pezones resultaban claramente visibles bajo la blusa de seda y el sujetador de encaje. Su primer impulso fue cruzar los brazos y ocultárselos. Pero eso no serviría para nada, de modo que echó los hombros para atrás y dejó que saciara su curiosidad.

– ¿Has venido a arruinar mi carrera? – preguntó mientras él estaba distraído.

– Nena, no creas que tienes tanta influencia sobre mis actos. Estoy aquí por mi cliente.

– Entonces, ¿por qué me enviaste esas Coronas y el CD de Stevie Ray Vaughn?

– Creía que eso ya había quedado claro – se frotó la nuca y se estiró en el reducido espacio.

– ¿Para exorcizarme?

– Exacto.

Pensó en lo que Mitch deseaba de ella. Estaba cansada de quedarse en casa, y aunque la masturbación funcionaba como un alivio temporal, necesitaba a un hombre. No a cualquiera, sino a Mitch Hollaran. Necesitaba encontrar el puente entre la mujer apasionada que una vez había sido y la mujer fría en que se había convertido.

– Te voy a ofrecer un trato, Mitch – dijo. Pensó que necesitaba encontrar algo de ella misma que había perdido. Algo que no habían tenido sus aventuras recientes. Algo que sospechaba que había abandonado al traicionar a Mitch.

– ¿Qué clase de trato? – preguntó. La camarera le llevó la segunda cerveza y bebió un trago.

– Un fin de semana de esclavitud de amor.

En los ojos de él percibió un destello que le reveló que le gustaba el plan. Hacía mucho que no disfrutaba de esa clase de diversión, de esa excitación sexual.

– ¿Quién va a ser el amo? – quiso saber él.

Apoyó la mano en la base de su nuca y Sophia rezó para que no la apartara de allí. Aún seguía excitada por el beso. Un condenado beso y sus braguitas estaban mojadas y ella preparada para abrirse a él.

–Yo –respondió. Necesitaba ser quien dominara. Necesitaba controlarlo y utilizarlo como su juguete sexual durante un fin de semana. Quizá entonces pudiera recuperar lo que había perdido y seguir adelante con su vida.

–No lo creo –le acarició el costado del cuello.

Claro que no. Mitch jamás había sido maleable. ¿Por qué iba a empezar en ese momento?

–¿Qué propones?

–Que dejemos que lo decida nuestra habilidad.

El dedo que la acariciaba la distraía y decidió que los dos podían jugar a lo mismo. Apoyó la mano en su muslo y masajeó el músculo firme.

–¿Qué significa eso?

–Quien gane en el tribunal será el amo. Quien pierda el esclavo.

Una vibración se inició en el centro del cuerpo de ella y se extendió hacia el exterior.

–¿Eso te satisfará?

Haría falta más que un fin de semana para satisfacerle, pero sus planes de venganza podrían apaciguarse. Quería que experimentara lo mismo que había sentido él. No le importaba si eso era justo o estaba bien. Y un fin de semana con Sophia era un buen comienzo.

–Abogada, trato hecho.

Lo primero que haría al día siguiente a primera hora sería pedirle a Deke y a dos pasantes que vinieran desde Los Ángeles para ayudarlo. Iba a presentar un caso sin fisuras. No sólo para salvar el trasero de Spinder, sino para ganar la apuesta.

Necesitaba tener a Sophia bajo su control. Incluso sabía lo primero que le ordenaría hacer. Quitarse ese maldito traje y ponerse la cinta de terciopelo.

Ella sacó unos billetes de la cartera y los dejó sobre la mesa.

–Bien. Supongo que es hora de marcharse.

Le aferró la mano para impedir que se incorporara. No se hallaba preparado para subir a la habitación y ocuparse de los problemas de Dev, ya que eso era lo único que lo esperaba esa noche, la preocupación por un amigo al que no sabía cómo rescatar de sí mismo.

–¿Qué prisa tienes?

–Me queda trabajo por hacer –lo observó con mirada reservada.

–Trabajas demasiado.

–¿Cómo lo sabes?

–Tienes ojeras –con el dedo trazó las finas sombras. Su piel tenía la suavidad de la porcelana y era más suave que las almohadas de pluma que tenía en la cama.

– No cabe duda de que sabes cómo llegar al corazón de una chica.

La dura lección recibida le había enseñado que el corazón de Sophia estaba bajo candado y sólo un masoquista intentaría llegar hasta él.

– No es tu corazón lo que me interesa.

Ella palideció y bajó la vista al bolso.

– No, es verdad.

Qué canalla podía ser.

– No intentes hacer que me sienta mal por ello. En una ocasión quise tu corazón.

Sophia suspiró y ladeó la cabeza. Lo observó con atención y Mitch supo que no lo veía a él, sino al hombre más joven que una vez había sido.

– Pero me dio miedo dártelo.

– ¿Fue el miedo lo que te detuvo? Es gracioso, pero yo pensé que era la codicia – la excitación comenzaba a morir al tiempo que renacía el enfado. ¿Por qué hablaban del pasado? Quizá fuera lo que los había reunido esa noche, pero aparte de eso, no quería explorarlo.

– ¿La codicia? ¿Es lo que has pensado de mí todos estos años?

– Nena, te respeto demasiado como para contarte qué he pensado realmente sobre ti.

– No te culpo. Jamás debí haberte mentado – afirmó.

Nunca había sido una mujer que tratara de manipular a un hombre y él había confiado en esa cara dulce e inocente y, desde luego, en el cuerpo sexy que conocía tan bien como el suyo propio.

– ¿Por qué lo hiciste? – preguntó antes de poder recapacitar – la vio tratar de encontrar las palabras con las que explicárselo.

– Me estaba perdiendo a mí misma, Mitch.

Ni en un millón de años comprendería lo que acababa de decir. Había figurado entre los cinco mejores estudiantes de la facultad de Derecho de Harvard. Su tutora era una de las mujeres más poderosas de la comunidad legal y en los años transcurridos había llegado a ser jueza de la Corte Suprema. Y la misma Sophia iba camino de convertirse en una mujer poderosa por derecho propio. Que dijera que había temido perderse le sonó a huida.

– No lo entiendo.

– No puedes. Tú siempre supiste quién eras. Hasta cuando la vida te sacude por completo, aterrizas de pie.

Era la segunda persona en manifestar algo similar en menos de tres horas. No le gustaba cómo sonaba. Tenía un plan y nada lo iba a detener de lograr sus objetivos. Eso no significaba que la vida fuera más fácil para él que para los demás.

– Tenías unos apoyos bastante poderosos en Harvard. Y yo caí muchas veces.

– Parece que conseguiste volver a levantarte.

– Por supuesto que sí. Y para ello no tuve que apartar a nadie de mi camino – debía largarse de allí antes de cometer alguna tontería, como dejar que viera lo mucho que lo había afectado aquello. Se puso de pie –. Nos veremos, nena.

Salió del bar sin mirar atrás. El vestíbulo era opulento y estaba atestado. Se mezcló con los hombres de negocios que regresaban de un día de reuniones y se dirigían al ascensor.

– ¿Mitch?

Se detuvo, pero sin volverse. Seguía enfadado y jamás había sido una persona capaz de mostrarse cortés cuando lo dominaba la furia. Sabía que si se volvía, diría algo que luego lamentaría.

– Lo siento – musitó ella –. Quizá deberíamos cancelar la apuesta.

Giró en redondo y fue hacia ella.

– Nena, nada nos hará cancelar esa apuesta. Vas a ser mía durante un fin de semana y cuando me vaya, vas a echarme de menos durante mucho, mucho tiempo.

Cuando llegó el ascensor se apartó de la mujer que le había brindado el mayor júbilo de su vida... y también el dolor más intenso.

Capítulo 4

Su primer instinto fue huir, pero sabía que no debía ceder terreno. De modo que decidió pasar a la ofensiva. Mitch Hollaran no iba a hacerla dudar de sí misma. Giró en redondo, centrada en llegar al coche y en atormentar a su antiguo amante por teléfono. Él sabía qué teclas apretar para obligarla a responder y ella poseía el mismo conocimiento. En esa ocasión con Mitch, no era una joven que descubría por primera vez el fuego en los brazos de un hombre. Esa vez era una mujer en pleno control de su vida y de su cuerpo. No pensaba adoptar un papel pasivo con ningún hombre.

Chocó con un hombre y se detuvo para disculparse. Pero se encontró cara a cara con uno de sus compañeros de trabajo, Joseph O'Neill.

Se había incorporado hacía poco a la oficina procedente de Miami, donde había tenido un historial impresionante de casos ganados. Eran afortunados de tenerlo con ellos. Ella lo había contratado y le gustaba el hecho de que Joseph, aunque con una familia, trabajaba tan duramente como cualquier abogado de la oficina.

—O'Neill, lo siento.

Joseph no era especialmente alto, pero tenía una buena complexión y una densa mata de pelo negro que mantenía bien cortado. Era de ascendencia española por parte de madre y parecía un joven Andy García.

—No pasa nada, Deltonio. Debería aprender a apartarme de tu camino cuando te veo venir.

No estuvo segura de lo que quiso decir con eso. ¿Acaso se había vuelto demasiado implacable en el trabajo?

—¿Has venido a tomar unas copas con amigos?

—Esta noche no. He quedado con Mueller. ¿Quieres unirte a nosotros?

Sabía que tenía trabajo... pero decir que no a una reunión con su jefa no era algo que pudiera hacer. Sus planes de carrera eran lo más importante en su vida.

Volvió a entrar en el Bósendorfer Lovinge y se preguntó si Joan y O'Neill habían estado allí mientras ella tomaba la copa con Mitch. Se hallaba tan concentrada en él, que ni siquiera habría notado al gobernador de Florida aunque se hubiera sentado a su lado.

—Mira con quién me encontré en el vestíbulo — anunció O'Neill.

—Buenas noches, Sophia.

Joan se encontraba sentada a la misma mesa que Mitch y ella habían ocupado antes. O'Neill apartó una silla y le dejó el sitio que había ocupado Mitch.

—Joan. Mantenía una reunión con uno de los abogados del caso Spinder.

Sabía que era imposible, pero aún podía oler la loción para después del afeitado de Mitch. Cerró los ojos un segundo y respiró hondo. Experimentó escalofríos y al

abrirlos vio que Joan la observaba. La sensación de que todo comenzaba a descontrolarse flotó en el perímetro de la conciencia.

– Bien. ¿Has conseguido los nombres de los otros abogados que estarán en el caso?

De pronto comprendió la causa de esa reunión. Y no era por el caso Spinder, aunque eso formara parte. Joan buscaba a otra persona para el puesto de adjunto en caso de que ella no diera la talla. ¿Era su imaginación u O'Neill tenía demasiados dientes? Como volviera a sonreírle, le tiraría algo.

«No». No había hablado nada sobre el caso.

– Desde luego.

– Joseph, ¿quieres ir a buscarnos un par de copas? Para mí un White Zin y para Sophia... ¿Pinot Grigio?

Ésta asintió. Joseph no se mostró muy contento del recado que le encomendaban. Por lo general, Sophia envidiaba a su jefa, su aplomo y la vida que se había labrado, pero al verla sentada a las diez de la noche en esa cafetería comprendió que Joan vivía para el Derecho.

¿Se sentiría sola alguna vez? Probablemente, no. Mueller era una mujer con un solo propósito en lo referente a su carrera, y era todo lo que ella siempre había querido ser.

Pero ¿lo deseaba todavía? Claro que sí. Había tomado la decisión de centrarse en su carrera. Se recordó que en ningún momento había dejado de hacerlo. Únicamente había permitido que Mitch Hollaran la distrajera durante un segundo. Juró que nunca más se repetiría.

– Le he pedido a Joseph que repartiera parte de su trabajo para que te ayudara en este caso – dijo Joan.

Se irguió y desterró a Mitch Hollaran de su mente.

– No es necesario, Joan. Yo puedo llevarlo.

– ¿Estás segura? – preguntó Joan.

Sophia se mordió el labio.

– Por supuesto. Ya he organizado una entrevista con Holly McBride y su familia.

– Hollaran es un peso pesado y esta tarde mencionaste que no querías el caso.

– Bueno, pues no necesito ayuda. Tengo el caso bien amarrado. Faltan dos meses para el juicio.

Joan se reclinó en su asiento y la estudió.

– Algo te distrae, Sophia.

– Nada me distrae. Sólo estoy cansada.

–Unas vacaciones solucionarán eso –indicó Joan tras unos momentos de silencio.

–Sí.

–Sophia, siempre he visto mucho de mí en ti.

–Me siento halagada.

–No lo estés. He realizado algunas elecciones difíciles de las que algunas me arrepiento.

–No estoy segura de lo que intentas decir.

–Sólo cerciórate de que serás feliz viviendo para el trabajo. Es algo solitario y no todo el mundo se adapta.

–Joan, me conoces; vivo para el trabajo.

–De hecho, Deltonio, no estoy muy segura de que tú misma te conozcas.

Joseph regresó con las bebidas antes de que Sophia pudiera contestar. La conversación se centró en el caso del atracador de las braguitas que había ganado aquella tarde, aunque no se sentía con ganas de celebrarlo. Sabía que los siguientes dos meses serían duros. Más de lo que había pensado, porque Joan tenía razón. Había dejado de conocerse. Y eso jamás era bueno.

Mitch había pasado las últimas horas al teléfono, tratando de ayudar a Dev. Lo mejor que pudo hacer fue que lo asignaran a un programa muy estricto de desintoxicación, que al recibir el alta iba acompañado de un consejero las veinticuatro horas. El juez había prometido que si volvía a recurrir a las drogas pasaría una larga temporada en la cárcel. Dev había musitado su agradecimiento, pero Mitch sabía que aún había algo que no iba bien con su amigo.

Había tenido una reunión con Marcus, el agente de Spinder, para discutir la estrategia a seguir. El plan que se les había ocurrido era que Jason no se mostrara afectado por el juicio. Se presentaría ante los medios con su diplomacia habitual.

Tenía una lista de personas a las que entrevistar, principalmente miembros del reparto y del equipo que habían estado aquella noche en el bar con Jason. Al menos uno de los otros hombres ya había salido antes con Holly.

Al volver a su habitación para relajarse para la noche, pensó que todo marchaba bien. No obstante, se sentía demasiado tenso para dormir. Se acercó a la ventana. Al contemplar el horizonte de Orlando, observó su propio reflejo en el cristal.

Realmente deseó ser el hombre que veía allí. El reflejo daba la impresión de alguien con éxito. Y si pudiera detenerse ahí, no habría ningún problema.

Pero era imposible escapar de los demonios que lo impulsaban a avanzar, y del conocimiento de que la venganza no era la solución que buscaba y que incluso dejar a Sophia en el mismo estado en el que se había encontrado él años atrás no iba a modificar su vida.

Maldijo y se dio la vuelta. Quizá debería ir al gimnasio a quemar parte de la tensión que permanecía de su reunión con Sophia.

Deseó no haber dejado que su ira lo dominara. Si hubiera mantenido la boca cerrada, probablemente habría podido persuadirla de subir a su suite para mantener la clase de encuentro que ambos deseaban.

Maldijo otra vez y descartó la idea del gimnasio. Fue al minibar y sacó una Heineken. La destapó y bebió un trago largo de la botella.

Apagó la luz y acercó la silla a la ventana. Apoyó los pies en el alféizar y contempló las luces un rato, tratando de ignorar las imágenes que remolineaban por su cabeza. Pero sin éxito.

Se reclinó y dejó que Sophia lo sedujera en la intimidad de la habitación, donde sólo él lo sabría. El pene sufrió una sacudida, la tensión se extendió por todo su cuerpo y supo que debería haberse marchado en vez de quedarse allí con sus recuerdos.

Pero eso formaba parte de su ritual nocturno desde que se había enterado de que iría a Orlando y se enfrentaría a la mujer que lo había cambiado. Había vivido con los recuerdos de todo lo que había hecho con ella. Principalmente se había concentrado en el sexo y en la separación, porque si recordaba lo estupendo que había sido entre ambos, podría empezar a anhelar algo más. Algo que no podía llegar a ser real.

Las únicas cosas reales eran los casos que se luchaban en los tribunales y las viejas amistades. Y Sophia y él no eran viejos amigos. Eran ex amantes con un sentimiento de encono entre ellos.

«No lo olvides», se dijo. Vacío la botella. Pensó en beber otra, pero no pensaba emborracharse cuando tenía tanto trabajo para el día siguiente. De modo que se concentró en el siguiente movimiento hacia Sophia.

No tenía duda de que su siguiente regalo la conmocionaría. Era del segundo día de sus lejanas y breves vacaciones de invierno. Cuatro días de sexo y música de blues ininterrumpidos. Por ese entonces, había planeado que los cuatro días condujeran a una petición de matrimonio. Pero al quinto día se había encontrado en una búsqueda inútil y al final de su relación con Sophia. Todavía guardaba ese condenado anillo de pedida.

En esa ocasión, pensaba estar en la oficina cuando llegara la cesta que iba a enviarle. Ya había encargado que se la entregaran durante la reunión que tenía programada con ella para la tarde siguiente. Ese asunto de la venganza estaba siendo más divertido de lo que había imaginado. Y más provocativo.

El teléfono lo sobresaltó. Miró el reloj. Faltaban diez minutos para la medianoche.

–Hollaran.

Sólo oyó el sonido de una respiración profunda y la radió. De pronto la canción que sonaba se volvió más nítida. Stevie Ray Vaughn cantando *Things That I Used To*

Do. Se le contrajo el estómago, recordando que una de las cosas que Sophia y él solían hacer cada día al llegar a casa era practicar el sexo oral.

Pudo sentir el roce de su cabello sobre el estómago y los muslos. El pene se le endureció aún más. Llevó la mano a la cremallera de los vaqueros y la bajó con cuidado para brindarle espacio a la creciente erección.

Esperó, escuchando la canción, sabiendo que del otro lado de la línea se encontraba Sophia.

—¿Sigues ahí? —preguntó ella con voz ronca y baja.

Como si hubiera podido colgarle.

—Estoy aquí, encanto.

—Sólo quería cerciorarme de que esta noche pensaras en mí.

—Lo hago. Maldita sea, esa canción me trae tantos recuerdos... ¿Estás escuchando el CD que te envié?

—Sí. ¿Qué has hecho desde que me marché?

—Trabajar y recordar.

—¿Recordar qué?

—Tu aspecto desnuda.

—Bien.

—Sí, estás bien desnuda.

—Jamás pensé en ello de esa manera. Pensaba que era perversa.

—Tienes tus momentos —musitó, y tembló, deseando estar con ella.

—¿Recuerdas aquella vez que viajamos toda la noche para llegar a la playa a ver el amanecer?

—Recuerdo todos los momentos —manifestó con más sinceridad de la que había planeado revelar. Habían hecho el amor en las dunas con las olas rompiendo detrás de ellos.

Había sido el momento en que supo con absoluta certeza que querría tener a Sophia en su vida para siempre.

—Yo también —reconoció ella, y de repente los sonidos de la música de Vaughn desaparecieron.

Oyó el sonido de unas campanillas agitadas por el viento y las pisadas de ella.

—¿Sophia?

Ella no dijo nada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué llevaría puesto? ¿Por qué lo había llamado?

Quizá también quería algo de venganza. Esperaba que hubiera llegado a la misma conclusión que él. La venganza era una espada de doble filo, y la distancia no existía en el terreno sexual.

Sophia aguantó en la línea, sin saber muy bien qué decirle a Mitch. Dios, necesitaba olvidar el lado más amable y suave de su relación, pero, por algún motivo, él lo sacaba a la superficie. Sin embargo, no pensaba dar marcha atrás en ese momento. ¿Por qué había sacado el recuerdo de la playa?

Hacer el amor en las dunas había sido mágico, y cuando después la había acunado contra su pecho, comprendió que empezaba a perderse y que eso no le importaría mientras pudiera permanecer siempre en sus brazos.

Deseó tener sexo en ese instante. No quería recurrir al vibrador para lograr la liberación, quería un sexo sudoroso con Mitch.

«Maldita sea». Había tenido la vaga idea de provocarlo tal como había hecho él con la cesta que le había enviado. Tenían los mismos recuerdos, de modo que pensó que la canción y unas pocas palabras íntimas por teléfono serían una andanada perfecta en el juego al que se habían entregado.

Pero el plan le había estallado en la cara.

No importaba que él sonara vulnerable por teléfono. Las emociones no tenían cabida en su vida en ese momento. Era una mujer soltera que disfrutaba de la vida que había creado para sí misma, y ningún hombre iba a apartarla de su camino. En particular Mitch.

— ¿Sophia? — volvió a preguntar él.

Ella se ocupó en la cocina. Puso la tetera al fuego.

— Lo siento. Me has desconcertado con tu sinceridad — dijo al final.

— ¿Por qué? Siempre he sido sincero contigo.

Y así era. Mitch portaba la verdad y el honor como un estandarte, lo que en muchas ocasiones había hecho que ella se cuestionara su propia integridad.

— Pero ahora somos adversarios — lo oyó suspirar y se preguntó qué llevaría puesto.

— Nena, creo que siempre lo hemos sido.

— No me había dado cuenta.

— Eso es porque observas el mundo a través de gafas de Sophia.

No le gustó el sonido de eso. Era una realista y siempre lo había sido. Era cierto que nada más llegar a Harvard había estado un poco protegida, pero no había necesitado mucho para perder su ingenuidad.

— ¿Y eso qué significa?

— Que ves lo que quieres e ignoras lo demás.

— ¿Qué es lo que no vi?

— Que el amor no siempre es algo feliz.

— ¿De verdad lo sabías?

– No hasta que dejé Cambridge.

Las palabras de él representaron un golpe. Y sabía que no debería haber sido así, ya que hacía tiempo que había establecido la paz con su pasado para seguir adelante. ¿O no? ¿Qué era lo que sentía? Maldijo a Mitch Hollaran y a Jason Spinder. Su vida había sido tan poco complicada antes de que ese caso aterrizara sobre su mesa...

– No he llamado para revisar el pasado.

– Sé para qué has llamado.

– ¿Sí? – no debería sorprenderla. Entre ellos había una conexión que ninguna distancia podía disminuir.

– Sí – afirmó con voz profunda –. ¿Te cuesta dormir esta noche?

– No. Siempre trabajo hasta tarde.

– Pero esta noche no trabajabas, ¿verdad?

Otra vez esa voz profunda que le acariciaba los sentidos excitados y le hacía hervir la sangre.

¿Cómo se habían dado la vuelta las tornas? Ella había esperado perturbarlo con imágenes eróticas.

– Esta noche trabajaba.

Era verdad. Había estado trabajando hasta que el cuello se le puso rígido de permanecer sentada tanto tiempo. Y entonces había visto las Coronas y el CD de Stevie Ray Vaughn en la encimera de la cocina. Había sido incapaz de resistirse a poner la música y abrir una botella.

A partir de ese instante, todo se había escapado a su control.

– Creo que la dama protesta demasiado.

– No cites a Shakespeare, no te gusta.

– Pero a ti sí, encanto. Y te gusta oírlo por la noche... después.

«Corta. Ya».

No quería recordar la voz profunda de Mitch recitando los sonetos en mitad de la noche. Eso no tenía nada que ver con el sexo.

– Pero no es después – su voz reveló más de lo que le hubiera gustado.

– ¿No has llamado para eso, Sophia? Un poco de sexo por teléfono para subir la apuesta en esta partida que jugamos.

– Si.

– Entonces, vayamos al grano. Estaba sentado en la oscuridad pensando en ti cuando llamaste.

– Dios, Mitch. No seas vulnerable conmigo.

–Creía que habíamos zanjado eso, nena. Sé que eres un tiburón y no pienso dejarme morder otra vez.

Se mordió el labio inferior. Sexo telefónico. Había parecido tan sencillo, pero ya no sabía por dónde empezar. Ni siquiera si debería hacerlo. En el pasado, habría dejado que Mitch lo hiciera todo.

–¿Estás desnudo? –preguntó pasados unos minutos. Eso no tenía nada que ver con Mitch. Sino con ella. Y dejar de ser vulnerable con el pasado.

–Casi. Sólo llevo puestos unos vaqueros. ¿Y tú?

–Sólo una camiseta –repuso. Una camiseta vieja que había sido de Mitch y que debería haber tirado hacía mucho, aunque nunca había sido capaz.

–¿Y debajo? –quiso saber él con voz ronca.

–Nada.

–Nena, me estás matando.

–Bien –por primera desde que la cesta había aparecido en su vida, rió—. Esto es lo que quiero que hagas. Quítate los vaqueros y métete en la cama.

–Sólo si tú haces lo mismo.

Apagó el fuego de la tetera y fue por el pasillo hacia el dormitorio. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y se quitó la camiseta. Pudo ver su cuerpo en los espejos del armario. Los pezones ya eran como cumbres poderosas y tenía el cuerpo ligeramente encendido.

–¿Te puedes ver, Mitch?

–En el espejo que hay sobre la cómoda.

–Describe lo que ves –ordenó.

Pasó a describir su propio cuerpo con voz tentadora.

–Me paso la mano por el pecho, tal como solías hacer tú. ¿Recuerdas mi cicatriz?

Rememoró exactamente el lugar donde solía estar. Justo encima de la tetilla izquierda. Había dedicado horas a acariciarla. Se la había hecho al tratar de saltar con la bicicleta de la mesa de picnic en la parte de atrás de su casa cuando tenía diez años.

De hecho, el cuerpo de Mitch estaba cubierto de pequeñas cicatrices de numerosas aventuras. Ella jamás había probado algo que contuviera la amenaza de peligro. Su vida le gustaba bien delineada y ordenada.

–¿Nena?

–Sigo aquí. Me gustaría lamértela. Sé lo mucho que te excita. ¿Se te contrae la tetilla?

–Sí.

–Bien, ahora pellízcala un poco.

– ¿Como te pellizcaba el pezón?

– Oh, sí. De esa misma manera.

– Tú haz lo mismo – dijo él.

Sophia obedeció. Se pasó las manos por las curvas plenas de los pechos y se pellizco levemente los pezones. Su ritmo de respiración se incrementó.

Se imaginó las manos moviéndose por el torso ligeramente velludo. Recordaba cómo ese contacto le hacía hormiguar los dedos. Mentalmente, se movió sobre él. Dejó que los senos se frotaran contra el torso cálido de Mitch. Sintió la dureza entre las piernas. Mentalmente, comenzó a sudar.

Su respiración se hizo más agitada.

– ¿Sophia?

– Estoy aquí contigo. Me encuentro a horcajadas sobre tus caderas. Dios, estás ardiendo y excitado.

– Más duro de lo que he estado nunca. Y tú estás mojada. Muy mojada.

– Lo estoy – corroboró ella–. Voy a tomarte ahora, Mitch. Voy a introducirte bien dentro de mí. Me llenas por completo.

– Sí. Siento que ése es mi sitio. Dentro de ti.

– Sí – convino ella.

Contrajo la vagina y deslizó la mano entre sus piernas para masturbarse con la imagen que tenía en la cabeza y los sonidos de su amante del otro lado de la línea. Oyó la respiración ronca de Mitch y luego un gemido profundo que supo que indicaba la liberación alcanzada. Su propia respiración se hizo más pesada y se introdujo dos dedos hasta lograr el clímax.

Permaneció tumbada en la cama y oyendo la respiración de Mitch por el auricular. Se sintió más cerca de él que de cualquier persona en mucho tiempo. Deseó haberse quedado en su hotel. Deseó haberlo seguido al ascensor y estar en ese momento echada a su lado. Deseo sentirse rodeada por su calor, recordándole que ya no se encontraba sola.

– Buenas noches, encanto – dijo él antes de colgar.

Una oleada de frialdad rompió sobre ella y el reflejo en los espejos del armario le recordó que aún estaba sola.

Sin querer ver ese reflejo, acunó el teléfono inalámbrico entre los pechos y se puso de lado.

Capítulo 5

Sophia Deltonio, Ayudante del Fiscal del Distrito, ponía la placa de latón, y Mitch titubeó del otro lado de la puerta. Colgar el teléfono la noche anterior había sido lo más duro que había hecho en mucho tiempo. Había querido permanecer en la línea y hablar con ella.

Intentó recordar todos los motivos por los que había elegido tener esa actitud, pero esa tarde, de pie en el ajetreado vestíbulo de la oficina del fiscal del condado de Orange, no resultaban fáciles de recordar. De pie en el calor del verano de Orlando, recuperó las causas para querer vengarse. No era ése el sitio donde había imaginado que terminarían. Sabía que sin importar con cuántas mujeres se acostara o cuántos casos ganara en los tribunales, no iba a sentirse satisfecho hasta que ganara ante Sophia.

El repartidor de FedEx avanzó por el pasillo, se detuvo ante el despacho de Sophia y entró. Había sincronizado la llegada a la perfección. Los planes que había hecho con anterioridad y que le habían parecido tan idóneos en ese momento le parecieron de mal gusto. Lo consoló el hecho de que Sophia había establecido esa apuesta sexual con él. Ella estaba tan ansiosa como él de encontrar una resolución para el pasado.

Y se recordó que había sido Sophia quien lo había llamado la noche anterior. Quizá sólo buscaba sexo. Sin el quizá. Sabía que su trabajo era lo más importante para ella y ya le había demostrado que ningún hombre iba a interponerse en su carrera.

Atravesó la puerta abierta con una indiferencia que distaba mucho de sentir. Una morena bonita alzó la vista y lo miró. Le sonrió en gesto de bienvenida. La placa con su nombre ponía *Alice Smith*.

Terminó de firmar el recibo del paquete de FedEx antes de volverse hacia él. Exhibía su pequeño y curvilíneo cuerpo a la perfección. Captó que le miraba las piernas y le guiñó un ojo.

Ahí había una mujer sin complicaciones. Pero Mitch no estaba interesado. Sólo la miraba porque unas piernas bonitas siempre iban a ser unas piernas bonitas, nada más.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó ella.

—Hola, Alice. Me llamo Mitch Hollaran. Tengo una cita a las dos y media con Sophia.

—Síntese, señor Hollaran, y le comunicaré que ha llegado. ¿Desea beber algo?

—No, gracias.

El mensajero de FedEx se marchó. Alice llevó la caja marrón a la oficina de Sophia y, supuso, le anunció su presencia. Metió la mano en el bolsillo y acarició la fina cinta de terciopelo. Era el único recordatorio que tenía de que Sophia no era la misma mujer que se presentaba ante el mundo.

– Lo recibiré ahora – dijo Alice.

Pasó el maletín a la mano izquierda y entró en el despacho de Sophia. El sol de última hora de la tarde atravesaba la ventana. Las paredes estaban atestadas de libros de leyes.

– Hola, Sophia – se la veía demasiado hermosa, a pesar de lucir los atavíos de una amazona corporativa: un traje azul marino y el pelo recogido en la nuca. Pero sus ojos se veían cansados.

– Buenas tardes, Mitch. Esto acaba de llegar enviado por ti.

– ¿Vas a abrirlo? – preguntó. Se endureció contra la oleada de simpatía que lo recorrió. Ésa era la mujer que lo había llamado para mantener sexo por teléfono. La misma que planeaba utilizar sus artimañas femeninas para ganar la batalla privada que libraban.

Ella titubeó al apoyar las manos sobre el paquete.

– ¿Asustada? – se burló.

Ese día se sentía un salvaje. Por la noche tenía reservado un billete para Los Ángeles. Era estupendo abandonar Orlando durante unos días, porque de lo contrario podría hacer algo impulsivo. Que lamentaría.

– ¿De ti? – preguntó con tono seco, cien por cien de fiscal.

Él se encogió de hombros. No importaba lo que ella dijera, reconocía el temblor de su voz. Su lenguaje corporal intentaba levantar barreras para protegerse.

Dejó el maletín en el sillón para los visitantes y rodeó el escritorio. Ella estaba sentada en un sillón ejecutivo de respaldo alto. Apoyó una cadera contra la superficie de cerezo de la mesa. Justo al lado del paquete.

– No lo creo – añadió ella.

– Lo sé, Sophia. Creo que te asusta mirar el interior de la caja porque sabes que tengo razón.

– Lo único que sé es que eres demasiado arrogante para tu propio bien – manifestó. Tomó un cortador de papel, se puso de pie y abrió la cinta adhesiva que unía la caja.

– ¿Te preguntas qué es? – quiso saber él.

– No. Sólo lo abro ahora porque quiero que veas que nada que puedas hacer me pone nerviosa.

Él cruzó los brazos y esperó. Sophia abrió la caja y apartó el papel de relleno. Mitch no desvió la vista de su cara, y cuando sacó la cesta de picnic vio que la expresión se le paralizaba. Las manos le temblaron al levantar la tapa de la cesta de mimbre y mirar dentro.

La victoria le resultó vacía cuando vio que Sophia se dejaba caer en su sillón y cerraba los ojos. Una cosa era ganarle ese juego a una manipuladora fría, y otra herir a la única mujer que alguna vez le había importado.

Los recuerdos asociados con la cesta eran demasiado poderosos. Le recordaban a la familia de la que había luchado por escapar y al hombre que había hecho que le resultara tan fácil contar con él. La cesta era un recordatorio perfecto de por qué le había proporcionado a Mitch una pista falsa que, en última instancia, había conducido al fin de su relación.

También representaba todo lo que había sido positivo entre ellos. No quería explorar eso, y menos con él allí de pie, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y la fragancia de su loción para después del afeitado, la misma que había usado en la universidad.

Lo maldijo para sus adentros.

Lucía el traje a medida con la soltura con que algunos hombres llevaban unos Docker's y unas camisetas. Tenía el pelo oscuro bien peinado y los ojos grises acerados hacían que se sintiera indefensa mientras la observaban. Se endureció ante esa mirada que daba la impresión de poder atravesarla, pero una parte de ella, la misma que años atrás había dejado en Cambridge, se deleitaba con su atención y anhelaba más.

De pronto comprendió lo que él hacía. El picnic había tenido lugar el segundo día de sus vacaciones de invierno. Sintió un nudo en el estómago.

Mitch sabía lo que le hacía y Sophia tuvo la impresión de que había perdido algo de terreno, pero no lo lamentó. Había aceptado jugar, y a veces con el fin de ganar el campeonato, había que perder un partido.

—¿Sophia? —preguntó.

Sonó preocupado y alzó la vista para mirarlo.

Creyó ver algo de compasión en sus ojos y supo que también veía el primer indicio de excitación. También él recordaba. No la sorprendió. La noche anterior había aprendido una lección poderosa, una que había aprendido en la universidad pero que nunca se le había ocurrido aplicar a las relaciones interpersonales.

Toda acción produce una reacción igual. Y la reacción entre ellos dos siempre había estado a la altura de la escala Richter. ¿Cómo había podido olvidarlo?

¿Había enloquecido al sugerirle la apuesta? No. Lo quería como esclavo de amor. Quería tener el control sobre él y su cuerpo delicioso, para quitárselo de la cabeza de una vez. No quería volver a experimentar nunca más la vulnerabilidad intensa que sentía en ese momento.

Trató de encontrar las palabras para sonar vanidosa, pero no pudo. Recordó el picnic que habían organizado con aquella vieja manta de cachemira que había sido de su abuela. Habían hecho a un lado todos los muebles del apartamento y pegado folletos de los Cayos. Luego, habían preparado una jarra enorme de margaritas y hecho el amor sobre la manta, mientras de fondo sonaba Jimmy Buffet.

—¿Te siguen gustando los margaritas? —inquirió él.

—Sí —respondió con suavidad.

Aunque no había vuelto a probar ninguno desde que lo había bebido de sus labios todos aquellos años atrás. La boca se le hizo agua al recordar el sabor y la sensación.

Él alargó la mano y le tocó la cara. Deslizó un dedo largo por el costado de su mejilla y cuello, apoyándolo en la vena que palpitaba con fuerza en la base. Luego le acarició la piel con movimientos circulares. Ella experimentó unos escalofríos. Los pezones se le endurecieron contra el suave sujetador de satén y las braguitas se le humedecieron.

Sólo hizo falta un contacto. Desde luego, tampoco ayudaba que la conversación de la noche anterior la hubiera predispuesto a eso.

—Echo de menos aquella cinta que solías ponerte —comentó al tiempo que con el dedo marcaba la línea que solía formar el terciopelo en el cuello de ella.

—No era muy profesional.

Apoyó la mano en el muslo de él y sintió que los músculos se contraían bajo su mano. Masajeó la pierna a través de los pantalones, acercándose de forma paulatina hacia la ingle, hasta ver que la erección se tensaba contra la cremallera.

—No, no lo era. Y estos días lo único que te interesa es la profesionalidad, ¿verdad?

Deslizó el dedo por la «V» de la blusa. Fue un contacto leve, pero el calor le quemó la piel. Con destreza le desabrochó el botón superior e introdujo el dedo bajo la seda. Con un dedo le frotó el pezón derecho en círculos que la acercaron al abismo.

—Mmmm.

Soltó el resto de los botones y apartó la tela de la blusa. El sujetador que llevaba ese día era de color crema con copas bajas.

—Muy bonito.

Ella le sonrió. A Mitch siempre le había gustado la lencería.

—He solicitado esta reunión para comunicarte que me voy a Los Ángeles unos días. Luego estableceré un despacho temporal aquí. Te trasladaré la información a medida que la vaya teniendo.

—De acuerdo. ¿Por qué me lo cuentas?

—Quiero dejar los negocios a un lado —sacó la manta de la cesta, se puso de pie y rodeó el escritorio.

—¿Qué haces?

—Brindarnos un poco de intimidad —respondió. Fue a la puerta del despacho, echó el cerrojo y luego se volvió otra vez hacia ella. Apartó los sillones de las visitas y extendió la manta en el suelo. De rodillas, alargó la mano y le dedicó una sonrisa perversa—. ¿Me complaces?

Ella se mordió el labio inferior y sólo supo una cosa. No iba a ser víctima de sus deseos ni de Mitch Hollaran. Se levantó y fue hacia él.

Al acercarse, Mitch desterró todos los pensamientos que no se centraran sólo en Sophia. Se centró en exclusiva en la única mujer que podía seducirlo con una mirada. Los pechos tensaban las copas del sujetador minúsculo que llevaba.

– ¿Tienes el CD que te envié? – le preguntó.

– En mi coche. No lo subí porque...

– Porque...

– No quería pensar en ti en el trabajo – respondió tras una breve pausa.

– Funcionó – quiso saber. Todo el día había tratado de mantenerla alejada de su cabeza, y a pesar de una prolongada reunión con Jason Spinder y Marcus, no había tenido éxito. Los sonidos que había emitido la noche anterior al alcanzar el clímax reverberaban en su mente y quería volver a escucharlos.

– Hasta que apareciste con esa condenada sonrisa sexy y tu regalo del pasado.

– ¿Quieres echarme?

– ¿Tú que piensas?

Se apoyó en los codos para estudiarla. A pesar de la ropa severa que llevaba, lo encendía. Quizá se debía a las curvas que había debajo o al destello travieso que brillaba en sus ojos, pero sabía que cuando la viera con un traje de trabajo no podría dejar de imaginarla tal como la tenía en ese momento.

– Que no está tan mal. Aunque esperaba un pequeño striptease al son de Shake For Me.

– En tu futuro no está eso, a menos que me ganes en el tribunal y me convierta en tu esclava.

– Tengo la intención de hacerte mía – afirmó.

Las palabras revelaron más de lo que quería. Pretendía que fuera completamente suya cuando la dejara. Y en esa ocasión, como iba a ser él quien se marchara, Sophia iba a sentir el mismo abatimiento que había sentido él.

Pero en ese instante eran sus instintos los que manejaban la situación. La tenía delante de sí como la había imaginado millones de veces desde la noche que se separaron. Estaba impaciente por volver a saborear esa piel de marfil. Por sentir los capullos duros de los pezones excitados bajo su lengua. Por hundir los dedos en el calor húmedo del centro de Sophia y que experimentara un orgasmo para él.

– ¿Ser tuya?

– Por un fin de semana.

– ¿Realmente va a ser suficiente ese tiempo? – preguntó ella.

Diablos, no lo sabía. Y, con franqueza, en ese instante no lo preocupaba. No anhelaba otra cosa que saciarse de ella, olvidar viejos agravios y fundirse con Sophia hasta que olvidara todo menos lo que se sentía al tenerla pegada a su cuerpo.

– ¿Quieres extenderlo? – replicó. Dudaba de que un fin de semana bastara para eliminarla de su sistema. Tenía la imagen de Sophia atada a la cama. Esperándolo cuando llegara a casa del trabajo.

– ¿Por qué sonríes de esa manera?

– Sólo te imaginaba como mi esclava – repuso.

– No hagas demasiados planes, Mitch. Tengo la certeza de que vas a ser mío.

Se puso de pie y se dirigió hacia la mujer que había estado en su mente durante tantos años. Le tomó la cintura con las manos y la alzó a la mesa. Al infierno con encender viejos fuegos. Por su cuerpo ardían llamas nuevas que decían que el pasado se fuera al demonio.

– ¿Qué haces? – preguntó Sophia.

Despacio, le desabotonó la camisa. Había olvidado la sensación de esos dedos en su torso. Lo tocaban como si redescubrieran algo preciado que se había perdido.

Ella se inclinó y pasó los labios contra sus pectorales, iniciando un suave temblor por la base de su columna. Tenía el pene tan inflamado que tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo para evitar eyacular en los pantalones.

– ¿Abogado? – inquirió Sophia con voz suave y seductora. Lo mordió levemente, luego mitigó el pequeño dolor con la lengua.

Incapaz de hablar, le gruñó. Su mente se había colapsado en el momento en que la había tocado.

– Es una negociación agresiva.

Ella le sopló la tetilla, y luego lo mordió con delicadeza.

– ¿Quién es el agresor?

Mitch bajó la vista a la parte superior de los pechos bronceados, que con urgencia tensaban las minicopas del sujetador. Cada vez que respiraba, amenazaban con desbordarse, aunque no llegaban a hacerlo.

– Yo.

Deslizó las manos por debajo de su falda, subiéndosela hasta la cintura. Llevaba unas braguitas de corte alto que hacían juego con el sujetador.

Metió la mano entre las piernas y la tocó con suavidad a través de la seda de la ropa interior. El triángulo de tela estaba húmedo y podía oler su excitación. Se agachó, introdujo la cara entre los muslos e inhaló profundamente.

Con las manos en su pelo, Sophia lo mantuvo contra ella, adelantando las caderas hacia él. Mitch hizo a un lado el triángulo de las braguitas y con cuidado le abrió los labios, dejando al descubierto el clítoris. Estaba pleno y encendido.

Exhaló largamente, dejando que su aliento la acariciara primero, para luego saborearla con la lengua. Su sabor era una exquisitez recordada. Dulce, salado, exclusivamente Sophia. La provocó con la punta de la lengua y la oyó emitir un gemido hondo.

– Mantente abierta para mí, encanto – pidió.

Las manos de ella abandonaron el cabello de Mitch y las bajó por su propio cuerpo, manteniéndose abierta para sus tiernas atenciones. Le introdujo dos dedos en el cuerpo y elevó la otra mano hasta encontrar sus pechos. Tiró de sus pezones y la empujó al borde de la locura con la boca y la otra mano.

Dios, había echado de menos eso. Echado de menos la reacción de ella ante él, como si fuera el hombre al que más había amado. Como si fuera el único hombre que quería que la amara. Como si fuera el único hombre predestinado a amarla.

Extrajo los dedos de su cuerpo y se incorporó, tomándola en brazos. Ella le rodeó las caderas con las piernas y él pudo sentir su calor a través de la capa de los pantalones y calzoncillos. Estaba tan duro que creía que corría el peligro de eyacular por la simple fricción del cuerpo de ella. Aún tenía los dedos mojados con la humedad de Sophia. Ésta le acarició la espalda y él pensó que sería muy fácil liberarse y penetrarla, pero no lo hizo.

A pesar del modo que aparentaban ser las cosas y cómo se sentía en ese momento, Sophia Deltonio no era una mujer a la que alguna vez permitiría llevar ventaja. Trató de recordarse que se trataba de una venganza. Pero a él mismo empezaba a costarle creerlo ya.

Capítulo 6

Sophia enterró la cabeza en el pecho de Mitch y buscó el autocontrol al que siempre había recurrido para protegerse. Ya había disfrutado de buen sexo con anterioridad, de modo que carecía de sentido que en esa ocasión, en su despacho, con Mitch, debiera dejarla sintiéndose tan... maldición, vulnerable.

Estaba decidida a no dejar que lo viera. Cerró los ojos una última vez y aspiró la fragancia de él y le rozó el torso con los labios. Mmmm, sabía bien. Salado y cálido.

Incluso saber que se encontraba en el trabajo no podía provocarle ningún pesar. Eso había faltado de su vida durante mucho tiempo. Aunque jamás iba a permitir que Mitch supiera que su reaparición la había hecho sentirse viva otra vez.

Se reclinó y probó la clase de sonrisa que lo impulsaría a creer que era algo que sucedía todos los días.

– Es agradable – musitó. Maldición, su voz sonaba jadeante.

– Sí, muy agradable – corroboró él.

La erección seguía pegada contra ella. Sophia no se hallaba segura de dónde radicaba el mayor poder. ¿Debería devolverle el favor y ayudarlo a alcanzar el orgasmo o lo dejaba esperando?

No era necesario tomar ninguna decisión. Lo deseaba. Y no pensaba ser la única que quedara expuesta y vulnerable debido a su propio orgasmo. Se desabrochó la falda y se la bajó por las piernas, junto con las braguitas húmedas y desgarradas.

Mitch enarcó una ceja pero no dijo nada. Ella metió las manos en la cintura de los pantalones y calzoncillos y se los bajó. La hacía sentirse muy mujer y femenina. Algo que ningún otro hombre había conseguido. Para ellos, siempre había sido la fiscal dura como un clavo. Pero para Mitch, siempre había sido primero una mujer.

Él le aferró las caderas con facilidad con sus manos grandes. El calor del contacto quemó a través de su piel. Se meció contra la erección.

– Todavía no – dijo él con los dientes apretados.

Le frotó la espalda con movimientos circulares, pero ella seguía excitada. Sensibilizada aún por su contacto, no se hallaba completamente satisfecha, y no lo estaría hasta que lo tuviera enterrado hasta la empuñadura en el fondo de su cuerpo. Pero aún no se hallaba preparada para más de una infracción ese día.

Necesitaba mantener la situación equilibrada entre Mitch y ella. Por su propia cordura, no quería regresar a viejos patrones de conducta que la dejarían dolida y, al final, sola.

Introdujo la mano entre ambos y le tomó el pene. Él gimió cuando los dedos lo rodearon. Exhibía una erección contundente y muy caliente al tacto. Lo acarició con toda la mano, bajando para excitarle los testículos con las puntas de los dedos. Él bajó la cabeza y tomó uno de los pezones de Sophia en la boca, que succionó con ardor.

Ella bajó y le mordisqueó el hombro. Las manos de él le acariciaron la superficie del vientre, deteniéndose en el ombligo para excitarla y causarle cosquillas.

Sophia sintió que su control menguaba. Sabía que si no lo detenía, Mitch volvería a tomar la iniciativa, dejándola desvalida al deseo que con tanta facilidad invocaba en ella.

– Todavía no, Mitch. Quiero que mires.

Lo oyó suspirar. Le mordisqueaba con aire juguetón el pezón, lo cual le provocó una corriente eléctrica que le llegó hasta el clítoris.

Mitch se irguió y contempló las manos de ella en su cuerpo, que siguió recorriendo con los dedos. Desde la cabeza, se filtró una gota pequeña. Sophia la desplegó con la punta de los dedos y por su extensión. Alternó las caricias con tirones fuertes que hacían que él se pusiera de puntillas para luego acariciarlo con dedos suaves que le causaban un hormigueo delicioso.

La respiración de Mitch comenzó a acelerarse y ella supo que lo tenía al borde del abismo.

– No te dejes ir todavía.

Con las puntas de las uñas, le pellizcó la bolsa de los testículos. Él se contrajo y supo que iba a estallar en cualquier momento.

Siguió provocándolo, acercándolo cada vez más al clímax que él tanto buscaba. Sophia se tumbó en la mesa y apartó las manos de su cuerpo. Se acarició el vientre para subir a continuación hasta los pechos. Los coronó y le sonrió a Mitch, quien observaba con ojos entrecerrados.

– Viértete sobre mí.

Él gimió y soltó un chorro poderoso que cayó sobre su vientre, sobre sus costillas y sobre la parte inferior de sus pechos. Le aferró los muslos con dedos fuertes y se vertió encima de ella hasta que las últimas sacudidas del orgasmo lo consumieron. Se adelantó y se dobló sobre ella para cubrirla por completo.

Ella acercó la caja de pañuelos de papel que guardaba en su mesa para secarse, pero él la detuvo.

– ¿Quieres hacer algo por mí?

– ¿Qué? –inquirió. Pero el corazón había empezado a latirle más deprisa porque sabía qué iba a decir. Algo que habían hecho sólo en dos ocasiones antes. Algo que le había hecho sentir que era suya, como si la hubiera marcado. ¿Es que pensaba volver a hacerlo?

¿Era demasiado tarde para protegerse de él? Tuvo la desoladora impresión de que podría ser, y que sin importar todo lo que se había aleccionado, aún no había olvidado a ese californiano. En lo más hondo de su ser, surgió un temor nuevo. Quizá jamás lo consiguiera.

– ¿Me llevarás encima?

Se mordió el labio y asintió. Él frotó el semen sobre su piel. Pasó las manos por sus pechos y costillas. El fluido se secó con rapidez, tensando su piel.

La ayudó a bajar del escritorio. La vistió en el silencio del despacho, abotonándole la blusa y cerrándole la falda. Le dio la espalda y se vistió con rapidez. En cuestión de minutos recogió el maletín.

Nada mostraba evidencia alguna de que acababan de hacer el amor, excepto la caja de FedEx que estaba en el suelo. La cesta aún seguía abierta sobre el sillón.

Mitch le alzó el mentón y le dio un beso muy dulce.

—Nos vemos —dijo antes de dar la vuelta para irse.

La autopista no estaba demasiado atestada el domingo por la mañana mientras iba a la casa de sus padres en Malibú. Habían transcurrido dos días extremadamente largos desde que dejara a Sophia en el despacho. Había visto la forma reflexiva con que ella había cruzado los brazos y supo que la había herido con ese comentario desconsiderado antes de marcharse.

Lamentaba su comportamiento, pero la furia antigua lo había endurecido en lo concerniente a Sophia, o eso creía. Cuando regresó a casa, su presencia lo había seguido obsesionando en el dormitorio. Y en esa ocasión no se trataba de la imagen de una universitaria que le había roto el corazón, sino la de una mujer con ojos llenos de sentimiento.

Dos antiguas amigas lo habían llamado la noche anterior para invitarlo a tomar unas copas. Había ido, pero después de una hora, supo que no tenía sentido. En realidad, no era la clase de hombre al que le gustara recorrer el circuito de solteros. Se conocía lo bastante bien como para saber que no iba a sentirse satisfecho con ninguna mujer que no fuera Sophia.

Sólo cabía esperar que se tratara de una aberración temporal, porque empezaba a hacerse viejo para permanecer soltero. Hacía tiempo que anhelaba tener una familia. Ser un tío cariñoso estaba bien, pero quería hijos propios. Quería enseñarles a practicar surf en el Pacífico, donde su padre les había enseñado a Mark y a él.

Pero antes de poder fundar una familia propia, tenía que desterrar todos sus demonios del pasado. Había estado planeando el siguiente regalo que le haría. No iba a desviarse de su curso de acción. La venganza no era una misión que hubiera emprendido a la ligera.

Entró en el desvío de la casa de sus padres y en ese momento sonó el móvil. Bajó la vista y vio que tenía un mensaje de voz nuevo.

Tecléo el botón de llamada y lo oyó... Stevie Ray Vaughn. Los solos de guitarra y luego la voz cantando *Couldn't Stand the Weather*. Frenó en el arcén y apoyó la cabeza en el respaldo, escuchando la canción hasta que terminó. No había ningún mensaje, sólo el clic de la llamada.

Marcó el número de Sophia. Contestó a la tercera.

—¿Hola?

Esa voz suave y femenina. En absoluto la voz profesional que empleaba en la oficina. Entonces supo que estaba equivocado al creer que la venganza era la única solución para ellos. Sophia seguía siendo la joven que se ponía camisetas de poetas y cintas de terciopelo alrededor del cuello.

Estuvo a punto de colgar. Ésa no era la imagen de ella que quería fomentar. Le gustaba como la fiscal dura. Un tiburón que hacía que los hombres huyeran a su paso.

— ¿Hay alguien ahí? — preguntó ella.

En esa ocasión, no sonaba música de fondo.

— Soy Mitch — pudo oír sus pisadas y se preguntó cómo sería su casa.

— ¿Llamas por el caso?

— Te devuelvo la llamada.

Ella chasqueó la lengua y mentalmente pudo verla sonreír.

— ¿Cómo sabes que te he llamado?

— ¿Afirmas que no lo has hecho? — inquirió él.

— Me acojo a la quinta enmienda, abogado — respondió ella.

Supo que los ojos le centelleaban y deseó encontrarse en Orlando, para poder presentarse en su casa y convertir esa expresión traviesa en deseo. Los orgasmos mutuos estaban bien, pero quería enterrarse en lo más hondo de ella y quedarse allí hasta haber serenado esa parte desasosegada de su alma, que clamaba por Sophia.

— Tengo una botella de whisky si confiesas.

— Sobornando a un testigo, ¿eh? No estoy segura de que me guste tu ética.

— Eso no me quita el sueño.

Ella suspiró. Y a Mitch le dolió oír el sonido. No sabía por qué debería importarle haberle causado estrés. «Venganza», se recordó. Pero la venganza era una espada de doble filo y sentía como si sangrara de unas heridas autoinfligidas.

— Lo sé.

— Escucha, Sophia...

— Intento jugar según tus reglas — lo interrumpió.

Sabía que no debería permitirle cambiar de tema. Pero lo hizo. Sin embargo, en ese momento no había sonado como la fiscal del distrito que la noche anterior había visto en la CNN, sino como la joven que solía llevar esa condenada cinta de terciopelo.

— No era consciente de que tuviera reglas.

— Sí lo eres. Sé lo que estás haciendo.

— ¿Qué hago? — preguntó, porque ni él mismo ya estaba seguro.

— Seducirme.

– Sólo se te puede seducir si tú quieres que te seduzcan, Sophia.

– No creo que eso sea verdad –repuso, desterrado de la voz todo rastro de juego.

– ¿Acaso estaría tan mal la seducción? –preguntó él tras dejar pasar unos momentos.

– No si sólo persiguieras el sexo.

– ¿Qué te hace pensar que no es así?

– Los regalos. Las cestas con las Coronas son de aquellas vacaciones de invierno, justo antes...

Antes de que ella lo traicionara. Ella no lo dijo y él no pensaba hacerlo. No le gustaba que le recordaran que lo había engañado con tanta facilidad.

– A casi todas las mujeres les encantaría que un hombre recordara cosas de ese tipo.

– Yo no soy casi todas las mujeres.

– No, no lo eres. Nunca lo has sido.

– ¿Qué soy para ti?

No lo sabía. Era un objeto con el que estaba obsesionado y se conocía lo bastante bien como para saber que no iba a quedar satisfecho con menos que una entrega total.

– No puedo seguir con esto. No voy a participar en este juego contigo. Hemos hecho una apuesta. Desarrollémosla en el tribunal y luego dejemos que el ganador tome el control –la voz de ella sonó lacónica.

– Sophia, no estoy seguro de que pueda dejarlo –indicó él.

– ¿Por qué no? Todo esto es por el pasado. Quieres tu pedazo de carne, ¿verdad?

– Sí.

– Ya lo has conseguido.

– ¿Cuándo? –quiso saber.

– El viernes, cuando me dejaste con ese comentario de «nos vemos».

Él maldijo en voz baja.

– A veces puedo ser un canalla.

– Yo no soy un ángel.

Lo invadió la imagen de ella tendida en la mesa mirándolo.

– Gracias a Dios.

Sophia volvió a suspirar.

– Desearía que entre nosotros no se interpusiera el pasado.

—Yo también —y comprendió que era verdad. Esa nueva Sophia... hacía aflorar sueños que creía haber dejado atrás.

Entonces supo que tenía razón. La joven de la cinta de terciopelo aún era una parte importante de la mujer en que se había convertido. Al detenerse delante de la casa de sus padres, descubrió que ya no quería vengarse de esa joven.

El lunes a primera hora tenía una reunión con Joan para hablar del caso Spinder. Había dedicado el resto del fin de semana a reconciliarse con el hecho de que Mitch había vuelto a su vida.

Se reunió con su jefa en un restaurante cerca de la casa de Joan. Le Crepé era un sitio donde sólo ofrecían desayunos. Llegaba tarde y tuvo que acelerar para no retrasarse. Después de hablar la noche anterior con Mitch, le había costado mucho dormir.

Por su carrera, había aprendido que resultaba negativo dejar que alguien descubriera posibles puntos débiles, y él era el último hombre que quería que supiera que su armadura tenía resquicios. Sin embargo, percibía que ya los conocía, sin importar que se los revelara o no.

Subió el sonido de la canción de AC/DC al acercarse a la galería donde se encontraba el restaurante. Ese día necesitaba estar al máximo. Las guitarras hicieron que la sangre le bombeara más deprisa, y durante un momento cerró los ojos, visualizando cómo ganaba el caso Spinder.

Movió el espejo retrovisor para comprobar el lápiz de labios y el maquillaje. Abrió la puerta y bajó del coche. Vio a Joan ir hacia el restaurante.

En poco tiempo estuvieron sentadas con los pedidos tomados.

—Dame un resumen del caso Spinder.

—Quieren montar un espectáculo. Desean permitir la entrada de las cámaras en la sala —había ido a la CNN para refutar la entrevista que dos noches atrás le había hecho Larry King a Spinder. La familia McBride estaba indignada por la trascendencia pública que había cobrado el caso, pero Sophia la consideró una reacción ingenua.

Todo alrededor de Spinder era noticia. En la pantalla tenía fama de ser un chico malo, y para los medios ese caso no era más que otra muesca en su culata.

—Tienes al juez Malloy, ¿verdad? —preguntó Joan.

—Sí. Ya sabes que puede decantarse por cualquier lado. No sé qué sería mejor. Spinder es un gran actor. Yo misma casi quedé convencida de que deberían absolverlo.

—Lo sé. Lo vi en el programa de Larry King el fin de semana.

—Sí. Yo también.

—Tu refutación fue buena —se reclinó en la silla. Era el tipo de caso de perfil alto que podía elevar o derribar a un abogado. Las dos lo sabían.

– Gracias. ¿Qué harías con los medios? – preguntó Sophia.

Joan bebió un sorbo de vino. Sophia conocía lo suficiente a su mentora como para respetar los largos silencios en que a veces caía. Pasados unos minutos, bajó la copa.

– No estoy segura. Creo que deberías solicitar que denegaran el acceso de las cámaras.

– De camino al despacho, llamaré y le pediré a Alice que prepare el papeleo.

– Bien. He estado poniéndome al día de Mitch Hollaran. ¿Lo conociste en Harvard?

Ésa era una pregunta tendenciosa.

– Sí.

– ¿Cómo es?

– Fue hace diez años.

Joan no dijo nada. Simplemente, esperó.

– Creo que para él es muy importante ganar. Sé que es muy minucioso. Posee una reputación envidiable.

– La tuya también lo es.

– Gracias.

– Todas esas victorias sólo significan una cosa...

– Que lo espera una caída – dijeron las dos al unísono.

– Me alegro verte otra vez en marcha, Sophia. ¿Qué te pasaba la semana pasada?

– Hollaran y yo tuvimos una relación en la universidad – declaró.

– Interesante. ¿Representará un problema en este caso?

– No.

– ¿Estás segura?

– Tanto como pueda llegar a estarlo jamás. ¿Por qué?

– Voy a decirte algo que normalmente no te diría.

– ¿Por qué?

– Creo que podría ayudarte.

– De acuerdo.

– Cuando tenía aproximadamente tu edad, me involucré con Maurice Hanner. Mantuvimos una relación apasionada. Por ello, presentarme ante él en el tribunal era una tortura. Para los dos. Con el tiempo, me pidió en matrimonio.

Joan hizo una pausa y Sophia no dijo nada. Era obvio que la respuesta no había sido un «sí». A menudo se había preguntado qué había en el pasado de su jefa... en ese momento lo supo.

– No fue una decisión fácil. Pero no la lamento.

– ¿Te resulta difícil verlo ahora?

– A veces. Pero ya he hecho mi cama.

Sophia asintió, comprendiendo lo que su jefa no tenía que decir. Una vez hecha una elección, había que vivir con ella. Era lo que había hecho ella al poner fin a su relación con Mitch en Harvard.

Terminaron de desayunar y salieron del restaurante. Al ir por la calle, sonó el móvil de Sophia. No había voz en el otro lado, sólo la guitarra de Stevie Ray Vaughn. El flujo de seguridad que había experimentado unos momentos antes hacia su trabajo se convirtió en la seguridad de que podría manejar a Mitch. Cortó la llamada.

Había una cierta verdad en conocer al enemigo. Aunque era lo bastante sincera como para admitir que no conocía mucho a Mitch. Incluso en la universidad, su relación se había centrado en torno al sexo y la abogacía. Sabía que procedía de California y que tenía un hermano, pero, por lo demás, poco más conocía sobre él.

La charla con Joan de esa mañana le había hecho entender que no sabía lo suficiente de su adversario. Probablemente debería investigarlo un poco más. Conectó el teléfono y llamó al buzón de voz de Alice para dejarle una lista de tareas, incluido rellenar la petición de prohibición para que las cámaras entraran en la sala y llamar a los McBride. Lo mejor que se podía hacer con ese circo mediático era asegurarse de que los McBride presentaban un frente unido ante las cámaras.

Pasados unos minutos, volvió a conectar el móvil y marcó el número de Mitch.

– Hollaran.

Una oleada de placer hormigueó por su cuerpo. Fue inesperada y se detuvo un momento antes de hacer a un lado esos sentimientos.

– Buenos días, Mitch.

– ¿Sophia? ¿Qué puedo hacer por ti esta mañana? – inquirió.

Sonaba demasiado controlado y ella decidió seguirle el juego. El mismo que él afirmaba no estar jugando.

– Baila para mí.

Él rió y al instante supo que sentía lo mismo que ella. Ese entusiasmo que surgía con un caso nuevo. La energía que surgía de enfrentarse a otro abogado en el tribunal a quien se consideraba un oponente de altura. La excitación de pensar que la apuesta que habían realizado se hallaba más próxima de verse realizada.

– ¿Estás de vuelta en Orlando? – preguntó.

– Sí. He establecido un despacho en Orange Avenue.

– Esta mañana vamos a presentar una moción para que denieguen el acceso a las cámaras.

– Nosotros la recusaremos.

Era lógico. Si Spinder fuera su cliente, lo haría aparecer en cada noticiero y programa de entrevistas que pudiera conseguir. El hombre era mágico ante las cámaras. Y por el breve tiempo que habían pasado juntos en la sala, sabía que también poseía el mismo carisma en persona.

– No me sorprende.

– ¿Preparada para vernos en el tribunal? – preguntó él.

– Estoy preparada para todo lo que tengas.

Cortó antes de que pudiera contestar. Estaba preparada para poner en marcha ese caso y lista para probarse contra el hombre que una vez la había hecho cuestionarse a sí misma y su futuro. Y para demostrar ante ambos que había realizado la elección correcta.

Capítulo 7

Smokey's Blues House era la clase de local al que la gente iba cuando quería llamar la atención. Jason Spinder era el tipo de hombre acostumbrado a encontrarse en el centro de una multitud con todos los ojos encima de él. Sin embargo, a Mitch no le gustaba el escrutinio público y mantenía un perfil bajo en la parte de atrás del club. Por la actitud que mostraba ante esa multitud, nadie imaginaría que Spinder estaba nervioso por ir a juicio el lunes.

Pero Mitch no lo estaba. Hasta ese momento, Sophia había sido una buena oponente y sabía que sería igual de buena cuando comenzara el juicio, pero también sabía que él había construido un caso sólido. Sólo hacía falta una duda razonable para que el jurado absolviera a Jason.

Estaba convencido de que disponían de suficientes testigos para inspirar esa duda en la mente del jurado, aun cuando Holly McBride parecía una joven a punto de ir a la iglesia. Tenían fotos de ella de las noches que condujeron al acto con Jason que mostraban un lado diferente. Las había presentado como prueba y sabía que Sophia las había visto. Se preguntaba cómo iba a contraatacar unas pruebas tan contundentes. Y no le cabía ninguna duda de que lo haría.

– Vaya multitud que hay esta noche – comentó Marcus.

– No está mal. Creo que hasta he visto a algunos periodistas.

– Debería. Los llamé a todos antes de salir del hotel.

Mitch movió la cabeza. Marcus había obrado magia con la prensa. Jason se había estado moviendo por el escenario nocturno de Orlando como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Sólo en privado veían al actor sudar.

– Oh, oh, aquí viene el enemigo – comentó Marcus.

Mitch alzó la vista y vio a Sophia avanzar entre la multitud con un grupo de mujeres. Se detuvo para charlar con un periodista local y su sonrisa tenía un deje frío que sabía que significaba problemas. Luego continuó para reunirse con su grupo en una mesa situada al otro lado del local y lejos de la que ocupaban ellos.

– Me gustaría que no fuera tan buena con la prensa. La declaración que realizó hoy en la escalinata de los juzgados me puso un poco nervioso – indicó Marcus.

– Pareceríamos matones si no fuera tan buena.

– Eso es verdad. En cuanto empiece el juicio, voy a retirar un poco a Jason y hacer que muestre un lado más serio.

– Lo que usted crea mejor. No necesito tener la opinión del público para ganar este caso.

– Me encanta cuando lo oigo decir esas cosas.

Mitch se bebió la copa de un solo trago. Esa noche bebía agua mineral con hielo. Planeaba marcharse del club en unos diez minutos, ya que quería repasar sus notas y ensayar una vez más la presentación del día siguiente.

A pesar de las palabras a Marcus, sabía que necesitaba estar en plena forma si quería derrotar a Sophia en la sala. Cualquier cosa que no fuera una victoria resultaba intolerable.

Se preguntó si lo habría visto allí en el fondo de la sala. Probablemente, no. Pero él sí la había notado. Habían mantenido poco contacto fuera del tribunal, lo cual era lo más sensato mientras ambos estuvieran preparando el caso. Sin embargo, no había dejado de verla en sus sueños.

Se había quitado el traje serio que había llevado durante la elección del jurado en el tribunal. En ese momento lucía una falda corta muy femenina y una blusa con encajes.

Jason también había notado la presencia de Sophia y le guiñó un ojo a Mitch.

– Voy a dedicarle una canción.

Habló con el operador del karaoke y no tardó en ponerse a cantar *Devoradora de hombres*. Sophia rió y la actitud festiva de Jason hizo que muchos de los presentes rieran con él.

Cuando terminó la canción, ella se puso de pie y realizó una inclinación en señal de reconocimiento. Luego se dirigió al bar. Mitch observó cada uno de sus movimientos mientras cruzaba la sala.

Poseía una gracilidad natural que siempre lo había hipnotizado. La excitación que había sido su compañera constante desde que llegara a Orlando se extendió por todo su cuerpo. Estiró las piernas por debajo de la mesa para darle más espacio a la creciente erección.

Jason terminó de cantar en el karaoke y Marcus fue a hablar con su cliente. El actor no era un gran cantante, pero poseía carisma y una especie de humor humilde que lo convertía en una fuerza natural ante cualquier micro.

Mitch se hundió más en su asiento y observó a Sophia. Debió de sentir sus ojos en ella, porque alzó la vista y lo miró a través del espejo de la barra.

Entreabrió los labios. Le pagó al camarero y se volvió, para atravesar la sala atestada en dirección a su mesa. Maldición. No quería que la prensa los viera juntos. Pero lo que hizo fue detenerse en la mesa que ocupaba ella y dejar la copa antes de continuar por el corto pasillo en dirección a los aseos.

Jason mantuvo el control sobre la prensa y Mitch decidió que era seguro seguir a Sophia por el pasillo oscuro. ¿Qué podría pasar en un sitio público con la prensa tan cerca?

Se acomodó debajo de la mesa antes de ponerse de pie. Aunque sonaba música popular, en la cabeza oía a Stevie Ray Vaughn. Entró en el pasillo. Se hallaba vacío. Al final había una puerta que conducía al exterior. La abrió y salió a la fragante noche estival de Florida.

Sophia lo esperaba en las sombras. El cabello se le ondulaba sobre los hombros y al verlo salir del club, avanzó y le tomó la mano.

Lo envolvió una oleada de lujuria. Dios, hacía mucho que no la tocaba. La acercó y la rodeó con los brazos. Bajó la cabeza para tomarle la boca.

–Hola, devoradora de hombres.

Le cortó la respuesta con los labios. Los fundió con los suyos de igual modo que anhelaba que sus cuerpos se fundieran. Introdujo la lengua en su boca. Ella emitió un sonido suave que lo excitó hasta el punto del dolor.

Con las manos le inmovilizó la cabeza como si temiera que se apartara de ella. Mitch no pensaba ir a ninguna parte. Sophia le invadió la boca con la lengua, haciéndole saber que no se hallaba bajo su control.

Él alzó las manos hacia su nuca y metió los dedos entre su pelo. Sophia movió las caderas contra las de él. Mitch colocó el muslo entre los suyos y dobló la pierna, elevándola del suelo.

Ella se aferró aún más a él. Mitch continuó saqueándole la boca, buscando algo que sabía que había perdido hacía mucho tiempo. Algo que no iba a encontrar enfrentándose a Sophia en el tribunal. Algo que dudaba que pudiera mitigar teniéndola como esclava sexual durante un fin de semana. Algo que nunca había creído necesitar hasta ese momento.

Y ese algo era la entrega completa de Sophia. No la quería en sus brazos por una apuesta. Pero la tomaría de cualquier modo que pudiera.

Sophia no estaba segura de lo que esperaba conseguir tentando a Mitch al salir del club. Pero sí sabía que no lamentaba ese momento. No había podido dormir bien desde que él le enviara aquella cesta con las Coronas, y a partir del día siguiente iban a verse todos los días durante el transcurso del juicio.

El destino no se podía detener y tampoco a Mitch Hollaran. Su boca siguió saqueándola. No podía hacer otra cosa que aferrarse a sus hombros anchos y responder a su abrazo.

Lo había anhelado desde la última vez que habían estado juntos. Todas las noches se ponía la vieja camiseta de él y se acurrucaba en la cama a escuchar a Stevie Ray Vaughn. Recordaba el dulce momento antes de haber realizado su elección, y la elección y las decisiones que había tomado después la acosaban.

La mano de él le moldeó la nuca. Los dedos le acariciaron ese punto que le provocaba escalofríos. Se meció contra el muslo que tenía entre los suyos.

–¿De dónde ha salido esto? –preguntó sin aliento—. No me quejo, ¿eh?

Una de las manos de Mitch bajó por su espalda y por debajo del tenue material de la blusa. Alzó la cabeza y la contempló largo rato, con ojos entrecerrados, fosas nasales tensas y respiración entrecortada.

–He estado trabajando doce horas al día con el fin de tratar de olvidarte, pero cada vez que cierro los ojos...

Él musitó algo que Sophia no pudo entender y luego volvió a bajar la cabeza. En esa ocasión, el beso fue más exigente.

Introdujo el labio inferior entre sus dientes y lo succionó. Ella abrió bien la boca y ladeó la cabeza, en apariencia a regañadientes; Mitch le liberó el labio y Sophia lo tentó con la misma caricia. La mano grande bajo la blusa le acariciaba la espalda en círculos cada vez más amplios, acercándose más y más al borde de los pechos. Cuando al final tocó el costado del seno derecho, acarició la parte inferior con un dedo largo y delgado.

Ese beso no fue la lenta seducción con la que él que había estado jugando con los regalos. Fue el de un hombre que había sobrepasado sus límites. Que sabía que el fin se hallaba cerca pero era incapaz de esperar otro día. Ella sentía lo mismo.

La besó con la boca abierta en el cuello, deteniéndose en la base, donde el pulso latía con gran fuerza. El pezón de Sophia se endureció en anticipación de un contacto que no se producía. Se retorció en sus brazos, tratando de potenciar el contacto de la rodilla. Pero él la mantuvo inmovilizada con una mano en las costillas y la otra en las caderas.

Sí, eso era lo que había estado esperando en secreto. Un hombre capaz de ver más allá de la imagen de la ayudante de la fiscal del distrito para llegar hasta la mujer que había debajo. La mujer que llevaba tanto tiempo atrapada que casi se sentía mareada por la falta de control.

Mientras Mitch seguía succionándole el cuello, comprendió que iba a dejarle una marca. Una marca más, salvo que ésa no iba a poder lavarse con agua y jabón.

Cuando él levantó la cabeza, Sophia temblaba de necesidad y sabía que sexo rápido en el callejón no iba a satisfacer a ninguno de los dos. Bajó la cabeza y apartó el cuello abierto de su camisa. Lo mordió con suavidad en la base de la garganta, y luego lo succionó. Tenía un ligero sabor salado y exclusivo de él.

La mano de Mitch bajo su pecho volvió a moverse, y ese dedo largo subió y le rozó el pezón. Ella emitió un gemido casi inaudible.

—Nena, es tan agradable tenerte en mis brazos... —le echó la cabeza hacia atrás y la besó otra vez.

Sophia interpuso las manos entre ambos y le abrió la camisa. No tardó en acariciarle los músculos firmes del pecho y del estómago. Las manos de Mitch no pararon de moverse bajo su blusa, sin dejar un solo punto de su torso sin explorar.

Le subió la blusa hasta las axilas y la atrajo hacia sí hasta que quedaron pegados. La mantuvo con firmeza contra él con una mano en el centro de su cintura. Luego onduló contra ella como un gran felino. Sophia tembló y lo pegó a su cuerpo con más fuerza. Necesitaban un sitio donde poder echarse, donde pudiera dejar que la envolviera con todo el calor que poseía. Un sitio como... su casa.

El momento de los juegos había llegado a su fin y ya sabía lo que tenía que hacer. Se hallaba próxima a un orgasmo, pero no quería experimentar otro sin tenerlo dentro de ella.

En el instante en que Mitch bajó la cabeza y se ocupó del pezón con la lengua, ella exclamó su nombre. Él susurró algo sobre la piel de Sophia antes de ocuparse de igual manera del otro pezón.

Ella dejó caer la cabeza atrás. El pelo le rozó el centro de la espalda, suave y sensual, mientras la boca de Mitch se movía sobre un pecho. En ese momento tenía las dos manos apoyadas sobre sus caderas y la instó a frotarse contra el muslo. Incapaz de parar, ella lo hizo, meciéndose cada vez con más fuerza hasta que sintió que comenzaba el clímax. Las contracciones pequeñas dieron paso a unas mayores a medida que la sensación se extendía por todo su cuerpo. Volvió a pronunciar el nombre de él y lo pegó a ella.

Él continuó succionándole el pecho y le movió las caderas contra el muslo hasta que comenzó a gemir y Sophia sintió su humedad a través de la tela de los pantalones.

Lo pegó a ella. Estaba segura de que en ese momento Mitch se hallaba preparado para desprenderse del pasado. Para olvidar la apuesta que habían hecho y mantener una relación de verdad, que involucrara emociones. Y eso la aterró.

Mitch no podía creer que hubiera dejado que eso pasara. Había estado evitándola justo por ese motivo. Sophia le acarició la espalda y supo que debería apartarla, pero lo que hizo fue abrazarla con fuerza.

La luna pálida proyectaba sombras largas en el callejón y agradeció la intimidad que proporcionaban. Le permitían la libertad de abrazarla y fingir que no era más que un sueño demasiado intenso. Sentía como si pasara por un renacimiento con Sophia. Y no confiaba en ello. No confiaba en ella.

Olía tan bien y encajaba tan bien en sus brazos... Podía manejar el ardor. Era la ternura lo que lo sorprendía.

Trató de recordarse todos los motivos por los que no debería creer en su ternura. Sin embargo, en un momento de deslumbrante claridad, se dio cuenta de que la ira que sentía por el modo en que había terminado su relación con Sophia no sólo iba dirigida contra ella. También contra sí mismo por permitir que esa mujer viera las vulnerabilidades que tenía y las manipulara.

En esa ocasión era más fuerte. Con ese pensamiento en la mente, abrió los brazos y se apartó de ella. Le alisó la blusa. Vio que tenía los labios rojos e hinchados. Desde el club llegaba algo de luz que ella esquivó con cuidado. Lo observó con atención y Mitch percibió su confusión. La entendía por completo. ¿Cómo alguien que, en esencia, era enemigo, podía causar una reacción tan poderosa?

Por primera vez en su vida, entendió por lo que debía de pasar Dev cuando anhelaba droga. Porque llevaba a Sophia en la sangre. Sólo la certeza de que tenía una apuesta que le garantizaba un fin de semana en la cama de ella le permitió dejar que se marchara esa noche.

Alargó una mano para capturar un mechón de pelo que la brisa nocturna le cruzaba por la mejilla. A regañadientes, se lo soltó y dio otro paso atrás.

– Tengo una idea – dijo ella.

– ¿Cuál?

– Olvidemos el pasado y la apuesta. Vayamos a casa a iniciar la aventura que nos está esperando.

Se sintió tentado. Pero la parte obstinada de su alma descartó considerar la oferta. Era ese hombre obstinado que vivía solo en la mansión de Bel Air. Ese mismo hombre obstinado que se negaba a permitir la ternura que sin esfuerzo invocaba ella desde lo más hondo de su ser.

Cruzó los brazos y se apoyó en la pared del club. La música había vuelto a sonar y pudo oír a Jason cantando una canción con más entusiasmo que talento. Sintió que se combinaban el peso de todo lo que alguna vez había querido y todo lo que era.

Abandonar su venganza no era algo que pudiera hacer. No importaba lo vulnerable que podía parecer Sophia cuando estaba en sus brazos. Le había quitado algo y no sentiría paz hasta que nivelara la balanza.

– Debo rechazar la oferta.

Ella se mordió el labio inferior y también cruzó los brazos. La vio envolverse con su dignidad. La vio erguirse, mover la cabeza y observar desaparecer por completo a la mujer suave que había estado allí unos momentos antes.

Y supo que había tomado la decisión acertada... como si hubiera otra que pudiera tomar. Sophia Deltonio era un elixir ardiente a través de sus venas y no podía comprometer su integridad profesional yéndose con ella esa noche, dejando que le apartara la mente del juicio.

Metió la mano en el bolsillo en busca de las llaves y encontró la cinta de terciopelo de Sophia. La acarició un segundo igual que anhelaba acariciar el rostro de ella, eliminar el dolor de sus palabras.

Soltó la cinta y sacó las llaves.

– He de irme.

– Nunca vas a perdonarme, ¿verdad?

– ¿Serías capaz tú de perdonar esa clase de traición? – contrarrestó él.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró con ojos muy abiertos. Deseó poder leer la emoción que había allí, pero casi se alegró de ser incapaz.

– Nos veremos en el tribunal, Hollaran.

Giró y abandonó el callejón antes de que pudiera detenerla. Se vio obligado a verla marchar. Caminó con pasos deliberadamente lentos, contoneando las caderas con cada uno que daba. Sabía lo que hacía. Sabía que estaba al corriente de que la observaba hipnotizado. Y también sabía que estaba dispuesta a jugar según las reglas que él había establecido. Lamentaba la pérdida de lo que podría haber sido, pero por la cordura de ambos, necesitaban centrarse en ese fin de semana que los esperaba. Y entonces, sólo entonces, podrían al fin desterrar los demonios del pasado.

Capítulo 8

Al día siguiente, Sophia contó los pasos que había desde la sala del tribunal hasta los aseos. AC/DC sonaban en su cabeza y mentalmente se preparó para el jurado. Se sabía de memoria el alegato de apertura.

Al centrarse únicamente en ese caso, tuvo un momento de claridad al reconocer ante sí misma que su carrera ya no era lo más importante de su vida. La noche anterior mientras iba a su casa, había llegado a comprender que no le importaba que Mitch fuera tras ella sólo para vengarse. De todos modos, lo deseaba.

Eso no hablaba mucho a favor de su sentido común. Entró en el cubículo para minusválidos. Echó el pestillo a su espalda y se dirigió al espejo del lavabo. Apoyó las manos en el borde y se adelantó, mirándose a los ojos para cerciorarse de que en ellos podía ver su convicción.

Jason Spinder era un chico malo de Hollywood que creía que la celebridad le daba el privilegio de comportarse fuera de la ley, algo que el Estado y ella sabían que nadie tenía derecho a hacer. Se irguió, se sonrió y supo que cuando entrara en la sala del tribunal, entraría para ganar.

Salió de los aseos y regresó a la sala. Mitch se hallaba en la fuente de agua. Ese día se hallaba preparada para su presencia. Estaba preparada para enfrentarse a él en el tribunal y ganar ese caso, y así poder afrontar un encuentro con él sintiendo que se hallaba al mando en vez de sentirse como una masa palpitante de vulnerabilidad.

Titubeó un segundo, pero de inmediato reanudó su andar determinado. Al llegar al lado de él, que aún bebía agua, se detuvo un instante para darle una palmadita en el trasero.

Siguió hacia las puertas de roble que daban al campo que habían elegido para librar su batalla. Estaba preparada para el enfrentamiento.

– Deltonio.

Miró a Mitch por encima del hombro. Intentó decirse que se trataba de un caso como cualquier otro, pero al avanzar hacia ella supo que no se parecía en nada a algo que hubiera encarado hasta ese momento.

– ¿Sí? – preguntó.

Él se detuvo a un paso de ella y deslizó una mano por su espalda, demorándose en la curva de la cintura. Sophia luchó por evitar reaccionar al contacto. No quería pensar en Mitch y en el sexo mientras estuviera en la sala.

– ¿No es el traje que llevabas puesto cuando fui a verte a tu oficina? – preguntó.

Ella comenzó a temblar. Dios, así era. En un segundo la había reducido de una abogada segura a una masa temblorosa de necesidad sexual. Recordó cómo sus manos se habían movido por debajo de la falda, los dedos que le habían soltado los botones y su cara al eyacular encima de ella.

—¿Lo es? —replicó con indiferencia. Había hecho limpiar el traje dos veces, porque la última vez que se lo había puesto, habría podido jurar que aún era capaz de oler a Mitch en la tela. Esa mañana había estado pensando en el caso. Ése era el traje que empleaba para las presentaciones. Se le había pasado por la cabeza no ponérselo, pero al final había ganado el ritual.

La rodeó para situarse delante de ella, sin soltarle la cintura en ningún momento.

—Sí, lo es.

Lo maldijo para sus adentros y también a sí misma por no haber pasado de largo sin tocarlo. Había querido sacudir su concentración y, como de costumbre, el tiro había salido por la culata.

—No tenía ni idea de que poseyeras semejante ojo para la moda —realmente, se hallaba fuera de su elemento con él. La hacía sentir como si fuera una estudiante de Derecho de primer año. Debería marcharse. ¿Acaso no era lo que los padres y los maestros le aconsejaban a los niños en una situación que no era buena para ellos?

—No estoy interesado en la moda, encanto. Sólo en ti —aseveró.

Sabía que decía la verdad. Y una parte de ella, esa parte tonta que llevaba la cinta de terciopelo, quería creer que se debía a que la deseaba tanto como ella a él. Pero en lo más hondo de su ser sabía que era porque la consideraba una enemiga y que había regresado a su vida para vengarse.

—Me sentiría halagada, salvo que te conozco demasiado bien —respondió y se alejó antes de que pudiera responder.

No se detuvo hasta entrar en la sala y ocupar su asiento. No había cámaras. Ella había ganado esa batalla. A un lado se sentaba un dibujante del tribunal. También se había prohibido el acceso a los periodistas. Sólo la familia y los amigos de Spinder y Holly McBride, la muchacha de diecisiete años que había tenido sexo con el actor de veintidós años, y sus padres de rostros sombríos se hallaban presentes en la sala.

Era un caso delicado y sentía la presión de la familia McBride para que ganara. También sentía la presión de su jefa, Joan Mueller, quien no estaba del todo segura de que Sophia hubiera regresado al juego. Por último, sentía la presión de sí misma, porque entregarse a Mitch no era algo que se considerara capaz de llevar a cabo.

El día en el tribunal fue largo y estimulante. Mitch sabía que ganar no iba a resultar sencillo, pero las cosas que valía la pena tener siempre le habían costado el mayor trabajo.

Sophia se hallaba en la cúspide. Trabajó con un estilo y una destreza que Mitch admiró, contrarrestando a cada uno de sus testigos con alguno propio y manteniendo el resultado igualado en lo referente al jurado. Había cambiado mucho desde los tiempos de Harvard. No lo sorprendió tanto como enorgulleció.

El juez Malloy tenía reputación de juicios rápidos. Sin embargo, ése iba a desarrollarse a su propio ritmo. Hacía tiempo que Mitch había aprendido a no poner

una hora ni a prever lo que aportaría un juicio. En ese momento, podía ser de cualquiera y tanto Sophia como él tenían la capacidad de ganar.

El juez despidió al jurado por el día. Sophia abandonó la sala sin dedicarle una sola mirada. Notó que se tomaba unos minutos para hablar con la familia McBride y supo, por la observación de su lenguaje corporal, que les transmitía su seguridad.

También Jason observaba a los McBride y Mitch sabía de hablar con Spinder que experimentaba una profunda sensación de traición. Había intentado hablar con Holly antes de que el juicio hubiera comenzado, pero la joven se había negado a mirarlo. De pie junto a Jason y contemplando a las dos mujeres que los habían traicionado a ambos, sólo sirvió para intensificar su necesidad de ganar.

Mitch siguió a Sophia al exterior. El combate de entrenamiento antes de que hubieran entrado en la sala le había recordado que no era una mujer acostumbrada a dejar que nadie obtuviera ventaja. Marcus esperaba a Jason y Mitch se demoró cuando se acercaron a los medios que habían estado acampados en el exterior desde primeras horas de la mañana. Dejó que Marcus y Jason respondieran a la prensa en las escalinatas del juzgado.

Sólo en dos ocasiones descubrió que sus pensamientos vagaban hacia Sophia. Una, cuando ella había ladeado la cabeza para observarlo durante el alegato inicial. Había mostrado la misma concentración intensa que cuando le había tomado la cara entre las manos para besarlo. La otra vez había sido cuando estuvo caminando delante del jurado y había captado un soplo de su perfume.

En cuanto lo activó, el móvil le indicó que tenía varios mensajes de voz. De camino al coche, marcó el número para escucharlos. El Porsche estaba caliente de permanecer todo el día al sol de Florida. Se aflojó la corbata y escuchó una serie de mensajes de su secretaria; luego se quedó helado al oír la voz de Dev al teléfono.

Durante las seis semanas que llevaba en Orlando, Dev había ingresado en un centro de rehabilitación como su última oportunidad. La voz no revelaba nada en el mensaje, simplemente le pedía que lo llamara.

Marcó el número de su amigo de la infancia. Las dos veces que había ido a Los Ángeles había evitado verlo, principalmente porque no quería enfrentarse al hecho de que en esa ocasión no podría sacarlo bajo fianza. En esa ocasión, disponía de un consejero las veinticuatro horas al día y o bien saldría de la rehabilitación para permanecer limpio o iría a la cárcel los próximos veinte años.

– Devil's Own Breeders – anunció Dev a la primera llamada.

– ¿Cómo está el diablo? – preguntó Mitch.

– En el infierno.

– ¿Qué sucede? – temía que una vez más lo hubieran sorprendido con posesión o conduciendo drogado. Pero su amigo estaba en casa.

– Hoy es el día de la confesión – respondió al final.

Sonaba cansado.

Mitch se frotó la nuca, tratando de eliminar la tensión.

– ¿Qué tienes que confesarme?

Dev emitió una risita carente de humor.

– Nada, tío. Tú conoces todos mis secretos y vicios.

– No te sigo.

– Lo sé. Tengo que llamar a Julie y contarle lo que ha estado pasando. Mi consejero dice que fingir que no soy un consumidor me brinda la excusa de esconder mi adicción.

– ¿Y tiene razón? – quiso saber. El consejero de Dev, Martin Riddel, le había recomendado que escuchara a su amigo, pero que no le solucionara los problemas.

– Diablos, probablemente. No quiero hacerlo, Mitch. Ella es lo único bueno que me ha pasado.

– Lo sé, amigo – era una buena mujer. Dios sabía que él había querido creer que tiempo atrás había encontrado a una. Sin embargo, una parte de él creía que no existía una criatura así, y que todos los hombres estaban destinados a viajar por la vida buscándola sin éxito.

– ¿Qué debo hacer? – preguntó Dev.

En el pasado, no habría vacilado en ofrecerle consejo. Pero no ese día. Después de su encuentro con Sophia, sabía que no se encontraba en posición de darle sugerencias a su amigo.

– No poseo lo que se pueda decir un gran historial en lo referente a las mujeres.

– Se te dan bien. Estás más tiempo con alguien que solo.

Quizá Dev necesitara conocer sus puntos débiles, saber que tenía su buena cuota de fracasos.

– Sí, pero jamás dura.

– ¿Crees que debería desaparecer de su vida? Eso es lo que me dice el instinto. Pero el instinto también me aconseja que la vida es más fácil cuando estoy colgado.

Casi toda su vida de adultos, Mitch había obviado la adicción de Dev, hasta que éste se metía en problemas con la ley y él lo sacaba bajo fianza. Pero en esa ocasión, la última oportunidad de Dev, parecía importante no obviarla más.

– Díselo, Dev. Si permanece a tu lado después de confesar, sabrás que tienes a alguien por quien vale la pena luchar.

– ¿Y si no se queda?

– Entonces, cuando vuelva a casa, nos emborracharemos y maldeciremos a todas las mujeres.

– ¿Tienes problemas de mujeres, chico de oro?

Dev rió entre dientes y colgó. Mitch se reclinó en el asiento y observó a su problema abandonar el tribunal. La observó hasta que desapareció de vista calle abajo y se preguntó cómo iba a superar ese juicio sin entregar su control e ir tras ella.

Lo había invitado al dormitorio una vez y dudaba de que volviera a hacerlo. Lamentaba no haber aceptado la invitación cuando se le presentó la oportunidad.

Joseph esperaba en su despacho cuando regresó del juzgado. Sophia se sentía tensa y ver a su compañero no hizo nada por mitigar esa tensión. Se preguntó qué hacía allí. ¿Acaso Joan había decidido incorporarlo al caso después de todo? Disponía de la ayuda de dos pasantes y esa tardía incorporación sólo serviría para transmitirle a la defensa un mensaje de temor.

Alice se hallaba ocupada al teléfono. Le dejó en la mesa el historial con notas para que las pasara a limpio. En un Post It le indicó a su secretaria que necesitaba las notas antes de que se marchara a casa.

—Joseph, ¿me esperas a mí? —preguntó.

—Sí.

—Pasa.

En el archivador había un jarrón con flores. Sospechaba que era de los demás fiscales. Había días en que le encantaba su trabajo.

—Veo que han llegado nuestras flores —comentó él, confirmando sus sospechas.

—Gracias.

—De nada. Escucha, la semana próxima me enfrento a Petralucci y Joan me dijo que quizá tú dispusieras de algún consejo.

Se sentó en el sillón y se puso a hablar de cosas legales con Joseph, pero su mente estaba en otra parte. Tenía miedo de que el caso estuviera demasiado igualado. Mitch había establecido algunos puntos elocuentes en el tribunal y empezaba a lamentar la apuesta que había aceptado. En ese momento temía la posibilidad clara de perder el caso, y aunque no fuera así, un fin de semana de sexo con Mitch no era lo que necesitaba, no mientras el desasosiego le envolvía el alma.

—¿Deltonio?

Maldijo para sus adentros. ¿Qué había dicho Joseph?

—Lo siento, ha sido un día largo. Sigo dándole vueltas a mi caso.

—Tranquila.

—Le diré a Alice que saque todas mis notas sobre Petralucci. Es propenso a la actuación de cara a la galería, pero, por lo demás, es un buen oponente en un tribunal.

—Gracias —se puso de pie para marcharse.

Lo acompañó a la puerta. Alice firmaba la recepción de otro paquete.

—¿También me lo habéis enviado vosotros?

—No. Sólo las flores.

Sintió un nudo en el estómago mientras Joseph se acercaba a estudiar el paquete envuelto en celofán. ¿Sería de Mitch? El tercer día habían establecido su día de fantasía. La fantasía de él había sido que se pusiera ropa interior de cuero y unos zapatos con tacones de aguja. Esperaba que no le hubiera enviado eso al despacho.

Joseph rió entre dientes al bajar la vista al paquete con la tarjeta pegada. Le guiñó un ojo y se marchó sin hacer más comentarios.

Sophia tenía los pies clavados al suelo. No podía cruzar la estancia. No quería ver lo que la esperaba en el escritorio de Alice.

– Ven a ver qué es – indicó Alice con una sonrisa –. Es de Jason Spinder.

La invadió una oleada de alivio. Necesitaba una copa y dormir bien, sin sufrir ningún sueño erótico.

Se acercó a la mesa de Alice y bajó la vista al paquete. Era un gran cuenco de cerámica lleno de tarjetas de las últimas películas de Spinder y palomitas para preparar en el microondas. La nota ponía *De un admirador a otro*.

– Ese hombre no tiene vergüenza – comentó Alice.

– Debería. Tuvo sexo con una menor.

– Lo sé. No parece un delincuente sexual. Pero sigue siendo sexy y divertido. He visto todas sus películas.

– ¿Quieres quedarte esto, Alice? – preguntó. Ella no lo quería. No iba a guardar ningún recuerdo de ese caso. Sabía que llevaría las cicatrices en su alma durante mucho tiempo.

– ¿De verdad? Me encantaría. ¿Cómo es en el tribunal?

– Como cualquier otro acusado. Nervioso, serio y muy consciente de que la celebridad no es un pase para un comportamiento delictivo.

– ¿Has sacado todo eso de un día en la sala? – inquirió su secretaria.

Sophia se encogió de hombros. De hecho, años de practicar la abogacía le habían facilitado conocer a casi todas las personas, y cuando Jason Spinder dejaba de actuar como el chico malo de Hollywood que su fama decía que era, sólo parecía un chico joven que había cometido un error y no quería ir a la cárcel.

– Necesito esas notas antes de irme. ¿Hay algún mensaje urgente?

– Dos. Uno de Joan. Quiere verte antes de que te vayas a casa. Prepararé las notas ahora para que puedas llevártelas.

– Gracias, Alice. ¿Y el segundo?

– De Mitch Hollaran, acerca del caso Spinder. Aquí tienes su número.

Recogió el papel y regresó a su despacho; con cuidado, cerró la puerta a su espalda. Se sentó lentamente en el sillón de cuero y marcó el número de Mitch.

– Soy Sophia – dijo cuando él contestó –. Te devuelvo la llamada que me has hecho.

– Vaya, qué rapidez. Acabo de dejarte el mensaje.

– Alice dijo que era urgente.

– No lo es. Sólo quería comunicarte que he comprado algunas cosas para que te pongas el fin de semana que pasemos juntos.

– Espero que te vayan a ti, porque no pienso perder.

– No son de mi talla. Pero no me preocupa la idea de que pueda tener que devolverlas, encanto.

– ¿Qué es lo que te preocupa, Mitch?

– Que un fin de semana no sea suficiente para quitarte de mi sistema.

– A mí también –convino, y colgó.

No necesitaba que Mitch la llamara para recordarle que se había involucrado en un juego muy peligroso... y que no era muy factible que ganara, sin importar lo que sucediera en el tribunal.

Capítulo 9

Después de diez días, el juicio de Spinder se acercaba a su conclusión. Mitch presentó los argumentos finales antes de comer y Sophia los suyos tras el descanso para el almuerzo. El jurado se había retirado a deliberar.

– No pensé que fuera a estar tan nervioso – comentó Jason, sentado tenso en la sala de espera, con el aspecto de un joven de veintidós años y no el de un actor de éxito y multimillonario.

– No te preocupes. Aunque las cosas no salgan como queremos, y creo que sí lo harán, apelaremos – indicó Mitch.

– No quiero ir a la cárcel.

– No irás – prometió.

Holly McBride había reconocido haber usado una identificación falsa para ganar acceso al club donde había conocido a Jason, aparte de pagar unas copas para Jason y para ella. Era una prueba contundente de que la joven se había hecho pasar por mayor de edad. Lo único que tenían en contra era el hecho de que se trataba de una menor y de que Jason no le había preguntado si tenía edad legal para mantener relaciones sexuales. Pero Mitch tampoco creía que él lo hubiera hecho. Holly parecía tener veinte años.

Sophia había presentado un caso sólido. Pero él había hecho subir a Jason al estrado para dejar que el actor carismático presentara su testimonio.

– Ya es demasiado tarde para hacer cualquier cosa salvo esperar lo mejor.

– Eso es lo que me gusta de ti, tío. Siempre eres sincero.

– Por el camino difícil aprendí que las mentiras no benefician a nadie.

Marcus caminaba por la sala de espera como una reina de belleza nerviosa que esperara el anuncio de la nueva Miss América.

– Repasemos una vez más los comentarios que le harás a la prensa cuando ganemos. No quiero que des la impresión de que te regodeas.

– Yo tampoco. Lo único que quiero es dejar esto atrás.

Mitch esperaba que fuera así de fácil, pero tenía la sospecha de que el caso iba a acosar a Spinder el resto de sus días. Los medios no olvidaban con facilidad una violación legal.

Se excusó mientras ellos trabajaban en la declaración de Jason. El pasillo de los tribunales se hallaba vacío y lo recorrió hasta un extremo, deteniéndose ante la ventana que daba a Orange Avenue. Eran casi las cinco y el tráfico había empezado a tornarse denso.

Esperaba que la situación no se prolongara otro día. Quería ponerle fin a la espera. Quería saber quién iba a ganar la apuesta que habían pactado Sophia y él.

Quería tener el fin de semana con ella para ver si de verdad podía exorcizarla de su alma.

Nada más llegar a Orlando ella le había dicho que había temido perderse a sí misma. No le importaría si el fin de semana volvía a hacer que estuviera totalmente a su servicio.

En ese momento sonó su busca y bajó la vista a la pantalla alfanumérica. El mensaje era simple, le pedía que regresara a la sala con Spinder. Se había llegado a un veredicto.

Regresó lentamente a la sala de conferencias y Jason alzó la vista al verlo entrar.

— Están listos.

— ¿No es demasiado rápido?

— No lo sé.

— ¿Qué va a pasar cuando entremos allí? — quiso saber Jason.

— El jurado regresará a la sala. Luego se te pedirá que te pongas de pie. Yo me incorporaré contigo. El juez le pedirá al presidente del jurado que lea el veredicto... no reacciones a lo que diga.

— No sé si seré capaz de no hacerlo.

— Tú eres el actor que cobra mucho dinero. Sé que puedes hacerlo — afirmó Mitch.

— ¿No deberíamos irnos? — quiso saber Marcus.

— En un minuto. No quiero parecer demasiado ansioso — estudió a los dos hombres. En la habitación había una tensión que se podía cortar. Pero el nombre del juego era «estrategia» y no iba a cambiar de parecer — . Spinder, arréglate la corbata y entonces nos iremos.

— He oído que te llaman Hombre de Hielo. Ya sé por qué.

— Pues no has visto nada — indicó Mitch. Ese apodo había nacido después de que regresara a California desde Massachusetts. Había tomado la decisión de ser despiadado en los juzgados, aprendiendo a ganar por encima de cualquier cosa.

Marcus realizó una llamada rápida a su oficina para anunciar que el veredicto se sabría de un momento a otro.

Mitch volvió a entrar en la sala con un hormigueo expectante en las venas. Fuera cual fuere el resultado, significaría que al fin se acabaría la tensión sexual que lo había dominado los últimos diez días. Dormir bien era un recuerdo lejano. Lo único que hacía por la noche era estar en la cama con sueños torturados en los que Sophia se hallaba con él.

Lo supo en cuanto entró en la sala. Reconoció el ritmo de sus pisadas al acercarse. Se reclinó en el asiento mientras ella dejaba el maletín en la mesa que tenía delante.

Se la veía serena y compuesta, la esencia de una abogada de éxito que está segura de sí misma y del trabajo que ha llevado a cabo. Mitch experimentó el primer aguijonazo de duda de que podía ser el perdedor en ese juicio. Pero cuando ella lo miró, para apartar de inmediato la vista, experimentó un resurgir de confianza.

Ya no había nada de qué preocuparse. Tenían que esperar el veredicto. Fuera cual fuere el resultado, sabía que conseguiría las respuestas que había estado buscando al ir al este.

Se volvió hacia Sophia y la inspeccionó de arriba abajo. Ella se movió incómoda en la silla pero resistió su mirada. Aguardó un segundo y le dedicó una amplia sonrisa.

Sophia trató de relajarse mientras se leía el veredicto. Después de todo, ese caso no iba a encumbrarla ni a derribarla en la oficina de la fiscal del distrito. Había trabajado duramente por conseguir la reputación que tenía, y una derrota no se la iba a arrebatar.

Tenía un historial impresionante y había llevado el caso como mejor había podido. Hasta Joan había reconocido que hacer subir a Spinder a declarar había sido un toque de genio por parte de Mitch.

Jason había hecho a un lado la fachada de chico malo de Hollywood y hablado directamente desde el corazón, ganándose al jurado femenino. Los McBride seguían con expresiones severas y sabía que habían querido que evitara que se revelara que Holly había tenido una identificación falsa, pero varias personas la habían visto en posesión de ese carné. Además, Mitch había llamado al estrado al sujeto que se lo había vendido.

Sophia creía que si hubieran llamado a Holly a declarar, habrían podido ganar a algunos miembros del jurado, pero la joven no era Jason Spinder y era evidente que se encontraba nerviosa y asustada. En un momento de tranquilidad, le había confesado que quería que el caso terminara para poder recuperar su vida normal.

Entonces, ¿por qué se sentía tan nerviosa por el veredicto? No era estúpida, sabía que el peso de la decisión del jurado tenía más que ver con Mitch que con la posibilidad de ganar el caso.

Había trazado planes para el fin de semana que pasarían juntos, reservando una suite en el Ritz Carlton en Amelia Island. La aislada playa sería el lugar perfecto para el guión que había escrito mentalmente, uno de lujo y abandono. Tan alejado del tiempo que habían pasado juntos, que jamás podría confundir los sentimientos de entonces con los sentimientos que le inspiraba Mitch en ese momento. Y se recordó con firmeza que esos sentimientos sólo eran de lujuria.

Adrede, se reclinó en el asiento mientras el juez le ordenaba a Spinder ponerse de pie. Ésa era la parte de su trabajo que menos le gustaba. La espera para oír el veredicto. En ese punto ya no había nada que pudiera hacer. Sintió un nudo de nervios en la boca del estómago.

Contuvo el aliento cuando el juez pidió la decisión del jurado. El presidente, un hombre mayor que había sido una de sus elecciones, le entregó el papel con el veredicto al alguacil, quien se lo trasladó al juez. Éste miró el papel, luego le pidió a los jurados que se levantaran y afirmaran que era la decisión alcanzada. Al final, el presidente anunció: «No culpable».

La sangre abandonó su cuerpo. Aferró el borde de la mesa que tenía delante. «Santo... Cielo».

El juicio había concluido. Fue consciente de que el juez agradecía el trabajo del jurado. También fue muy consciente de los McBride... Holly no lloraba y Sophia pudo ver algo parecido al alivio en sus ojos. Stanley McBride, el padre de Holly, parecía indignado.

Centrarse en los McBride le brindó la excusa de obviar el hecho de que acababa de perder una apuesta seria.

Se sentía paralizada. Había contado con tener el control sobre Mitch. Había contado con la libertad de establecer el ritmo y ocultar sus verdaderas emociones, con que su vida continuaría como hasta ese momento.

Recogió los papeles. Spinder se detuvo junto a su mesa y le dedicó esa sonrisa de un millón de dólares.

—Supongo que va a tener que encontrar a otro hombre.

—Supongo que sí. No se meta en problemas. Quizá la próxima vez la suerte no esté de su lado.

Le dedicó otra sonrisa y salió de la sala.

Sophia se acercó a los McBride.

—Podemos presentar una apelación a primera hora de la mañana.

—Sí, quiero que lo haga —indicó Stanley.

—No —replicó Holly—. No quiero volver a pasar por esto.

Los dos dieron la impresión de que iban a zanjarlo en la misma sala.

—Háblenlo en casa y llámenme a la oficina por la mañana.

La señora McBride asintió y pasó los brazos por el de su marido y el de su hija para conducirlos fuera de la sala. Lentamente, el tribunal se vació, dejándola a solas con Mitch. Pensó en hacer algo infantil como negarse a mirarlo o lo que deseaban sus entrañas, darle un puñetazo en la nariz.

—No te regodees —le advirtió cuando se detuvo junto a ella.

Lo miró. Muchas veces había imaginado ese momento. Y en cada ocasión, había estado encima de él, a rebotar de poder y encendida por la victoria.

—Hiciste todo lo que pudiste —dijo él.

—Sí, lo sé —miró el reloj. Esa noche no tenía planeado nada, pero necesitaba huir—. He de irme.

—No permitas que yo te retenga.

—No lo haré —se levantó y comenzó a salir del tribunal. Mitch caminó a su lado. Fingió no ser consciente de él. Ni del calor ni de la fragancia que emitía. Ni de que le había dado a ese hombre el derecho a hacer con su cuerpo lo que quisiera.

—Sophia —dijo, deteniéndose. Ella paró, pero no se giró para mirarlo. Él la rodeó, se pasó el maletín a la mano izquierda y le alzó la cabeza para que sus ojos se encontraran—. Si has cambiado de parecer, no te obligaré a cumplir la palabra dada.

¿Habría en serio? Estuvo a punto de aceptar el ofrecimiento, pero al final no pudo. Necesitaba cerrar esa situación con Mitch.

—No me retracto de una obligación.

Él estudió su cara un minuto largo, y luego le acarició la mejilla con un dedo antes de bajar la mano.

—Me alegro. Te recogeré el viernes por la tarde. Dame tu dirección.

Sacó una de sus tarjetas y le escribió la dirección de su casa al dorso.

—¿Qué ropa debo preparar? —preguntó. No tenía ni idea de adonde la llevaría a pasar el fin de semana—. ¿Vamos a ir a tu hotel?

—No, vamos a ir a Boca Ratón. Sólo trae los regalos que te envié. Yo aportaré todo lo demás que necesites.

—Mitch, yo...

—¿Sí?

—No sé si seré una buena esclava. Hace mucho tiempo que no permito que un hombre me diga lo que debo hacer.

Él ladeó la cabeza y la observó. Sophia se preguntó qué estaría pensando, y reconoció que probablemente no quería saberlo. Por primera vez desde que había hecho la apuesta, pensó en los motivos que podía tener Mitch para hacerla su esclava sexual durante un fin de semana, y ninguno la tranquilizó.

—Diría que ya es hora.

—Hablo en serio, Mitch.

—Yo también. Sé cómo hacerte obedecer.

Eso era exactamente lo que había temido. Sus peores miedos iban a cumplirse y no había nada que pudiera hacer al respecto. Había dado su palabra. De hecho, era ella quien había establecido la apuesta. Había tenido tanta seguridad de ganar, que hasta ese momento no había contemplado las consecuencias de lo que había hecho.

Ninguno de los dos dijo una palabra, pero ambos sabían que él era el último hombre al que quería obedecer y complacer. El último hombre en saber que aún era muy insegura.

Le había enviado otro regalo, ése del tercer día de sus ya lejanas vacaciones. Lo habían llamado su día de fantasía. La fantasía de él había sido tener a Sophia enfundada en cuero y con unos zapatos de tacones de aguja. La de ella había sido tenerlo con el torso desnudo, leyendo a Shakespeare junto a una chimenea chisporroteante. De modo que le había enviado un pequeño tomo encuadernado en piel de los sonetos del escritor. Se preguntó qué iba a pensar cuando lo abriera.

Se había sentido tentado a llamarla, pero sabía que cualquier cosa que dijera o hiciera no estaría a la altura de lo que ella temiera que le hiciera. Sin embargo, la venganza no era tan satisfactoria como hablar con Sophia y redescubrir por qué se había enamorado de ella en primer lugar.

Se frotó la nuca. En esa ocasión tenía el control. Había aprendido suficiente del pasado como para no permitirse nunca más estar indefenso ante Sophia.

Sacó la tarjeta de ella de la cartera y marcó el número de su casa que le había escrito al dorso. Contestó a la primera.

—¿Hola? —dijo con voz muy despierta.

—Soy yo.

—Mitch —sólo el nombre, pero había un torrente de emociones sin responder en la voz.

No era tan tarde.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Mmm... ¿debo preguntarme por qué me llamas? ¿Esperas que esté aquí sentada, nerviosa por tu victoria?

Estaba impaciente por reclamar el premio, pero no pensaba revelar eso.

—¿Lo estás? —se reclinó en el asiento del coche. El aparcamiento estaba a oscuras, sólo funcionaba una farola situada en el otro extremo. Cerró los ojos y la imaginó en su casa.

—¿Tú qué crees? —replicó ella con un deje burlón en la voz.

—Que sí. Estás sentada en la cama, con alguna ropa interior sexy y pensando en mí.

—Ja.

—¿Tengo razón?

—Quizá.

—Vamos, nena. Puedes reconocerlo.

—No pienso reconocer nada ante ti —aseveró, otra vez con un toque de coqueteo en la voz.

Pero Mitch sabía que ella decía la verdad. Le había reiterado lo que ya conocía. La apuesta, ese fin de semana, era únicamente de sexo para ella y una especie de castigo por el pasado para él.

– Mitch, ¿sigues ahí?

En esa ocasión, él oyó el crujido de sábanas y de muelles. Estaba en la cama.

Se preguntó qué llevaría puesto.

– Sí, sigo aquí. ¿Recibiste mi regalo?

– Sí. Gracias. Es una edición preciosa.

– De nada – lo había comprado hacía cuatro años, en unas vacaciones en Londres. Por aquel entonces no había tenido ningún plan de volver a verla, pero, de todos modos, lo había comprado. También le había comprado un salto de cama de seda francesa, que ya había puesto en la maleta que le había preparado.

El silencio zumbó en la línea abierta y él pudo escuchar su respiración. Imaginó que oía el roce de un camisón de seda contra su piel suave.

– ¿Qué has planeado para el fin de semana? – inquirió ella al final.

«Tenerte atada a la cama dos días», dijo su pene. Pero la parte de él que anhelaba venganza pensaba otra cosa. Y sabía que estaba en un juego peligroso, porque su objetivo era tener a Sophia bajo su hechizo. Y para ello, debería correr el riesgo de volver a enamorarse.

– Es una sorpresa.

Ella chasqueó la lengua.

– Puedes contármelo, abogado.

– ¿Me lo habrías contado tú?

– Jamás lo sabremos.

– ¿Por qué hiciste la apuesta, Sophia? – le preguntó. Eso era lo único que no conseguía descifrar. No encajaba con la mujer que había llegado a conocer en la sala del tribunal durante los últimos diez días.

– No lo sé – musitó.

– Me alegro de que la hicieras.

– Lo dices porque has ganado.

– Probablemente – reconoció.

Ella rió, y el corazón de Mitch sufrió un poco por el sonido. Su felicidad dependía de él, y a él no le importaba, aunque por un momento deseó que fuera lo contrario.

– ¿Qué habías planeado en caso de ganar? – quiso saber.

– ¿Por qué, acaso necesitas ayuda?

– El día que no sepa qué hacer con una mujer hermosa que es mi esclava sexual, será un día triste. Sólo siento curiosidad.

– ¿De qué?

– De tus fantasías.

– ¿Qué te hace creer que han cambiado?

Sabía que lo habían hecho, porque la mujer que recordaba se había convertido en una dama sofisticada y triunfadora. Sin duda sus fantasías sobre los hombres también habían evolucionado.

– Bueno, tú has cambiado.

Ella suspiró.

– No tanto. Buenas noches, Mitch.

– Buenas noches, Sophia – respondió, cortando la comunicación.

Arrancó el motor del coche y regresó al hotel. Se recordó que su búsqueda de venganza al fin había dado sus frutos y que Sophia Deltonio no tardaría en quedar desterrada de su sistema. De algún modo, no le resultó tan grato como siempre había imaginado que sería.

Capítulo 10

Le quedaban seis horas hasta que Mitch y ella salieran a pasar el fin de semana juntos. Seis horas hasta que apareciera ante su puerta y se apoderara de su vida. Seis horas hasta tener que entregar su voluntad y someterse a la de él.

Quería huir. Quería esconderse y escapar de él. Sin embargo, al mismo tiempo, no era capaz de controlar la excitación que fluía por sus venas.

Podía desprenderse del control. De hecho, la apuesta garantizaba que se inclinaría ante la voluntad de Mitch, y en lo más hondo de su ser eso la alegraba.

Pero en ese momento debía concentrarse en su trabajo. Sus vacaciones no empezaban hasta el lunes. Desde el miércoles había cuestionado la inteligencia de tomarse unas vacaciones después de pasar un fin de semana con Mitch. ¿Le daría demasiado tiempo para pensar? Temiendo que así fuera, había pensado en ir a ver a sus padres a Arizona, pero al final no los había llamado.

Kyle Martin, la secretaria de Joan, la anunció. Entró en el despacho de su jefa y se sentó. Las paredes estaban cubiertas de premios y fotos de la fiscal del distrito con ciudadanos importantes. Los estudió, y al imaginarlos en su pared, por primera vez no experimentó el torrente de satisfacción que siempre sentía.

—Gracias por venir enseguida, Sophia.

—De nada.

Joan ordenó unos papeles en su escritorio.

—Quería comunicarte que hemos tomado una decisión para el puesto de fiscal adjunto.

Sophia sintió como si la habitación se hubiera quedado sin aire. Trató de mantener la fachada de indiferencia, pero supo que le fue imposible conseguirlo.

—Te queremos en ese puesto —anunció Joan.

«Sí», pensó.

—Estupendo. Cancelaré mis vacaciones y empezaré el lunes.

—No tan deprisa. No quiero que aceptes el puesto todavía —expuso Joan—. Tomate las vacaciones y cerciérate de que es eso lo que de verdad quieres.

Maldición. Jamás debería haberle mencionado a Mitch a su jefa.

—Ya hemos hablado del asunto. Quiero el puesto.

—No pienso ceder en esto. En los últimos cinco años no te has tomado ni un día libre.

Y no quería tomárselos en ese momento. Tenía el objetivo a la vista. Casi había olvidado lo mucho que había trabajado para llegar hasta ese momento.

—Tienes razón.

Joan asintió y tomó unas notas en el bloc que tenía delante.

– Bien. Deja tus números de contacto con Kyle. ¿Estás preparada para irte?

– Sí. Van a ser duros estos días libres.

– Créeme, lo sé. Pero cuando vuelvas, estarás lista para regresar a los tribunales y volver a ganar.

Recordó lo que Joan le había dicho sobre su relación con el juez Hanner. Entonces supo que su jefa había elegido entre un hombre y el despacho de fiscal del distrito. Y éste último había ganado. Sophia siempre había pensado que realizaría la misma elección, pero ya no estaba tan segura.

Su jefa acababa de darle justo aquello que se había afanado en conseguir. Se sentía estimulada, pero el estímulo se apagaba en comparación con Mitch.

– Tienes razón. Me llevo mis notas sobre el caso Markingham.

– ¿Sophia?

– ¿Sí?

– Deja el trabajo aquí.

– Preferiría no hacerlo.

– Confía en mí. Necesitas un descanso completo. Quiero que vuelvas totalmente renovada y centrada.

Centrada. ¿Qué quería decir con eso? ¿Habría percibido que había dejado de pensar en la ley las veinticuatro horas del día? ¿Sabría que la ley, aunque siempre fascinante, palidecía en comparación con Mitch?

– He estado centrada, ¿vale? – afirmó, pero sabía que no había sido así. Consternada, se preguntó qué le estaba pasando. Supo que debería haberse largado de la ciudad en el momento en que vio esa condenada cesta con las Coronas sujeta con una cinta de terciopelo negro.

– Lo has estado, pero no lo has estado. Es como si hubieras automatizado los movimientos de ser quien yo espero que seas aquí.

– No es así. Sé lo que quiero.

– ¿Y qué es? – inquirió Joan.

– El puesto de fiscal adjunto.

– Cuando vuelvas en dos semanas, hablaremos de ello.

Supo que la estaba echando, por lo que se levantó y dejó el despacho. Al regresar al suyo, tomó una decisión importante. Iba a aceptar el nuevo puesto y a reflejar su vida en la de su jefa. Pero primero iba a complacer a la mujer que había estado conteniendo desde que saliera de Harvard. La mujer que poseía una naturaleza muy sensual y una imaginación muy vivida.

El jueves, Mitch condujo hasta la casa que tenían sus padres en la playa y preparó todo tal como lo quería. Había despejado uno de los dormitorios más

pequeños para organizarlo de forma similar al apartamento que tenían en la universidad, donde habían vivido en un estudio con cocina americana.

Con un hormigueo de anticipación recorriéndole las venas, se detuvo delante de la casa de Sophia a las seis y media en punto de la tarde del viernes. Respiró hondo y se recordó que quería llegar a la casa de la playa antes de iniciar la conquista de su cuerpo.

Esperaba que la venganza fuera un escudo suficiente contra la emoción que invocaba en él con una facilidad tan pasmosa, que hacía que se sintiera como un títere.

Aunque lo dudaba. Sólo pensar en que Sophia se había entregado a él para el fin de semana lo excitaba. Había prometido que sería suya por completo y le daban ganas de echársela sobre el hombro para llevársela a un lugar oscuro y tranquilo donde poder reclamar su premio.

Había esperado un apartamento en un rascacielos, pero su casa era acogedora, una de esas típicas casas de ladrillo visto con un jardín en la parte delantera.

Aparcó el coche y permaneció sentado un minuto, añadiendo esa información al rompecabezas que era Sophia. Conocía muy poco de su entorno, sólo que había sido la más pequeña y mimada. Era la única niña en una familia italoamericana dominada por varones. Pero jamás había intentado descubrir qué la hacía vibrar.

Por primera vez, dudó de sí mismo y de su misión de venganza. ¿Cómo iba a saber ella que había deseado que fuera su esposa cuando jamás había permitido que se tratara el tema? Sabía que había escondido lo que había sentido por ella, que había fingido que su relación era normal en vez de fuera de ese mundo.

Con o sin descubrimientos nuevos, Sophia era suya para el fin de semana y pensaba aprovecharse al máximo de la situación.

Llamó al timbre, oyó sus pisadas y luego ella abrió la puerta.

—Pasa —invitó.

Tenía el pelo húmedo y olía fresca y limpia. Quiso revolvérselo, hacerla sudar y desterrar la fragancia que se había puesto para dejar aflorar el aroma de mujer que había debajo.

Cruzó el umbral. En el recibidor había una maleta y a su lado un bolso, junto con unas gafas de sol y un sombrero de paja.

No se la veía nerviosa ni tímida. Lucía un ceñido vestido de verano de color rojo que le llegaba hasta la mitad de los muslos. El escote pronunciado revelaba la bronceada parte superior de los pechos. El cabello le colgaba con libertad y se ondulaba sobre los hombros.

—He guardado algunas cosas —señaló la maleta.

Recordaba que a Sophia le gustaba viajar ligera y no lo sorprendió ver que se trataba más de una bolsa que de una maleta.

—¿Los CDs que te envié? —preguntó.

– Sí, y algunos artículos más por si te cansabas de ser el jefe.

Tenía planeado cada detalle del fin de semana. Entregarle el control a ella, incluso durante un breve período de tiempo, no pasaba por su cabeza. La última vez que se permitió bajar la guardia con Sophia, había recibido un golpe del que aún se estaba recobrando.

– Dudo que suceda.

– Yo no. Te gustan las mujeres con iniciativa – afirmó con sonrisa astuta.

El gesto fue directamente a su entropierna. Lo sorprendió lo mucho que recordaba de él. Aunque no debería ser así. Sophia poseía el mismo conocimiento de él que él tenía de ella. No obstante, cada vez que empleaba ese conocimiento, se ponía nervioso y se excitaba en un plano puramente sexual.

– Ya no.

– ¿Eso es verdad? –ladeó la cabeza. Cerró la pequeña distancia que los separaba, posó las manos en su nuca y le bajó la cabeza. Le tomó la boca en un beso que de inmediato le puso el pene duro. Se puso de puntillas sin soltarle la cabeza mientras tomaba el beso que quería.

Mitch estaba demasiado lleno, a punto de estallar.

Dios, Sophia tenía razón. Le gustaban las mujeres con iniciativa.

– No es demasiado tarde para cambiar de parecer, Mitch.

– ¿Sobre qué? –preguntó, tratando de sonar normal, cuando todo lo que quería era empujarla contra la pared y entrar en su cuerpo.

Le frotó el labio inferior con el dedo pulgar.

– Sobre quién llega a ser el amo.

– Nena, eso ha sido agradable. Pero me gusta mucho más lo que he planeado.

– Como quieras –lo rodeó para recoger el sombrero y las gafas.

– Eso es lo que pretendo que sea.

– Si tú te ocupas de esa bolsa, tengo una nevera portátil en la cocina.

– No vayas tan deprisa, a partir de este momento, eres mía.

– De acuerdo. ¿Quieres recoger tú la nevera? –preguntó.

– No tiene nada que ver con el equipaje. Sino con nuestra apuesta.

Ella guardó silencio y lo miró fijamente. Por primera vez, Mitch notó el destello de nerviosismo en sus ojos.

– Estoy esperando, Sophia.

– ¿Qué?

– Que lo aceptes.

Ella suspiró.

– A partir de este momento, soy tuya.

Él metió la mano en el bolsillo y encontró la cinta negra de terciopelo que había guardado durante tantos años.

– Hasta el domingo por la noche cuando te vuelva a dejar aquí, ¿de acuerdo?

– Sí, Mitch. ¿Nos podemos ir ya?

– Todavía no. Date la vuelta.

Lo hizo lentamente. Él le alzó el pelo desde atrás y se inclinó. Le rozó la nuca con los labios y vio cómo el cuerpo reaccionaba al ponerse la piel de gallina. Sabía que si bajaba las manos a los pechos de ella, encontraría los pezones duros. Pero aún no era el momento.

– Mantén el pelo levantado – le dijo.

Ella obedeció. Sacó la cinta de terciopelo del bolsillo y se la pasó alrededor del cuello. Unió los extremos de velero que Sophia había cosido años atrás en su apartamento.

– Suéltate el pelo.

Lo hizo. Permaneció paralizada en el recibidor, con la mano al cuello y la cabeza inclinada.

– Date la vuelta, Sophia.

Cuando estuvo de cara a él, vio algo en sus ojos que no había esperado. Una emoción profunda que le advirtió que abandonarla en esa ocasión iba a ser más difícil de lo imaginado.

El Porsche turbo de Mitch era descapotable. Estaban en agosto y hacía calor. Unas gotas de sudor se asomaron por el cuello de Sophia cuando salieron a la carretera.

Mitch había sintonizado una emisora de música rock. Le tomó la mano y la apoyó en su muslo. Ella le acarició la pierna y llevó la mano hasta la erección cada vez más dura.

– No recuerdo haberte dicho que podías tocarme – indicó con un tono increíblemente arrogante.

– No recuerdo haberlo preguntado – replicó, pasando la uña por los dientes de la cremallera.

Él contuvo el aliento y de inmediato ella notó la máxima erección bajo sus dedos. Ladeó la cabeza para verlo mejor.

Pero él apoyó la mano encima de la suya y la inmovilizó. No tuvo que pronunciar las palabras «estoy al mando», pero se sobreentendió. Sophia sintió la fuerza de la voluntad de Mitch y supo que tenía que encontrar un modo de protegerse de él. El sexo con otros hombres jamás le había llegado tan hondo como con Mitch. Apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

En ese instante sonó el móvil de él y le soltó la mano para responder. En el acto ella reanudó las caricias por la pierna, acercándose más y más a la ingle.

–Hollaran –contestó.

Tenía una voz fuerte y poderosa, igual que el mismo hombre.

Sophia sujetó con dos dedos la lengüeta de la cremallera y la bajo lo suficiente como para introducir el dedo índice. Mitch no llevaba ropa interior. Le acarició la floreciente cabeza del pene. La piel era satinada al tacto y muy caliente.

Extendió los dedos y amplió la abertura de la cremallera, concentrada en envolverle la erección con la mano, pero Mitch la detuvo. Tapó el auricular del teléfono y la miró con ojos que prometían castigo.

–Es suficiente –escuchó unos momentos—. De acuerdo, Dev. Llámame después de que hables con ella.

Cortó. Le puso la mano de nuevo en la pierna y con cuidado se subió la cremallera.

–¿Demasiado?

–En absoluto. Pero ya que estás ansiosa por comenzar las cosas...

–¿Sí?

–¿Llevas braguitas? –ella asintió—. Quítatelas.

El tráfico era denso en la interestatal y el peligro de que la descubrieran la excitó.

Apoyó ambas manos en las piernas y comenzó a subirlas.

–Despacio, encanto. Quiero disfrutarlo.

Hizo lo que le dijo, subiéndose lentamente el bajo de la falda por los muslos. Echó la cabeza atrás y lo miró. Mitch aminoró la velocidad a medida que el tráfico se convertía en un atasco. Le sonrió a una pareja mayor en el coche que había junto a ellos y luego miró a Sophia con las cejas enarcadas.

–Estoy esperando.

Se frotó las piernas y observó cómo él seguía el movimiento.

–Dijiste que me tomara mi tiempo.

–Ciertamente.

La falda subió a la parte superior del muslo y el tráfico volvió a avanzar, en esa ocasión a una velocidad moderada. Mitch mantuvo una mano en el volante y empleó la derecha para elevarle la falda hasta la cintura.

La ropa interior que llevaba estaba hecha a mano en Francia. La había comprado por Internet. Mitch gimió. Sophia aferró los lados de las braguitas y las bajó por sus muslos y sus rodillas.

–Bájate la falda –dijo él. La mano permaneció en la parte alta del muslo de Sophia.

Extendió los dedos largos hasta que la punta de uno quedó muy cerca del clítoris. Volvió a aminorar la velocidad del coche para adaptarla al flujo lento del tráfico. Aunque en ese momento ella estaba tapada, saber que se hallaba sentada con el trasero desnudo y la mano de su amante en el muslo bastó para humedecerla. Se movió en el asiento. Mitch adelantó los dedos y con uno fue al encuentro de la humedad interior.

—No hace falta que te pregunte si te gusta —comentó—. Vuelve a apoyar la mano en mi muslo.

—No creo que sea una buena idea.

—Yo sí —contrarrestó con voz firme. Obedeció y apoyó la mano en la parte interior de su muslo.

Durante los siguientes diez minutos no hablaron. Mitch metió un dedo en su cuerpo y simplemente lo dejó allí. Ella se sentía ansiosa y anhelaba que la poseyera.

—¿Quién te llamó? —quiso saber.

—Un amigo —respondió, introduciendo aún más el dedo dentro de ella. Sophia se contrajo, tratando de llevarlo más hondo. Él retrocedió, quitándole el dedo de la vagina para apoyarlo en el muslo.

—Oh, ¿tienes amigos? —preguntó. Odiaba eso. Nunca más le proporcionaría a un hombre derecho sobre su cuerpo. Volvió a subir la mano y lo frotó a través de los pantalones.

Mitch la miró, luego alzó la mano de su pierna y tocó la cinta que le había puesto en el cuello. Tenía la mano levemente húmeda y pegajosa del cuerpo de ella.

—Recuerda lo que dije.

—Y yo te dije que esto no se me daría bien. No estoy acostumbrada a aceptar órdenes.

—¿Quieres que te castigue? —le preguntó.

Esa sola sugerencia le desbocó el pulso. No respondió.

—Muy bien. Cuando lleguemos a la casa de la playa, me ocuparé de ello.

—Mitch...

—¿Sí?

Sabía que cualquier cosa que dijera en ese momento incrementaría las llamas que ya le devoraban el cuerpo.

—Nada.

—Justo lo que pensaba. Aprendes deprisa.

—Sí. Pero no me gusta perder.

—¿Por qué esto tiene que ver con perder? Los dos nos deseamos. A los dos nos gusta jugar. Es todo lo que hay.

—No puedo olvidar que lo que tú buscas es vengarte y que yo no quiero...

– No voy a hacerte daño, Sophia. A pesar de que en un principio así lo había planeado.

– ¿Qué te hizo cambiar de idea?

– Nada.

– Vamos, Mitch. Estoy aquí sentada con el trasero al aire esperando un castigo que vas a proporcionarme. Sabes que lo menos que puedes hacer es jugar limpio. Dime por qué cambiaste de idea.

– No lo sé con seguridad. Creo que tuvo que ver con lo que me dijiste de que buscaba mi pedazo de carne.

– ¿De modo que ya no lo quieres?

– No, hay una parte de mí que aún lo desea. Pero también hay... una parte que desea creer en la leyenda de los Hollaran.

– ¿Qué leyenda?

– Que el amor verdadero sólo aparece una vez en la vida.

– ¿Crees que soy tu amor verdadero?

– No a menos que sea masoquista.

Sus palabras le dolieron, pero entendía a qué se refería. Incluso en ese momento, no estaba dispuesta a anteponer a ningún hombre. Ni siquiera a Mitch.

– ¿Cuál es la leyenda de los Hollaran?

– Esto te va a encantar. Es una tradición que los hombres de nuestra familia encuentren a sus parejas en la universidad y se casen sólo una vez.

Retiró la mano y la apoyó en su regazo, mirándolo fijamente. «Oh, por favor», pensó, «que no crea que yo fui su amor verdadero». Porque en caso contrario, jamás la perdonaría y un pedazo de carne no le satisfaría. Iba a querer destruirle la vida del mismo modo en que ella destruyó la suya.

Capítulo 11

—¿Creías tú en esa leyenda familiar, Mitch? —preguntó ella con serenidad pasados unos minutos en silencio.

Empleó el mismo tono de voz que había usado en el tribunal y Mitch movió la cabeza. No era un testigo hostil bajo juramento. Era un hombre con un plan. Y revelar todo a Sophia no formaba parte de él.

Se concentró en la carretera, sin prestarle atención a la mujer que tenía al lado. Pero en su interior conocía la verdad. Lo había creído hasta el instante en que ella le había arrancado el corazón, dejándolo para que se sintiera como un tonto. Pero ese fin de semana era él quien tenía el control, no Sophia, y no tenía intención de compartirlo con ella.

Sophia Deltonio era una devoradora de hombres y le había clavado los dientes a él. Pero en esa ocasión era él quien planeaba devorar. Pensó por dónde empezaría y su ánimo mejoró.

—¿Tú qué crees? —respondió al final. No estaba seguro de cómo habían caído en esa conversación. Sólo sabía que tenía que alejarla del único tema que no quería discutir con ninguna mujer... en particular con Sophia.

Ella se encogió de hombros.

—No estoy segura. Espero que tú no creyeras que...

«Céntrate en el sexo». Era lo único que sabía cómo controlar cerca de Sophia. En realidad, no sabía cómo controlarlo. Esperaba ciertas reacciones de sí mismo y también de ella, y éstas, al menos, eran controlables. Metió la mano entre los asientos para alcanzar la nevera situada detrás del de Sophia.

—¿Por qué no?

—Porque si lo creías... entonces te hice mucho más daño del que jamás imaginé.

Alzó la tapa de la nevera y tanteó en busca de un hielo. Justo lo que necesitaba.

—Bueno, pues no lo hiciste.

—¿Estás seguro de que este fin de semana y todos esos regalos no van de eso? —preguntó ella.

—¿Ir de qué? —los regalos eran su manera de cerciorarse de que ella tuviera cierta participación emocional con él. El modo de atar a la mujer que era en el presente con la mujer que había sido en el pasado. Su forma de hacer que la venganza fuera un poco más dulce.

—¿Venganza? —aventuró ella.

Se negó a mentirle a Sophia. Una de las causas por las que se sentía justificado en sus actos era que nunca la había engañado.

—¿Tú querrías vengarte?

—Quizá. Pero los hombres han estado utilizando a las mujeres durante siglos sin recibir ningún castigo.

Sophia siempre había sido una feminista convencida y sus tutores habían fomentado ese espíritu independiente. Después de haber sido educado por una madre muy liberal, Mitch había estado de su parte y apoyado su actitud.

—¿Es eso lo que creías que hacía? ¿Usarte?

—¿Lo hiciste? —lo inmovilizó con esa mirada azul Pacífico.

La verdad era que no estaba seguro.

—No intencionadamente.

—Era lo que suponía —le dedicó media sonrisa, luego apartó la vista.

¿Y eso qué significaba?

—¿Por eso lo hiciste? ¿Por corporativismo femenino?

—No. Lo hice por mí. Y por ti. Éramos demasiado jóvenes para ser tan intensos.

—Sólo cuando eres joven parece intenso.

—¿De modo que ya no sientes por mí lo que solías sentir en el pasado? —quiso saber ella, volviendo a apoyar una mano en su muslo. El pene se movió—. ¿Mitch?

Pensó que era una pregunta capciosa. Hora de la distracción.

Alzó la mano de la nevera y pasó el hielo por el costado del cuello de ella, apoyándose en la misma nuca. El cuerpo de Sophia experimentó unos escalofríos y él se vio forzado a mantener la vista en la carretera hasta que pudieron adelantar a un vehículo. Luego la miró. Estaba sentada quieta, con las manos cerradas sobre el regazo y los pezones tensando la tela de la blusa.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó, sintiendo que por fin recuperaba la ventaja.

—No estoy segura.

—¿Tienes frío? —deslizó el cubo que se derretía a lo largo de su piel. La notó temblar bajo el contacto.

Ella se apartó. Mitch se llevó a la boca el hielo que quedaba, luego alargó la mano hacia la cinta de terciopelo y le frotó el borde con el dedo frío.

—¿Sophia?

—¿Sí?

—Contéstame.

Por primera vez desde que había vuelto a su vida, la vio luchar para ocultar sus reacciones y se dio cuenta de que tal vez la venganza no fuera tan difícil de obtener. Una parte de su alma quería advertirle que no confiara en él. Pero ya sabía que Sophia Deltonio no confiaba en ningún hombre.

—No —repuso al final.

Sacó otro cubito de la nevera y en esa ocasión lo deslizó por el costado de la cara y el cuello. Mantuvo el hielo contra su piel y observó a medida que el agua serpenteaba por su pecho y desaparecía por el escote del vestido.

Sophia rotó los hombros contra el asiento. Mitch no supo si intentaba escapar del goteo helado o redirigirlo. Volvió a comprobar la carretera. Se acercaba el desvío que debían tomar. Frotó el hielo contra los labios de ella y luego se lo introdujo en la boca.

Ella permaneció quieta cuando abandonó la interestatal. En el momento en que frenó en el garaje de la casa de sus padres, se volvió hacia ella y le sonrió.

— Ahora empieza la diversión.

Bajó del coche sin esperar que le abriera la puerta. Necesitaba escapar. Sabía que había dado su palabra. Cuando hacía promesas, intentaba respetarlas, pero necesitaba recuperar parte de su control.

Agarró el bolso. Mitch abrió el maletero y le arrojó las llaves.

— Sube. Te seguiré en unos minutos.

Ella asintió y caminó con andar pausado hacia la puerta del garaje que daba a la casa. Tenía ganas de correr. Después de abrirla, se detuvo para mirar por encima del hombro y dedicarle una sonrisa dulce antes de desaparecer. Subió a toda velocidad los escalones alfombrados y se detuvo en lo alto.

La casa era agradable y fresca. Un salón daba a un comedor con ventanales y una cocina pequeña. Había un pasillo corto que supuso que conducía a los dormitorios y una puerta de cristal que llevaba a una terraza.

Se descalzó y soltó el bolso en el sofá antes de abrir la puerta corredera y salir al exterior. El sol ya se ponía y contempló las olas de mar romper en la playa en un ciclo implacable como sus propios sentimientos. Sin importar lo mucho que corriera, siempre terminaría de vuelta en la playa que eran Mitch y ella.

Tocó la cinta de terciopelo del cuello. No podía creer que la hubiera guardado todo ese tiempo. Apoyó las manos sobre la barandilla de hierro. Contempló el horizonte en busca de respuestas a las preguntas que vibraban en su interior, pero sabía que no había ninguna. Las únicas que había encontrado estaban incluso ocultas a sí misma y rezaba para que ningún hombre pudiera hacérselas reconocer otra vez.

Pero Mitch había sacado eso a primer plano con una simple frase que la tentaba con lo que habría podido ser su futuro. Amor verdadero. Dios, jamás se había detenido a analizar el amor. No desde que comprendió que o Mitch dejaba su vida o jamás llegaría a convertirse en abogada.

Había hecho algo más que lanzarlo tras una pista falsa. Se había presentado ante su tutor para dejar a Mitch como un incompetente. Luego se había sentado a esperar que esas dos mentiras destruyeran lo que habría sido el comienzo de una prometedora carrera legal.

Resultaba fácil olvidar los sueños juveniles de encontrar a la pareja perfecta. Vivía lejos de su familia y amigos... Los pocos que tenía estaban obsesionados por la carrera como ella. A veces se reunían y hablaban de la libertad que tenían, de las elecciones que habían hecho y que jamás lamentaban la falta de cónyuge o hijos. Pero a veces por la noche, cuando estaba sola, echaba de menos esas cosas y anhelaba algo que tenía vocalizar.

Oyó que la puerta se abría y los pasos de Mitch en las escaleras. No estaba lista para volver a mirarlo, pero sabía que más le valía prepararse. Respiró hondo y entró en la casa para salir a su encuentro en el rellano.

—¿Quieres ayuda? —le preguntó. Iba cargado con las maletas y la nevera. Grande y fuerte, resultaba demasiado tentador. Ése era el hombre con el que quería tener una aventura.

—Puedo.

Incapaz de resistirse, le apretó los bíceps. Él se paralizó y soltó el aliento con un suspiro.

—Desde luego que sí, machote.

La miró con expresión exasperada y ella se cuestionó la inteligencia de torturar a un hombre al que le había dado completo poder sobre su cuerpo.

El miedo la volvía atrevida y esa expresión en los ojos de Mitch hizo que quisiera empujarlo para comprobar sus límites.

—¿Así que me quieres desnuda en el sofá?

—¿Cuándo he sido tan... obvio?

Nunca. Mitch no era uno de esos tipos que se jactaba de nada. Siempre había tenido que preparar el escenario y tomarse su tiempo. Ella jamás se había quejado. Era un amante muy minucioso y sabía que fuera lo que fuere lo que hubiera planeado, satisfaría a cualquier mujer.

Dejó todo lo que cargaba en el suelo.

—He de hacer un viaje más para recoger el resto de las cosas. Dejé enfriándose una botella de vino en la nevera. ¿Por qué no la abres y sirves unas copas?

—¿Cuándo estuviste aquí? —inquirió.

—Ayer. Quería cerciorarme de que todo estaba en su sitio para ti.

Giró hacia las escaleras con tanta rapidez que sólo le permitió ver cómo se marchaba. Sophia entró en la cocina pequeña, decorada de amarillo y con una puerta que también llevaba a la terraza.

En la nevera encontró una botella de Chardonnay. El sacacorchos se hallaba sobre la encimera junto a dos copas. En la nevera también encontró una tabla de quesos con fruta, que depositó en la mesa de hierro forjado de la terraza.

Abrió el vino sin problema. Había vivido sola el tiempo suficiente como para haber aprendido a abrir sus propias botellas. Recogió las copas y el Chardonnay y las llevó fuera. Vertió un poco en cada una.

Fugazmente, pensó en llevarse la botella a los labios y echar un buen trago, para poder con centrarse en las sensaciones agradables que provocaba y no en las ásperas que Mitch hacía aflorar a la superficie. Tuvo la impresión de que ni una borrachera total la ayudaría.

Mitch subió las últimas cosas. Podía ver las piernas de Sophia apoyadas en la barandilla baja. Ante el mundo, daba una impresión de ecuanimidad y sosiego. Pero si antes no le hubiera visto temblar los labios cuando sintió el hielo en el cuello, si no hubiera percibido la vulnerabilidad que escondía ante todos, habría seguido adelante con sus planes. Pero, en esa situación, no podía.

Las preguntas que le hizo en el coche, esa voz suave al preguntarle si lo había herido mucho, habían transformado algo en su interior. Aún quería justicia por el pasado. Pero empezaba a comprender que la venganza no iba a bastar. Quería algo... más de Sophia. Algo que temía que jamás fuera capaz de brindarle.

Estaba descalza. Tuvo ganas de ir a reunirse con ella. Mandar al cuerno los planes trazados y concentrarse en redescubrir todas las cosas que hacían que ella fuera especial.

Jamás reconocería eso ante nadie, pero una parte de él temía no ser capaz en esa ocasión de alejarse de ella. Querer creer en la promesa de sus ojos... que esa vez las cosas pudieran funcionar para luego, cuando ella se marchara, quedar destrozado otra vez.

Miró alrededor de la casa. Ahí no había ningún recuerdo. Ningún signo del pasado, y eso debería ser suficiente para recordarles, recordarle a él, que no había nada entre ambos salvo un fin de semana de sexo encendido.

Sexo caliente. ¿Existía algún otro tipo con Sophia?

Llevó el resto de las cosas al dormitorio principal y encontró el vestido que le había comprado. Recogió las sandalias provocativas y salió del cuarto. Se detuvo junto al equipo de música y puso el CD de Stevie Ray Vaughn que había llevado. El equipo de la casa de sus padres era de primera y había altavoces en cada habitación. Apretó el botón que accionaba los altavoces exteriores y cruzó el la habitación.

Ella alzó la vista cuando salió al porche. Las gafas de montura ancha le ocultaban los ojos y se había puesto el sombrero de paja. Parecía una mujer muy acostumbrada al lujo.

– Bonita música – comentó cuando él se acercó. Le pasó una copa de vino.

Antes de sentarse, él depositó el vestido en el respaldo de su silla.

Estiró las piernas y contempló el océano. Había algo muy tranquilizador en estar tan cerca del agua.

Era muy consciente de Sophia sentada a su lado, y por primera vez se dio cuenta de que intentaba proyectar una actitud relajada, pero tenía los dedos cerrados con fuerza en el regazo. En los labios de ella flotaba una sonrisa vaga y echó la cabeza

atrás como si disfrutara de la música, pero a Mitch no le costó descubrir que ése no era el caso.

– ¿En qué piensas? – le preguntó.

– Que si me hubieras enviado cualquier otro CD, habría considerado nuestro enfrentamiento en el tribunal como una simple rivalidad.

– ¿Pero este CD?

– Compartimos los mismos recuerdos.

– Sí. Algunos de los míos son tan vividos... No soy capaz de oír *Shake For Me* sin pensar en ti.

A Sophie le había encantado nada más oírla.

– A mí me pasa lo mismo – confesó con suavidad. Depositó la copa sobre la mesa y jugó con la cinta de terciopelo que llevaba al cuello—. ¿Quieres que los recree? – preguntó tras unos pocos minutos.

Sí y no. Mitch quería recuerdos nuevos; estaba cansado de los viejos y sabía que había estado visitando mentalmente esa terraza durante mucho, mucho tiempo.

– Quiero que te pongas este vestido que te he comprado.

Ella extendió la mano, pero él negó con un gesto de la cabeza.

– Ven aquí.

Obedeció y la sentó sobre su regazo. Bajó la cabeza y la besó. Le parecía que hacía una eternidad que no tenía los labios de ella bajo los suyos. Sophia abrió la boca para recibir la lengua y él exploró las profundidades, probando el vino y una esencia que era exclusiva de Sophia.

Le rodeó los hombros con los brazos y le devolvió el beso. Él le acarició la espalda hasta que cedió a las curvas de los glúteos. Le coronó las curvas plenas con las manos. Sophia era la mujer más sensual que jamás había tenido en brazos y se dio cuenta de que no quería volver a dejarla ir. Sin embargo, sabía que debía hacerlo.

La apartó. El sombrero de paja se le había caído y tenía torcidas las gafas de sol. Se sentó a horcajadas sobre su regazo, con la falda muy alzada sobre sus piernas y los brazos todavía alrededor de los hombros de él.

– Me gustan tus labios recién besados – dijo él, frotándole el inferior con el dedo pulgar.

Sophia se quitó las gafas de sol y las arrojó sobre la mesa.

– ¿Qué más te gusta?

– ¿No te acuerdas?

– Todas las noches en mis sueños.

– Bueno, pues esta noche no tenemos que soñar. Muévete para mí, encanto.

– ¿Aquí? – se puso de pie—. ¿En la terraza?

Él miró hacia la playa desierta. El sol se había puesto y el crepúsculo se profundizaba a su alrededor. Ni un testigo para su destrucción final, sólo la luna que salía muy lentamente sobre el Atlántico. Se reclinó en la silla y observó cómo Sophia apartaba la mesa y la otra silla. Luego, regresó a la casa y puso *Shake For Me* en el equipo de música. Se preparó para la visión que iba a encontrarse.

Pero no había contado con ver la emoción en los ojos de ella, que le indicó que eso ya no era un juego para Sophia.

Capítulo 12

Sophia dejó que la música fluyera por ella. Recordó a Mitch en el coche, jugando un juego que esperaba que ya no quisiera ganar. Abrió la bolsa que había llevado y sacó la ropa interior.

Se puso el tanga de tiras altas y el sujetador a juego, sin tiras y con semicopas. Encima de eso, una blusa tenue y una falda corta.

Recordó la voz de él cuando hablaba con su amigo. El modo en que se negaba a hablar de cualquier cosa emocional hizo que comprendiera que Mitch seguía protegiéndose, como había hecho siempre.

Había olvidado lo frío que podía ser, y el modo en que se negaba a hablar de sus emociones hacía que sintiera que ella era la única vulnerable. La única que caía de cabeza en algo que no podía controlar. La única que se hallaba implicada emocionalmente en la relación, y al final él le había demostrado que tenía razón.

¿O no?

—¿Sophia?

Supo que disponía de ese fin de semana para realizar algunos cambios y tomar algunas decisiones. Pero no en ese momento. En ese momento tenía la oportunidad de disfrutar con un hombre por primera vez en mucho tiempo.

Avanzó despacio hacia Mitch. Se hallaba estirado en la silla como un gran león a la espera de su leona. Sabía lo que le gustaba a él. Lo que le gustaba a ella.

Sus labios siguieron el ritmo de la canción y cada paso que dio hacia él fue de pura seducción. Mitch permaneció sentado y la observó con esos ojos grises que ya no eran tan fríos. Hizo que la falda se moviera alrededor de sus piernas con cada paso que daba y giró delante de él, dejando que la falda volara y pudiera vislumbrar sus glúteos desnudos. Bailó alrededor de la silla que ocupaba.

Deslizó un dedo por el brazo de Mitch, le tomó la mano y la movió arriba y abajo de una pierna mientras giraba junto a él. Luego retrocedió un paso y agarró el bajo de la blusa con las manos. Frotó el material contra su piel, disfrutando con la sensación de la seda en su cuerpo. Se la subió, revelando lentamente su vientre, para luego alzarla un poco más y dejar visible la parte inferior del sujetador.

—¿Quieres ver más? —preguntó con voz baja.

—¿Tú qué crees?

Le guiñó un ojo.

Se levantó la blusa por encima de la cabeza y se la tiró. Él la atrapó y se la llevó fugazmente a la cara, antes de dejarla en el suelo junto a la silla. Sophia volvió a acercarse bailando, apenas consciente de algo que no fuera Mitch.

Se contoneó hacia él con exagerada lentitud al tiempo que buscaba la cremallera de la falda en la parte de atrás. La bajó, aunque no del todo, únicamente lo suficiente

para que descendiera despacio por sus caderas, revelando el ombligo y la parte superior del tanga.

Movió las caderas adelante y atrás para permitir que la tela y la gravedad expusieran el resto de su cuerpo. Siguió el camino de la tela con las manos. Luego, lentamente, subió las palmas por su propio torso, coronando los pechos por encima del sujetador. Sintió que la cintura de la falda caía más allá de las caderas y se demoraba en sus muslos. Abrió las piernas para contener el material allí y lo tentó con la falda a medio caer durante unos segundos, hasta que permitió que se arremolinara a sus pies.

Dejó atrás la seda y se acercó a Mitch. Lo recorrió con la mirada. Su erección le tensaba el pantalón. Bailó próxima a su espacio y él trató de acercarla, pero ella se apartó.

El sujetador tenía un broche frontal y lo soltó, pero manteniendo las copas sobre los pechos, desnudando muy despacio uno y observando cómo los ojos de él se entrecerraban a medida que le era revelado un pezón erecto. Volvió a cubrir el órgano excitado y luego le enseñó el otro, antes de girar y alejarse unos pasos de él.

Inclinó el torso y lo miró por entre las piernas. Vio que pasaba las manos por sus muslos y lo imitó con las manos por la parte de atrás de los muslos. Soltó el sujetador en el suelo. Se irguió y regresó hasta él, para detenerse delante de su silla. Alzó una pierna y apoyó el pie entre sus muslos abiertos; adelantó el torso de modo que la punta de un pecho colgó justo delante de su boca.

La respiración de Mitch avivó su pezón. Encendida y húmeda, tembló de anticipación y se aproximó más para que él aceptara la invitación y le succionara el pecho.

Pero él llevó las manos atrás para sacar el vestido que antes había llevado a la terraza.

—Póntelo —dijo con voz ronca.

—Si no quieres que me vista —indicó ella.

Puso las manos en su cintura y la alzó para apartarla de él.

—Sí quiero.

Se puso de pie y se marchó de la casa. Sophia sólo fue capaz de quedarse allí de pie, sujetando el vestido. Entonces comprendió que sin importar lo mucho que hubieran cambiado sus sentimientos, los de Mitch no se habían alterado, y nada que no fuera una destrucción completa de sus sentimientos iba a satisfacerle.

Mitch caminó largo rato, alejándose de la casa y de Sophia. Se había marchado para demostrarse algo a sí mismo... que aún mantenía el control. Aunque eso le pareció una broma. Mientras paseaba por la playa casi vacía, tuvo que reconocerse que Sophia era su perdición.

Buscó encontrar su control. Por todos los cielos, si tanto dentro como fuera de los juzgados lo conocían como Hombre de Hielo. Qué ironía. El hielo se derretía en un abrir y cerrar de ojos cuando Sophia estaba cerca.

Sonó el móvil y pensó en no responder. Tenía sus propios problemas que solucionar, pero sólo dos personas llamarían a ese número. Una era Sophia y la otra Dev. No quería hablar con ninguno. Sacó el teléfono del cinturón y miró la pantalla. Dev.

— ¿Qué sucede, Dev?

— Estoy... cielos, tío. Estoy sentado en el exterior de su casa y no creo que sea capaz de hacerlo.

— ¿De la casa de Julie?

— Sí. ¿Tú qué harías?

Pensó en confesarle sus puntos débiles a Sophia... y no creyó que pudiera hacerlo. Algo en su carácter exigía que fuera una persona fuerte. Lo comprendió mientras Dev aguardaba del otro lado de la línea.

— No soy la persona adecuada para contestarte.

— ¿Por qué no? Tú eres el chico de oro. El que ha triunfado.

— Ojalá.

— ¿Qué estás diciendo?

— Que si fuera yo, me largaría. Tú eres más valiente que yo, Dev. Dejas que todo el mundo vea tus puntos débiles.

— No todo el mundo, sólo tú — repuso su amigo.

Mitch pensó en todas sus relaciones y fue lo bastante sincero consigo mismo como para reconocer que no tenía tantas. Había utilizado lo sucedido con Sophia como una razón para no volver a permitir que nadie se aproximara a él. Pero ahí estaba su mejor amigo y supo que también había mantenido a distancia a Dev, dejando que él siempre fuera el vulnerable.

— No puedo hacerlo.

— Claro que sí. ¿Cuál es el tuyo? — preguntó tras unos minutos de silencio.

Sabía que su amigo demoraba el momento en que tendría que ir a hablar con Julie. Pero también sabía que lo haría. En algunos aspectos, a Dev las relaciones se le daban mucho mejor que a él.

— Sophia.

— ¿La chica de la universidad?

Era peculiar oír a otra persona hablar de Sophia.

— Sí, la misma.

— ¿La venganza no es dulce?

Era dulce, pero, por el mismo motivo, era amarga y difícil de digerir, aparte de que ya no sabía qué quería. No era típico de él. Se establecía metas y las alcanzaba, y luego seguía adelante. Por eso se había convertido en uno de los abogados de más éxito de Los Ángeles.

– ¿Qué vas a hacer, Dev?

– No lo sé.

– Vaya dos que somos.

– Maldita sea. Voy a entrar.

Mitch oyó el zumbido de advertencia cuando Dev abrió la puerta del coche, y luego lo oyó caminar por un sendero de grava.

– Adelante.

– Tú también deberías hacerlo. Si la venganza no funciona, entonces descártala.

– ¿A qué precio?

– He de serte sincero, tío. Me siento desgraciado así, no puede empeorar.

Dev colgó y Mitch reflexionó en lo que había dicho su amigo. Los puntos débiles eran peculiares. Él estudiaba los suyos en los juzgados y trataba de convertirlos en puntos fuertes. Quizá debería hacer lo mismo con Sophia. Convertirla en su punto fuerte.

Pero una parte de él no confiaba en ella y no sabía si alguna vez lo haría.

Regresó a la casa. Lo recibió el olor a ajo y orégano; subió en silencio las escaleras, sin saber muy bien el estado de ánimo que tendría Sophia.

La encontró en la cocina; aún escuchaba a Stevie Ray Vaughn mientras removía algo en una sartén. Oscilaba despacio al son de la música. Esa mujer no parecía tener ningún punto débil y eso hizo que sintiera como si volviera a hallarse solo otra vez.

Carraspeó. Sophia lo miró y en sus ojos vio el dolor que aún no se había desvanecido. Ella cruzó los brazos y se apoyó en la encimera. «Canalla», pensó Mitch. Si otro hombre le hubiera hecho lo que él acababa de hacerle, le habría partido la cara.

– Tenemos que hablar – dijo.

Ella apagó el fuego y se dirigió al centro de la habitación, manteniendo la mesa entre ambos.

– Sí. Hemos de establecer algunas reglas.

– ¿Para?

– Este fin de semana. No me importa ser tu esclava, pero no quiero ser torturada. Si vas a excitarnos a los dos para volver a largarte, no me quedaré.

– Lo siento. No he sido justo contigo.

– ¿Por qué lo hiciste? – quiso saber.

Se acercó a ella, luego se detuvo en el otro lado de la mesa y la observó con atención.

—Para demostrarme que podía hacerlo.

Sophia permaneció largos minutos en silencio y se llevó las manos a la espalda para soltarse el mandil. Lo dobló con minuciosidad y lo depositó en el centro de la mesa.

—Entonces, llamaré a un taxi.

Lo había vuelto a hacer. La había herido y obligado a marcharse. Otra vez se quedaba solo. Pero todavía no estaba preparado para el fin. La sujetó por la muñeca para detenerla.

Ella giró a medias.

—No, Sophia. No te vayas.

Se quedó quieta y observó al hombre que había ejercido la mayor influencia sobre ella. Seguía anhelando su posesión. Maldijo su fragilidad en lo referente a Mitch y trató de recordarse que se merecía algo mejor.

Sabía que lo que debería hacer era dejarlo. Pero esa noche, en esa pequeña y acogedora cocina no le apetecía marcharse.

Si se quedaba, quería que ese fin de semana fuera un tiempo de sanación, de reparar cualquier resentimiento pertinaz que ambos pudieran tener del pasado. Y sabía que ella albergaba su buena cuota.

—¿Por qué quieres que me quede? —preguntó. Su control era un recuerdo lejano y sabía que no se iría. Había demasiado entre ellos como para que se marchara por las buenas.

—No hagas que lo diga.

Permaneció quieta, sin saber si eso funcionaría. ¿Estaría Mitch tan profundamente afectado por ella como ella por él? ¿Por qué no se había dado cuenta de que algo tan poderoso debía cortar en ambos sentidos? Sólo le quedaba por desentrañar si eran la misma cara de la moneda o si eran opuestos... uno actuando por afecto y el otro por rencor.

Sabiendo que siempre se había protegido, que siempre le había ocultado una parte de sí misma, decidió que en esa ocasión no lo haría. No podía esperar que la tratara con sinceridad si ella no hacía lo mismo. Iba a correr un riesgo mayor que él. Apostaba algo que sabía que era más importante que su carrera, aunque nunca lo reconociera en voz alta.

—Te he mostrado más de mí misma que a ningún otro hombre.

—¿De verdad?

Iba a lograr que realizara otra clase de striptease, ése en que se revelaba el alma.

—Sí. Odio que seas quien mejor me conozca. Pero es la realidad. Es bastante triste, si piensas en ello.

—No, no lo es. Creo que tú eres la única persona a la que he permitido que vea ciertas partes de mí.

—¿Por qué? —preguntó, invitándolo a continuar para no sentirse tan vulnerable.

—Nunca he sido capaz de entenderlo. Pero sé que te necesito aquí conmigo este fin de semana.

Bajó la mano de ella y le soltó la cinta de terciopelo del cuello, que tiró sobre la mesa.

—Quédate si quieres. Pero como mi igual, no mi esclava.

—Yo... quiero hablar, Mitch. Esta vez quiero saberlo todo de ti.

Él no dijo nada, sólo la miró. Ella comenzó a sentirse intensamente abochornada y se preguntó si le había pedido demasiado.

—Me quedaría por el sexo —añadió, queriendo que entendiera que no tenía por qué darle lo que había pedido. Si la quería para el fin de semana, y luego no verla nunca más, no se lo reprocharía.

—Es más que sexo. Pero eso es una gran parte del todo.

—El sexo siempre lo ha sido. Hoy en el coche me sentí un poco avergonzada por no haberte preguntado nunca sobre tu familia.

—Yo jamás te pregunté por la tuya.

—¿Por qué no lo hicimos?

—No estoy seguro de que me importe —respondió.

Sophia comprendió que demasiada sinceridad no era bueno. Se sentía incómoda y tímida. Había preparado la mesa para cenar, sin saber muy bien qué esperar cuando Mitch regresara.

La mesa parecía normal. Cualquier pareja que compartiera un fin de semana la pondría de la misma manera. Le daba una legitimidad al fin de semana que se preguntaba si alguna vez llegaría a tener de verdad.

—Cenemos primero.

—¿Tú cocinas?

—Hay muchas cosas sobre mí que no conoces, Mitch.

—Empleemos este fin de semana para rectificar eso. ¿Por qué hiciste la apuesta conmigo?

—Quería poner un final. A mí tampoco me gustaba cómo habían terminado las cosas entre nosotros.

—Al menos sacaste un trabajo de aquello.

–Sí, conseguí el trabajo, pero nada volvió a ser lo mismo después de que te marcharas.

–Para mí tampoco – confesó él.

Algo cambió en la postura de Mitch, algo que hizo que se sintiera especial.

–He preparado pollo para cenar –comentó al final. Supo que empleaba la comida como una barrera.

–No estoy muy hambriento de pollo –la acercó.

Ella se cobijó en sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

–¿Qué quieres? Hay algunas verduras y podría preparar una ensalada griega.

–La ensalada tampoco me satisfará.

–¿Mitch?

–Ya hemos hablado bastante. Quiero llevarte a la cama y hacerte el amor.

Las palabras le provocaron un escalofrío. Ella quería lo mismo. Lo había querido desde que entrara en su despacho y viera aquella cesta con las Coronas. Él se inclinó, la alzó en brazos y la llevó por el pasillo hasta el dormitorio principal. Bajó la cabeza y le tomó la boca en un beso que prometía el comienzo de algo en lo que Sophia temía creer.

Capítulo 13

Mitch tomó la boca de Sophia. Sabía a vino y a lágrimas, y aunque no la había visto llorar, sabía que la había herido. Lo había sabido desde antes de besarla.

Ya habían hablado bastante. Quería hacerla suya, y compensarle el dolor que se habían causado mutuamente.

En tres zancadas llegó a la cama. Puso a Sophia de pie y apartó la colcha. Se desprendió de las zapatillas y se agachó para quitarse los calcetines. Ella estaba descalza y llevaba puesto únicamente el vestido que le había comprado. Estaba exquisita con él. Era corto y tenue, con un escote pronunciado que revelaba la parte superior blanca de los pechos y terminaba en lo alto de los muslos.

Le coronó los senos y los juntó. Bajó la cabeza y con la lengua trazó el borde en que la piel se encontraba con la tela. Olía a perfume y a fragancia femenina natural que él asociaba únicamente con Sophia. Cerró los ojos y enterró la cara entre los pechos para respirar hondo.

Se movió un poco a la derecha y volvió a probarla con lametones lánguidos de la lengua. Su piel era más dulce y adictiva que nada que hubiera probado con anterioridad. Siguió la curva del pecho desde arriba hasta abajo, y la textura cambió al llegar al borde del pezón.

El capullo aterciopelado lo llamaba, por lo que apartó la tela del vestido. Quería verla.

—Quédate aquí.

Cruzó la habitación y le dio al interruptor, inundando el cuarto de luz. El cabello oscuro le colgaba sobre los hombros en bucles largos. Tenía los labios sensuales y exuberantes, húmedos e inflamados por los besos. El pecho caía por encima de la tela, pleno y blanco, coronado por diminutas moras que le hicieron la boca agua.

Con menos de dos zancadas regresó a su lado.

—Así está mejor.

—¿Sí? —preguntó.

—Quiero verte, Sophia. A la verdadera tú, no al sueño que me ha estado obsesionando.

No le dio la oportunidad de responder. Quizá estuviera desempeñando otra vez el papel de tonto, pero en ese momento no le importaba.

Volvió a bajar la cabeza al globo maravilloso que era el pecho izquierdo y mordisqueó el pezón excitado. Ella tembló en sus brazos. Con la mano estimuló el otro pezón. Dio círculos sobre él con el dedo y pasó la uña por el centro con mucho cuidado, al tiempo que seguía con los dientes en el primero.

Ella gimió su nombre al tiempo que se contorneaba contra él. Le recorrió el cuerpo con las manos y le bajó la cremallera de los pantalones. El pene saltó hacia las

manos que esperaban. Quería que le asiera toda su extensión, pero Sophia sólo lo provocó subiendo y bajando con un dedo por el costado.

Le succionó el pezón y deslizó una mano por su cuerpo. Subió por debajo de la falda y encontró el tanga sexy que había visto antes. Mientras acariciaba los rizos mojados a través del encaje, ella metió las manos entre las piernas de él para sujetarle los testículos y jugar suavemente con ellos. Pasó el borde de la uña por el pene, luego lo tomó en la mano y tiró hacia arriba con la fuerza justa.

Él no iba a poder esperar mucho más. Metió la mano debajo del triángulo de las braguitas e introdujo dos dedos en la húmeda abertura. Sophia gimió y alzó la pierna para brindarle un acceso más profundo.

Él se movió y estuvieron a punto de perder el equilibrio. Mitch giró y cayó de espaldas en la cama. Sophia apoyó las manos en su torso y se irguió sobre él. Sus entrepiernas se pegaron. Ella se mordió el labio inferior y rotó las caderas para extender su crema por toda la extensión masculina. La sintió deliciosamente caliente y Mitch no quiso otra cosa que dejarla frotarse contra él hasta que ambos llegaron al orgasmo. «Luego», pensó.

La bajó y giró hasta que ella volvió a quedar debajo de él.

— ¿Tienes que estar arriba? — quiso saber Sophia.

— Es una cosa masculina.

— ¿Por qué?

— Yo gané — le recordó.

No quiso decir nada más, sino sentir, por una vez, que tenía el control. El del acto sexual y el de esa mujer que revelaba tan poco.

Se quitó la camisa, que tiró al otro lado de la habitación, y luego se desprendió de los pantalones. Estiró la mano hacia la parte superior del vestido de Sophia y tiró hasta que la tela se desgarró, dejándola desnuda.

Bajó las manos hasta las braguitas.

— Para.

Lo hizo, mirándola. Ella llevó las manos bajo su cuerpo y se quitó las braguitas por las piernas.

— Me gustan.

— A mí también — él rió entre dientes.

Agachó la cabeza y con la boca siguió el sendero de la escueta prenda. Parte de su humedad había quedado en su muslo y la limpió con la lengua. Luego se incorporó sobre ella.

Le dobló las piernas contra el cuerpo y la dejó totalmente expuesta a él. Se inclinó y probó la piel más rosada. La acarició cuidadosamente con la lengua hasta que Sophia subió las caderas y cerró las manos en su pelo. Subió por el cuerpo y le sostuvo las caderas con ambas manos, alzándolas para conseguir un mejor acceso.

Agarró una de las almohadas y la encajó debajo de Sophia; luego, acomodando los muslos sobre sus brazos, unió los cuerpos. Ella metió las manos entre ambos, le tomó el pene y lo guió hacia la entrada.

–Tómame –pidió.

Lo hizo. La penetró honda y completamente, para detenerse sólo cuando se encontró dentro en su totalidad. La sintió contraerse a su alrededor de forma intencionada. Le sonrió. Bajó la cabeza y le tomó la boca, imitando los movimientos de las caderas con la lengua y al rato se sintió al borde del abismo. No faltaba mucho para que llegara al orgasmo.

Con cada embestida ella rotaba las caderas contra él y no tardó en ponerse a jadear y a emitir sonidos preorgásmicos. Elevó el torso para poder penetrar más hondo, con los pies de Sophia en sus hombros.

La inmovilizó para las embestidas y ella echó la cabeza atrás, cerrando los ojos a medida que el orgasmo la inundaba. Mitch sintió el hormigueo en la base de la columna vertebral y luego se vació en ella. Las piernas de Sophia se deslizaron a su costado y él se desplomó sobre la cama junto a ella, boca arriba.

Sophia no quería pensar. Por primera vez en la vida, no iba a analizar las consecuencias de sus actos para luego trazar su siguiente movimiento. Antes, en la cocina, se había dado cuenta de que era imposible salir vencedora y había decidido recortar las pérdidas.

Luchó por calmar su respiración acelerada. Exhausta, permaneció boca arriba con la mano sobre los ojos y fingió que nada había cambiado. Aún tenía la promesa del trabajo que tanto había luchado por conseguir. Fingió que no había redescubierto su peor temor.

Mitch la acercó a su cuerpo. Se arrebujó en sus brazos. Él le acarició la espalda y volvió a despertarle todo el cuerpo.

Pero el beso que le dio en la cabeza fue infinitamente dulce y no destinado a excitar. A Mitch jamás le había gustado hablar después del sexo. Y esperaba que siguiera siendo así.

Necesitaba un momento para reordenar sus defensas. No quería que él supiera ni viera lo profundamente que la había afectado que hicieran el amor. Se preguntó por qué había llegado a pensar que en esa ocasión sería diferente. La última vez, siendo una mujer joven, había estado a punto de perderse en los sentimientos increíbles que él despertaba.

Sintió que Mitch la miraba y cerró los ojos con celeridad, fingiendo sueño. «Cobarde», la reprendió una voz interior. ¿Cuándo había olvidado la regla de oro... jamás retractarse?

Abrió los ojos y se incorporó hasta quedar apoyada en un codo y mirar a Mitch.

Oyó cómo le sonaba el estómago y luego su risa avergonzada.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, bajando los dedos por el torso de él. Mitch respiró hondo y le atrapó la mano justo antes del ombligo.

—Sí. Supongo que es obvio —le alzó la mano y se la besó.

Era un gran misterio para ella y siempre lo había sido. Sintió que tenía que luchar para no transmitir todo lo que sentía por él.

—Puedo terminar de preparar la cena.

—Suenas estupendo —volvió a abrazarla.

Se sentía feliz de estar tumbada en sus brazos durante esos minutos y que el mundo permaneciera fuera.

Pero sabía que no podría mantenerlo a raya indefinidamente y tenía intención de que ese fin de semana fuera un tiempo de sanación. Dándose cuenta de que el lunes por la mañana sentiría dolor, sin importar cómo se desarrollaran esos días, decidió bajar un poco la barrera que usaba para protegerse.

Giró la cabeza y le rozó el pectoral, sintiendo cómo se contraía. Sonrió sobre su piel y las caricias de sus manos cambiaron. Dejaron de ser movimientos lánguidos para convertirse en un contacto deliberado sobre los costados de los pechos.

El estómago volvió a crujirle.

—Bueno, sé dónde tienes la mente —comentó ella.

—Te juro que no es ahí —corrigió él con sonrisa perversa.

—Vamos, conquistador. No quiero que te desmayes sobre mí —se levantó de la cama y recogió el vestido. Era evidente que no volvería a ponérselo.

—No voy a disculparme.

—No te voy a pedir que lo hagas.

Levantó sus pantalones del suelo. Ella iba a recogerle la camisa pero la detuvo.

—Tengo algo para ti.

Fue hasta su maleta, hurgó dentro y al final le lanzó un colorido chal de seda. Ella sostuvo la tela en las manos y pasó los dedos por su extensión.

Mitch regresó a su lado y le acarició el brazo, quitándole el chal.

—Te ayudaré —dijo con voz ronca; tenía los ojos y las fosas nasales dilatados.

Ella asintió.

Él abrió el chal y se lo pasó por los hombros. Tiró del material hasta que sus pechos se tocaron, y luego bajó la cabeza para tomarle la boca. El beso fue infinitamente dulce y estremecedor.

No la tocó, salvo por el contacto de los torsos, pero Sophia se sintió rodeada por él. Se sintió perdida en sus brazos y en esa ocasión fue algo más que el deseo lo que hizo que se le formara un nudo en el estómago. Fue el anhelo de algo que había negado durante mucho tiempo. Algo tierno y real... que jamás había creído que Mitch pudiera darle hasta ese mismo instante.

Y ese algo fue mágico. La capacidad mágica de entrar en su alma e invocar sueños que hacía tiempo que había olvidado. Promesas que había hecho en una vida anterior, antes de dejar la casa de sus padres para irse a la universidad. Antes de iniciar su eminente carrera. Antes de realizar una apuesta con el único hombre que había logrado que se sintiera realizada.

Las reacciones de Sophia siempre habían sido adictivas. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás para brindarle facilidad para llegar hasta su boca.

No iba a permitir que volviera a ser su talón de Aquiles, pero sabía tan bien, la sensación de tenerla en brazos era tan perfecta, que no quería soltarla. Cerró los ojos y saboreó su presencia y proximidad.

El estómago le crujió por enésima vez y maldijo para sus adentros. Ella rió, aunque fue más una risita nerviosa.

—¿Estamos tardando demasiado en ir a la cocina?

Él se encogió de hombros. Juntó los extremos del chal, se los pasó por el cuello y los anudó a su espalda. La tela de colores en ese momento se convirtió en una especie de pareo.

Ella abrió el camino hacia la cocina. Volvió a recoger el mandil y se lo ajustó a la cintura.

La vio encender un fuego. La verdadera Sophia se fundió con su antigua fantasía de ella. Sabía que ése era su sueño secreto, que jamás había compartido con nadie.

La diminuta cocina de la casa de sus padres desapareció y la vio en la cocina enorme de su casa de California. Vio la botella de Chardonnay sobre la encimera y oyó los sonidos de sus hijos jugando en el patio.

Sophia lo miraba fijamente. Comprendió que debía de haberle hecho una pregunta, pero no tenía idea de cuál podía ser.

—Mitch, ¿te encuentras bien?

—Sí. ¿Necesitabas que hiciera algo? —inquirió. Jugó con el dial de la radio de la cocina hasta encontrar una emisora de jazz.

—No. Te pedí que me hablaras de tu amigo... el que te llamó por teléfono cuando veníamos para aquí.

—¿Dev?

—¿Se llama así?

—Sí. ¿Por qué quieres saber de él?

—Quiero entenderte a ti.

Se puso rígido. La idea de abrirse lo aterraba.

—No sé a qué te refieres.

– Quiero saber más.

– ¿Qué vas a contarme tú?

Ella ladeó la cabeza.

– ¿Quieres negociar? – los ojos le brillaban.

– Sí, abogada.

Ella dejó la espátula de madera y cruzó los brazos.

– Te lo contaré... ¿qué quieres saber de mí?

– Quiero saber sobre tu familia. Nunca has hablado de ella.

– Trato hecho – volvió a girar hacia el fuego y añadió a la sartén pollo que había sacado de la nevera –. Tú primero – dijo, mientras sonaba la canción de Steely Dan, *Babylon Sister*. Sus caderas se movieron al son de la música.

Mitch sacó dos Coronas y cortó una lima. Le pasó una a ella, se apoyó en la encimera y la observó.

– Cuando quieras – insistió Sophia.

Sabía que no podría demorarlo mucho más tiempo. Un mes atrás habría sabido qué decir de Dev. Pero todo había cambiado entre ellos, y había llegado a comprender que Dev y él en realidad no eran tan distintos, lo único que difería era el modo en que encaraban sus problemas.

– Intento decidir por dónde empezar. Conozco a Dev de toda la vida.

– Yo no tuve ninguna amistad que durara desde la escuela primaria... de hecho, desde ninguna escuela.

– Nuestros padres eran amigos y crecimos en la misma zona.

– ¿De modo que la familiaridad es la responsable de tu amistad?

– No – bebió otro trago de Coronas –. Dev y yo somos como dos mitades de la misma moneda.

– ¿A qué universidad fue él?

Mitch ya no quería seguir hablando de Dev. Recogió la lima y dejó la cerveza sobre la encimera. Lentamente, se situó detrás de Sophia y se asomó para ver qué preparaba.

– ¿Qué haces?

– Ver si la lima sabe tan bien como recuerdo.

– Creía que tenías hambre.

– Tú sigue cocinando.

– Sí, señor.

Le soltó el nudo detrás del cuello y le pasó los extremos por debajo de los brazos, para que el chal permaneciera en su sitio. Con una mano le alzó el pelo y bajó la boca para probarla.

Ella tembló y él sonrió sobre su piel. Exprimió unas gotas de lima en su nuca y luego las lamió con la lengua.

– ¿Sabe igual?

– Mmmm, deliciosa.

La rodeó con los brazos mientras ella terminaba de preparar la cena. Sophia no habló y él tampoco, pero supo que algo primario en su interior había cambiado.

Capítulo 14

Comieron a toda velocidad y recogieron la cocina como si lo hubieran hecho juntos un millón de veces. Sophia comprendió lo mucho que le había ocultado a Mitch durante la universidad y cuánto de sí misma se había negado en los sucesivos años.

Fue un momento que hizo que comprendiera que en realidad jamás había corrido un riesgo, lo cual le había facilitado por aquel entonces elegir la carrera.

El puesto de fiscal adjunta pesó en su mente. En ese momento comprendió por qué Joan había querido esperar para oír la respuesta. No es que no fuera a aceptar el trabajo, simplemente le brindó un momento de pausa para entender que había otras partes de sí misma que aún debía realizar.

– Vayamos a dar un paseo – dijo Mitch.

– Deja que me cambie – pidió.

– Estás decente. Vamos.

Pero no se sentía decente. En cuanto había tragado el último bocado de la cena, él le había hecho rodear la mesa para sentarla sobre su regazo. Había liberado la erección y buscado su entrada. Había sido increíble.

En ese momento olía a sexo y cualquiera que se encontraran en la playa sabría qué habían hecho. Pero en los ojos de Mitch había un destello que no quería que se desvaneciera. Nunca había parecido tan joven, tan despreocupado, y quería que permaneciera en ese estado de ánimo.

Por una vez, se divertía sin pensar en un futuro que llegaría sin importar cuáles fueran sus planes.

– De acuerdo.

Al bajar las escaleras que llevaban a la playa, lo tomó de la mano. La luna estaba llena y la playa casi desierta. La arena bajo los pies fría.

– Creo que aún tienes que hablarme de tu familia.

– ¿Qué quieres saber? – preguntó ella. Rara vez hablaba de su familia. Para sus padres representaba una decepción. No se había casado y no había perspectiva de que alguna vez lo hiciera. Siendo italiana, se suponía que ya debería haberles dados suficientes nietos.

– Mis padres viven en Arizona. Se retiraron allí hace unos años. Pero pasan casi todo su tiempo en Nueva Jersey, visitando a mis abuelos y yendo a Atlantic City.

– ¿De modo que el juego es una característica familiar? – bromeó él con una ceja enarcada.

– Ja. Yo jamás juego.

– Debe de ser por mi mala influencia.

– Debe de ser. ¿Qué me dices de tus padres?

– Viven en California. A unos veinte minutos de mi casa. Todos los domingos ceno con ellos. También van mi hermano mayor y su familia. ¿Y tú, tienes hermanos?

– Dos chicos. Los dos mayores y muy italianos.

– ¿Y eso qué significa?

Buscó las palabras que describieran a sus hermanos. Eran como versiones jóvenes de su padre.

– Exactamente lo que puedes pensar que significa. Son... machos, supongo. No sé cómo sus esposas los soportan. Quiero decir, los quiero, pero son mandones y lo saben todo.

Mitch rió.

– Podría ser una descripción perfecta de ti misma.

– ¿Yo soy macho? – quiso saber.

La acercó a él y la rodeó con el calor de su cuerpo.

– Me malinterpretas adrede.

– ¿De verdad, abogado? Quizá deberías haber reflexionado un poco en tu pregunta antes de formularla.

– Sophia – dijo el nombre más como un gruñido que una palabra.

Le encantaba pelearse con él y provocarlo.

– Había esperado más de un abogado de tu reputación.

La alzó y la llevó al agua, donde la mantuvo suspendida sobre las olas. Sabía que no la soltaría. Era muy poco profundo donde estaban. Pero sintió la espuma de cada ola.

– ¿Intimidación? Esperaba algo mejor de ti.

– ¿Evasión? Esperaba mejor de ti.

Lo miró a los ojos y le pasó los brazos por los hombros.

– Me gusta sorprenderte.

Bajó la cabeza y la besó. Fue un beso profundo, carnal, y le recordó a Sophia que era real, que no se trataba de uno de los sueños que la habían atormentado. Mitch se hallaba allí con ella en la noche bañada por la luna. ¿Por qué hablaban de sus respectivas familias?

– Siempre lo haces – musitó sobre su boca.

– ¿De verdad?

– Sí.

Sabía que las palabras de él habían sido positivas. Pero no pudo evitar recordar la última vez que lo había sorprendido.

Hacía tiempo lo había traicionado en Harvard. Sólo esperaba que en esa ocasión pudiera confiar en sí misma y en su corazón para quedarse junto a Mitch.

La sacó del agua y se sentó de tal modo que ella quedó entre sus piernas, apoyada contra su pecho.

Quería saber más de ella, entenderla. Que le hablara de sus hermanos le había proporcionado una clave. Había tenido que luchar contra lo que ellos habían querido que fuera y se preguntó si no habría sentido lo mismo con él.

—Nunca has mencionado a tu madre. ¿Cómo es? —inquirió. Sería fácil hacerle el amor en ese momento, en la playa, y dejar la conversación atrás. Eso era lo que le pedía el instinto. Pero si algo había aprendido, era que Sophia estaba arraigada en su alma y que jamás sería libre de ella.

Ella echó la cabeza atrás y contempló las estrellas. Mitch alzó la mano y le acarició el cuello con suavidad.

Sophia cerró los ojos y suspiró.

—Háblame de tu madre —pidió otra vez.

—Es brillante. Es tan inteligente y aguda... —calló.

Él se preguntó si la señora Deltonio se parecería a su hija. Le gustaría conocerla, hablar con ella y averiguar los sueños secretos de Sophia que con tanto celo ésta guardaba.

—Como su hija —musitó—. ¿Es abogada?

Giró la cabeza para mirarlo, con expresión seria y reservada. Mitch comprendió que había dado con algo que jamás había esperado encontrar. Esa zona de la vida de Sophia era muy personal.

—¿Bromeas? ¿Es ama de casa?

Supo que en las palabras de Sophia estaba la verdad que había buscado desde que regresara a su vida. La motivación que había tenido para cada acto que había realizado, pero le era imposible entenderlo.

—¿Es por eso que no te has asentado? —preguntó. ¿Temería volverse como su madre?

—Más o menos. Ella podría haber sido lo que quisiera, pero su padre le dijo que se casara con mi padre y mi madre abandonó su carrera para criar a sus hijos y cuidar de todas las necesidades de mi padre.

—¿Eso la ha amargado? —quiso saber. A su cuñada, Corrine, le encantaba estar en casa con sus hijos. Lo que había sorprendido a todo el mundo en la familia, incluida a la propia Corrine, quien solía trabajar en el mundo de la publicidad para uno de los grandes estudios. En un momento de intimidad el verano anterior, le había dicho que se había dado cuenta de que había estado llenando su vida con montones de cosas sin importancia hasta que tuvo a sus hijos y a su marido.

—No. En una ocasión se lo pregunté. Y me respondió que le encantaba cuidar de la familia.

—¿Y tú supiste que jamás serías capaz de eso? —preguntó sin pensárselo.

—¿Es lo que crees?

Se encogió de hombros. Se preguntó por qué diablos había iniciado esa conversación. Debería alargar la mano y soltarle el chal, luego conducirla al océano y hacerle el amor.

—Estoy esperando —instó Sophia con un tono que dejaba bien claro que no iba a dejarlo escapar.

—No tienes un hombre fijo en tu vida —señaló.

—Es verdad, no lo tengo. Pero por lo general, los hombres que conozco pertenecen a mi profesión y no me ven de otra manera que no sea una fiscal.

—¿Por qué no?

—A veces me pregunto si no es por mí.

Él no tenía respuesta a eso. Sophia proyectaba una imagen que decía que era capaz de cuidar de sí misma. A su lado, un hombre debía tener cuidado con su amor propio, y eso podía ser muy peligroso o excitante.

—Forma parte de tu atractivo —manifestó.

—¿Qué?

—Ese desafío de tu actitud. Anuncia que puedes cuidar de ti misma sin necesitar ningún hombre... entonces, ¿para qué arriesgarse?

—No sabía que me proyectara de esa manera.

—¿Me equivoco?

—Sí.

—¿Quién fue el último hombre importante en tu vida?

—¿En serio?

—Por supuesto.

Respiró hondo.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me dejaste de esa manera? —preguntó. Sospechaba que era por el temor a perderse a sí misma. Entonces no lo había entendido, pero en ese momento tenía un poco más de sentido.

—No lo sé.

—Me cuesta creerlo. Creía haberte hecho dudar de quién eras.

¿No fueron ésas las palabras que ella había empleado para justificar sus actos pasados?

—Dicho de esa manera, suena a insensatez. Pero se remonta a mi madre. Siempre tuve miedo de que me gustara tener una familia y cuidar mucho de mi marido. Es la verdadera razón por la que me lancé a aquel trabajo años atrás. Sabía que si se reducía a elegir entre una carrera y tú, me sentiría tentada de elegirte a ti. Y desconocía cómo reaccionarías ante eso.

Él no dijo nada. Sophia no podría haber sabido que había pretendido pedirle que se casaran. Él había tenido sueños de que los dos trabajaran para un bufete importante durante unos años, y cuando hubieran aprendido lo suficiente, quizá regresar a la Costa Oeste para montar su propio bufete.

—¿Todavía te gustan mis sorpresas? —preguntó ella.

Comprendió que había permanecido largo rato en silencio, pero realmente no sabía cómo responder a eso. Sophia acababa de decirle que si él no hubiera tenido miedo de dejarle ver sus puntos débiles, podrían haber tenido una vida juntos que hubiera superado las expectativas de ambos. Saber eso y tenerla en brazos no hacía que pudiera manifestarle con palabras lo mucho que la necesitaba.

Le soltó el nudo de la nuca y le bajó el chal por el cuerpo. Sabía que esquivaba la pregunta, pero no le importó. Esa noche ya no podía hablar más. Ni siquiera quería pensar. Sólo anhelaba sentir a Sophia.

Se puso de pie y se quitó los pantalones.

—Vayamos a nadar.

Ella le tomó la mano y juntos se adentraron en el agua.

Sabiendo que había revelado mucho, Sophia no esperó que Mitch realizara el primer movimiento. En cuanto se encontraron hasta la cintura en el agua, se sumergió y se alejó de él. Se hallaban en una pequeña cala aislada donde las olas eran pequeñas y el agua somera, de modo que podían nadar cómodamente.

—Ahora te mostraré lo que es una evasión.

—No estoy seguro de que puedas ganar en este juego —dijo él, sumergiéndose tras ella.

Sophia esperó hasta que emergió.

—Atrápame si puedes.

—Hecho.

Ella se lanzó bajo una ola y al salir a la superficie, no lo vio. Debajo del agua, sintió que algo le rozaba el interior del muslo. Se sumergió y nadó un poco más hacia mar abierto.

Una vez más, al emerger no vio a Mitch, pero en esa ocasión sintió que sus dedos la acariciaban entre los glúteos. Tembló.

Tanteando a ciegas bajo el agua, encontró su erección y la rodeó con la mano, tirando de ella una vez para alejarse de inmediato.

De pronto él emergió tras ella y la rodeó con los brazos para coronarle los pechos. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

– Te pillé.

Le apretó los pezones excitados y la boca siguió jugando en su cuello. Las sensaciones se extendieron por todo su cuerpo. La erección anidó entre sus glúteos; se movió un poco para frotarlo con las nalgas.

Una de las manos de él se deslizó por su cuerpo. Se demoró en el ombligo y luego bajó más, separándole los labios. No la tocó, sólo la mantuvo abierta para que el agua del mar le estimulara el clítoris. Sophia gimió.

– Por favor – jadeó.

La erección volvió a apoyarse en sus glúteos. Le succionó el cuello. La mano en el pecho se alternó para pellizcarle los pezones y frotárselos con la palma.

Se sintió como una prisionera de su deseo y de ese hombre. Intentó escapar a nado, pero él no se lo permitió.

Mitch rió entre dientes.

«Eres mía».

Esas palabras sonaron en el interior de su alma. Sophia ignoró ese sentimiento y se concentró en lo físico.

Llevó las manos atrás y bajó una hacia el pene, asiéndolo. Pero él apartó las caderas, sin permitir que lo tocara.

– Mitch – pidió.

– ¿Qué, nena? – preguntó. Dejó que el movimiento de las olas le meciera el cuerpo contra el suyo. El pene se escabulló de su trasero y el agua pareció fría en comparación.

– Yo... – no podía pensar, no podía hablar. Sólo lo quería dentro. En ese mismo momento.

– Puedes decirlo. Me necesitas.

– Sí.

– Di por favor – indicó. Frotó la parte carnosa de los labios con caricias prolongadas. Primero un lado y luego el otro.

Anhelaba que le tocara el clítoris. Volvió a moverse con la intención de llevar la mano donde quería.

Pero él no cedió. Bajó su propia mano por su cuerpo, pero Mitch se la capturó antes de que pudiera proporcionarse alivio.

– ¿Impaciente?

– No tienes ni idea – musitó.

Rió entre dientes. Al final, le tocó el clítoris, sólo un roce ligero con la yema de un dedo.

– Mitch. Basta de juegos.

– Flota boca arriba.

Obedeció. Los acercó hacia la costa, donde podía estar de pie con facilidad. Le separó las piernas y se situó entre ellas.

– Ábrete para mí. Muéstrame dónde quieres mi lengua.

Hizo lo que le pidió y sintió su aliento en ella.

Supo que la veía inflamada de necesidad y hambrienta de su boca. Mitch bajó la cabeza y exhaló sobre el centro sensible.

Los muslos se le contrajeron y quiso cerrar las piernas alrededor de su cabeza hasta que la lanzara al abismo. Sintió los lametones con creciente fuerza. Luego el borde de sus dientes que le rozaban el contorno del clítoris y gritó.

Él introdujo dos dedos en su interior, alzándolos hacia el punto G mientras la boca seguía obrando magia sobre ella. Alternó contactos ligeros con otros más fuertes y la llevó con rapidez al borde del orgasmo. Pero Sophia se resistía, sin querer experimentarlo tan pronto.

Añadió un tercer dedo al interior de su cuerpo y los abrió al sacarlos e introducirlos con ritmo. Todo en su interior se contrajo y el clímax la recorrió como un vendaval.

Mitch la aferró de la cintura, empujándola por su cuerpo hasta que la penetró con toda su extensión.

Pero se quedó quieto. Ella abrió los ojos y lo miró.

– ¿Qué esperas?

– A ti.

Se agarró a sus hombros y se elevó para volver a dejarse caer sobre el pene.

– Más deprisa.

– Todavía no.

Contrajo la vagina alrededor de él, ordeñándolo antes de subir y dejar que escapara de su cuerpo.

Él la sujetó por las caderas y la bajó al tiempo que ascendía con las suyas. La embistió hasta que cada terminación nerviosa de Sophia hormigueó y se vio inundada por el segundo orgasmo en el momento en que Mitch le mordía el cuello y gemía con su propia liberación.

Capítulo 15

La dejó en su casa de la ciudad el domingo por la noche, justo cuando el sol se ponía. El fin de semana, aunque no había sido lo que en un principio había planeado, había resultado muy satisfactorio. La idea de marcharse en ese momento, de regresar a la solitaria habitación de hotel cerca del aeropuerto, hizo que sintiera los pies de plomo.

—¿Quieres tomar una copa antes de irte? —preguntó ella.

Tuvo ganas de meterla en el recibidor y tomarla una última vez contra la pared. Una última vez. Maldición. No estaba preparado para que fuera la última vez.

También Sophia parecía renuente a que su tiempo juntos se terminara. A punto estuvo de aceptar, pero prolongar lo inevitable no era una buena idea.

—Será mejor que no.

Se separó y atravesó la puerta abierta de su casa. Él permaneció donde estaba, aunque fue poderosa la tentación de mandar al cuerno la sensatez. Se preguntó cuándo se había vuelto tan aburrido. Pero su alma decía que era más seguro ser aburrido cerca de Sophia.

—¿Necesitas dormir bien para estar cinco horas sentado en el avión mañana?

Dudaba de que pudiera dormir. Aún podía olerla cada vez que respiraba. Todavía podía sentirla bajo sus manos y alrededor de su pene. Aún podía saborearla en su lengua.

—Si entro, sé que no querré marcharme.

—Mitch...

Había tristeza en su voz y le dolió el corazón. Deseó que las cosas fueran diferentes. Deseó que jamás le hubiera dado una pista falsa en Harvard. Porque entonces podría creer que quería que se quedara. Podría ser capaz de creer que en esa ocasión podría estar dispuesta a dejar su carrera por él, y podría creer que los finales felices aún podrían existir para ellos.

—No digas nada más... Estaría tentado de creerte —comentó él.

—¿Y no soy de fiar? —quiso saber Sophia.

Dio un paso hacia ella y Sophia retrocedió. Ya debería saber que se sentiría herida. Pero costaba romper los viejos hábitos.

—Nena, ahora tenemos más cosas en contra que cuando estábamos en Harvard.

Había intentado encontrar una solución viable. Por la noche, cuando Sophia se había acurrucado tan entregada en sus brazos, la había abrazado con desesperación e intentado encontrar un modo de unir sus vidas. No había ninguno. Ella estaba atrincherada en Orlando.

Y él no estaba dispuesto a abandonar su vida en California por ella. Tenía esa casa, esa condenada casa grande que había estado esperando llenar con una familia desde que diez años atrás regresó a Los Ángeles.

—Tienes razón. Antes de irme, me ofrecieron el puesto de fiscal adjunta. De modo que irme ahora representaría sacrificar todo aquello por lo que me he afanado.

Y jamás haría eso. Los sacrificios de Sophia habían comenzado mucho antes de conocerla. Durante el fin de semana habían charlado y Mitch se había dado cuenta de lo poco que conocía sobre ella. Había antepuesto sus estudios a todo para poder escapar de la influencia controladora de su padre y demostrar que podía salir adelante en un mundo que principalmente seguía siendo de hombres.

—Felicidades —dijo él—. Lo harás muy bien.

—Gracias.

Estaba extrañamente quieta. Tenía los brazos cruzados. Llevaba esa cinta negra de terciopelo al cuello. Lucía unas sencillas sandalias blancas y un top de seda del mismo color. Se la veía exótica y sexy delante de él. O así había estado cuando salieron de Boca Ratón; en ese momento parecía... solitaria.

Su alma hambrienta le pedía que dejara de fingir que marcharse era fácil y que la tomara en brazos. Pero sabía que Sophia no era como otras mujeres. Ésa era una parte importante de lo que lo atraía hacia ella. También era la causa principal por la que temía quedarse.

—Supongo que ya no habrá más cestas de regalo —comentó ella con sonrisa irónica.

—¿Quién sabe?

—Bueno, ya no queda nada de nuestros días juntos —indicó ella.

—Tienes razón. He descubierto que mi gran plan de venganza no fue lo que yo pensé que iba a ser.

—¿Me perdonas? —inquirió.

¿La perdonaba? El perdón era algo extraño. Su madre siempre decía que para poder perdonar a alguien había que reconocer que esa persona te había herido. Y Mitch aún no estaba listo para reconocer que lo podían herir.

—¿Recuerdas que te hablé de la tradición de mi familia de enamorarse?

—Sí.

Se suponía que la confesión era buena para el alma. Sabiendo que nunca más la vería, necesitaba ponerle una especie de broche final al pasado.

—Bueno, pensé que tú eras esa persona especial para mí. Y ahora comprendo lo poco que sabía de ti. Lo poco que te dejé ver de mí.

—¿De modo que piensas que fue deseo? —inquirió ella.

Mitch sabía que estaba dolida. Sólo deseo. Costaba etiquetar lo que habían vivido, entonces y en ese momento. Eran como leña seca y fuego. No podían coexistir

felizmente durante mucho tiempo, pero mientras las llamas ardían brillantes todo era tan bueno, tan idóneo...

—No estoy seguro. Sí sé que tú no fuiste la única culpable de lo que sucedió. Una parte de mí estaba tan ansiosa de demostrar que era capaz de asumir un riesgo...

—No estoy de acuerdo. Decididamente, yo preparé tu caída.

—Sí, lo hiciste. Pero yo te dejé.

—No te culpo por querer venganza.

—Yo sí. Podría haberme quedado y luchado. Elegí marcharme.

—Igual que ahora —musitó. Entró en su casa y cerró la puerta en silencio.

Permaneció allí un momento. Luego giró en redondo y se marchó. Tenía trabajo que hacer cuando llegara a Los Ángeles.

Se puso a repasar mentalmente la semana que le esperaba, pero sólo veía los ojos de Sophia observándolo.

Sophia bajó del avión en el Aeropuerto de Los Ángeles sin un plan claro. Sólo sabía que hacía mucho tiempo había echado a Mitch de su lado y que los últimos cinco días sin él habían sido demasiado largos y solitarios. Quizá estuviera sufriendo una crisis vital, aunque sabía que no era así.

Por primera vez había decidido seguir su corazón y no había nada que la asustara más. Era un error. ¿Qué diablos iba a decirle a Mitch? Ni siquiera sabía dónde vivía o si iba a darle la bienvenida.

La indecisión era nueva para ella y la desterró con firmeza de su mente. Por supuesto que Mitch iba a darle la bienvenida. No había querido dejarla en Orlando. Los dos lo sabían.

Recogió el equipaje y se abrió paso entre la multitud; encontró un banco tranquilo donde sentarse y sacó el teléfono móvil.

Llamó a información y consiguió el número del bufete de Mitch. ¿Qué iba a decirle? Se mostraría ecuánime y estaría atenta a lo que él dijera. Que hiciera el primer movimiento.

Marcó y esperó que la pasaran con su despacho. No se había sentido tan... indecisa desde que diez años atrás tomara la decisión de enviar a Mitch fuera del apartamento que compartían.

—Hollaran —respondió él.

Estuvo a punto de soltar el móvil. ¿Y si ya no la deseaba más a su lado?

—¿Quién es? —preguntó con impaciencia.

—Yo.

—¿Sophia? ¿En qué puedo ayudarte? —inquirió.

Sabía que debía de estar ocupado después de haber pasado tanto tiempo en la Costa Este por el caso Spinder. Probablemente, era el peor momento para llamarlo.

Respiró hondo. «Muéstrate ecuánime».

– Estoy de vacaciones durante una semana más. ¿Puedo ir a quedarme contigo?

– Ah... ¿por qué?

Ese viaje no era tan impulsivo como había pensado al conducir esa mañana al aeropuerto. Era un viaje que debería haber emprendido hacía diez años. Mitch Hollaran y ella tenían asuntos inconclusos. Y vivir en costas diferentes no iba a cambiar el hecho de que aún no habían cerrado aquel incidente.

– ¿Sophia?

– Te echo de menos – él no dijo nada. Sophia oyó el crujir de su sillón. Pensó que había entregado todo el poder que había adquirido en los últimos diez años. Había entregado todo por lo que había luchado en toda su vida. Había asumido un riesgo enorme y el tiro le había salido por la culata –. Supongo que eso responde a la pregunta.

– No, no lo hace – repuso.

– Sé que dijimos sin ataduras.

– Dijimos sin ataduras... ¿De modo que esto no es más que una continuación de nuestro fin de semana, Sophia? ¿O quieres algo más?

– No lo sé. Mi casa estaba demasiado silenciosa y pensé que pasar el resto de mis vacaciones contigo podría ser agradable.

– ¿Agradable?

– Agradable – confirmó. De hecho, sería mucho mejor que agradable. Y aunque él tenía la clave para su futuro, todavía no quería que lo supiera.

– Bueno, tendré que pensarlo.

No manejaba bien la ansiedad, así que en vez de mostrarse ecuánime como quería, espetó:

– ¿Qué hay que pensar?

– Tengo trabajo. Tú me distraes.

– No te fue mal en Orlando.

– Eso fue diferente.

– ¿En qué? – quiso saber ella. Era como si le dijera que era más importante para él de lo que antes había dejado entrever.

– Aún trabajaba bajo la premisa de obtener mi venganza. Era más fácil justificar pensar en ti.

– Y ahora te da miedo no poder hacerlo – susurró ella.

– No le tengo miedo a nada, Sophia.

– Me alegro de que uno de nosotros no tenga miedo.

– ¿Dónde estás? – inquirió él al final.

No pensaba decírselo. Ni siquiera deseaba que lo visitara.

– No quieres saberlo.

– Sí quiero.

Dejó que el silencio se prolongara unos minutos antes de suspirar y responder:

– En el aeropuerto.

– ¿En Orlando?

– No – no iba a decir más.

– Estás en Los Ángeles, ¿verdad?

– Sí.

– Nena...

– Lo sé. Ejecuta tu venganza, si eso es lo que quieres, Mitch. Dime que me vaya a casa y luego disfruta del sentimiento. Te prometo que no durará mucho.

Él suspiró.

– Eso ya lo sé.

– ¿Sí?

– Cada vez que pienso que te he vencido, termino sintiendo un terrible y profundo dolor interior.

– No era mi intención hacer que fuera peor.

– No lo has hecho... Dime en qué hotel te alojas. Me reuniré allí contigo después del trabajo.

– No hice ninguna reserva.

Él volvió a suspirar.

Sophia deseó no haber subido nunca al avión ni haber salido de Florida.

– ¿Tienes un bolígrafo? – preguntó él.

– Sí – sacó un bloc de notas y un bolígrafo del bolso.

– Ésta es la dirección de mi casa.

Ella la apuntó.

– ¿La tienes? – añadió él al terminar.

– Sí.

– Bien. Llamaré a mi ama de llaves y le diré que espere tu llegada.

– No debería haber venido – manifestó ella.

– Es posible. Pero me alegro de que lo hicieras.

– No estabas seguro de quererme aquí.

– Demonios, siempre te he querido aquí.

– Entonces, ¿se puede saber cuál es el problema? – preguntó. Nunca en toda su vida se había sentido más vulnerable que en aquel momento.

– Trato de decidir si volver a verte justifica el dolor de observarte partir otra vez.

Sintió un nudo en el estómago. Él colgó antes de que pudiera responderle. Comprendió que no era la única que necesitaba cerrar esa situación. Mitch seguía sin confiar en ella. No pasaba nada, porque tampoco ella confiaba en sí misma. Sólo sabía que necesitaba más tiempo con él antes de aceptar el puesto de fiscal adjunta y abandonar su vida personal.

Mitch tuvo mucho trabajo y no se marchó hasta las siete. El tráfico era denso, pero, aun así, llegó a casa en cuarenta y cinco minutos. Aparcó en la entrada circular de grava y permaneció sentado en el interior.

Sophia estaba en su casa.

Una parte de él quería darle el día libre al personal de servicio, cerrar las cancelas y no dejarla marchar nunca más. Pero sabía que eso era imposible.

Otra parte... la del joven que diez años atrás había sido traicionado en Harvard, quería dar marcha atrás con el coche y largarse antes de que volviera a hacerle daño.

Pero nunca había sido cobarde. Si Dev podía enfrentarse a sus peores temores y salir reforzado, también podía él. Dev había ido a ver a Julie, y así como ésta no se había mostrado complacida con las mentiras, le había ofrecido una segunda oportunidad.

Mitch no estaba interesado en segundas oportunidades. Ni en nada que pudiera representar una repetición del pasado. Quería mantener todo con Sophia fresco y nuevo.

Se guardó las llaves en el bolsillo, recogió el maletín y bajó del coche. La casa estaba en silencio cuando entró. Pasó por su estudio, dejó el maletín y comprobó el buzón de voz. Se aflojó la corbata, salió a la terraza, se acercó a la barandilla y miró el patio.

En la terraza sintió la presencia de otra persona. El escalofrío que le recorrió la espalda le indicó que era Sophia. Eso era lo que había temido cuando le comunicó que estaba en Los Ángeles.

Su cuerpo aún la anhelaba como una adicción dulce. Sabía que su alma todavía estaba hambrienta de ella porque todas las noches despertaba en una maraña de sábanas húmedas, llamándola. Su corazón aún deseaba algo que no estaba seguro de que pudiera encontrar con Sophia.

Oyó sus pisadas por la terraza de madera al acercarse a él. El suave crujido de unos pies descalzos. Mentalmente la vio tal como había estado en la terraza de Boca Ratón, desnuda salvo por el colorido chal.

Se puso tenso. Eso era lo que siempre había anhelado. Sophia Deltonio en su hogar. Y una vez que se encontraba allí, ¿qué iba a hacer con ella? No creyó que pudiera dejar que volviera a marcharse.

– Buenas noches – saludó, deteniéndose junto a él.

Olía bien. Algo ligero y floral... fresco y excitante. Miró a la izquierda y vio que llevaba un par de pantalones cortos de color caqui y una camiseta sencilla. Llevaba el pelo recogido en una coleta y esa cinta de terciopelo estaba alrededor de su cuello. Desde luego, no se había vestido para provocarlo.

Pero, de todos modos, lo hacía.

En sus ojos había una emoción indefinible. Se preguntó si vería lo que en realidad deseaba ver. Algo había comprendido en los últimos días que habían estado separados. Sophia jamás iba a llegar a estar fuera de su alma. No importaba qué clase de venganza se tomara o no. Siempre sería parte del material de su ser.

– ¿Dónde está María? – preguntó para distraerse y no concentrarse en esos labios tan tentadores.

Sophia se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

– No estoy acostumbrada a tener ama de llaves. Cuando llamaste para decir que llegabas tarde, la envié a casa.

Se hallaban solos. Si quería, podía tomarla en brazos y hacerle el amor allí mismo. Sabía que no lo rechazaría. Jamás lo hacía cuando entraban en el campo físico. Pero necesitaba algo más que unir sus cuerpos... necesitaba unir sus almas, y no sabía si ella se encontraba dispuesta a darle la suya.

– ¿Has cenado ya? – le preguntó.

Ella negó con un gesto de la cabeza y se acercó un paso más.

– No tengo hambre de comida.

– ¿Por qué estás aquí? – preguntó con brusquedad, como si no fuera uno de los abogados más elocuentes de California.

Ella se mordió el labio inferior.

– No lo sé con certeza.

– Creía que me echabas de menos.

– Y así era.

– ¿No has venido por eso? – inquirió con voz sedosa.

– Sí y no.

– ¿Vamos a empezar con los juegos?

– ¿Por qué no? A los dos se nos dan bien.

- Quizá ya estoy cansado de jugar.
- Oh... entonces recogeré mis cosas y llamaré a un taxi.
- No te pedí que te marcharas.
- ¿Qué quieres de mí?
- Me conformaré con un poco de sinceridad.

Ella tragó saliva y giró para clavar otra vez la vista en el patio.

– Te... te echaba de menos y quería comprobar si podíamos tener algo más que una aventura.

Eso era exactamente lo que él temía, porque sabía que tenían el potencial de ser más que amantes.

Y no estaba seguro de que pudiera llegar a confiar en ella con su corazón una segunda vez.

Capítulo 16

El silencio entre ambos se alargó. Ya no tenía nada que perder. Ir a Los Ángeles la había desnudado. Y mientras esperaba en el aeropuerto, se había dado cuenta de que no había ido para unas vacaciones. Quería permanecer en la casa y en la vida de Mitch el resto de su vida.

Al llegar a su hogar de Bel Air, otra pieza del rompecabezas que era Mitch había encajado en su sitio. La casa de Mitch era un lugar al que llevar a una familia. En cuanto vio la mansión, comprendió parte del motivo por el que había buscado vengarse de ella.

Mitch quería una familia, pero había sido incapaz de seguir adelante. Lo sabía porque ella había estado atrapada en la misma clase de limbo hasta el fin de semana que pasaron juntos. De repente comprendió que eso no era verdad. Había empezado a cambiar incluso desde antes de que volvieran a verse. En cuanto esa cesta con las Coronas apareció en su mesa, había comenzado a enamorarse otra vez de él.

Esperaba poder convencerlo de que necesitaban una segunda oportunidad. Porque sabía que nunca iba a encontrar a otro hombre como Mitch. Demonios, los últimos diez años habían demostrado que era el único hombre para ella.

Él seguía en silencio. Sophia carraspeó y trató de pensar en algo que decir.

—Mmmm... llamó tu madre después de que se marchara María. Pensó que era una de tus nuevas criadas.

—¿Le dijiste que no lo eras?

—No —había sonado muy agradable por teléfono. A punto había estado de confesarle quién era de verdad, pero la idea de contarle que ella era el motivo por el que Mitch había abandonado Harvard todos esos años atrás la detuvo.

—¿Por qué no? —preguntó. Se volvió para mirarla. Aún llevaba puesto el traje, aunque se había quitado la corbata y la chaqueta.

—Pensé que si tu madre se enteraba de quién era yo, lo más probable era que no le cayera muy bien.

—Mi familia no te odia.

Sophia no quería hablar de su familia. Quería que le dijera lo que sentía por ella, para que pudiera sentirse segura revelándole todos los sentimientos que había reprimido durante tanto tiempo.

—No puedo caerles demasiado bien. Soy la causa por la que no te graduaste en Harvard.

Mitch se encogió de hombros y apartó la vista.

—Mi padre es dueño de una ferretería. No les importaba Harvard.

—Sí, pero aun así, yo fui la mujer que te traicionó.

El solo hecho de decir esas palabras le provocó un profundo dolor interior. Su familia conocía la existencia de Mitch. Se lo había contado a su madre el verano después de la graduación, cuando quedó claro que él no iba a regresar nunca. Que no la había querido más que lo que había querido el puesto de pasante en un bufete importante. Su madre había quedado decepcionada porque no antepusiera el corazón al cerebro. Pero al final Sophia había sentido que había tomado la decisión adecuada. Hasta ese momento.

Hasta que se dio cuenta de que había herido a Mitch y probablemente los sueños que tenía su familia para él.

Él le dio la espalda.

— Nunca les hablé de ti.

Se sintió sorprendida. Desde luego, no quería caerle mal a su familia, pero había esperado algo diferente.

— ¿Qué? Creía que habías dicho que ibas a pedirme que me casara contigo.

Él metió las manos en los bolsillos. Algo que se había dado cuenta de que hacía cuando se sentía agitado. Ya lo había hecho un par de veces en el tribunal.

— Y así era.

— ¿Pero jamás me mencionaste a tu familia? ¿Dónde está la confianza ahora, Mitch? — preguntó. Nunca se había sentido más idiota. ¿Por qué no se había dado cuenta de que Mitch jamás confiaría en ella? No podía porque hacía tiempo que había tomado una decisión al respecto. Y nada lo haría cambiar de parecer.

— Me cuesta quedar como un idiota.

Ella cruzó los brazos y se alejó unos pasos de él.

— Nos pasa a todos.

— No como a mí. ¿Quieres una copa? — se dirigió al minibar. Sacó dos Coronas y las depositó en la barra.

Ella movió la cabeza.

— No. Creo que será mejor que me marche. El motivo por el que vine aquí... bueno, eso ya no importa.

— ¿Por qué viniste?

— Vine en busca de algo que no existe.

— ¿Qué?

— No hagas que lo diga. Creo que ya he quedado bastante estúpida para un solo día, apareciendo así, sin llamar primero.

— No pensé que eso fuera una estupidez.

— No, probablemente fuera un potenciador para tu ego. Pero a pesar de lo que puedas pensar dado mi comportamiento reciente, aún me queda algo de ego y me

gustaría llevarme esos jirones conmigo cuando vuelva a casa. Adiós, Mitch. Espero que encuentres la familia que necesitas para llenar esta casa con amor.

Entró en la casa y salió de su vida, con la esperanza de poder llegar al recibidor y a sus maletas antes de que empezaran a caer las lágrimas que le querían quemar los ojos.

La venganza era un lugar muy frío y Mitch sabía que si dejaba que Sophia se marchara, la tendría en abundancia. La agarró del brazo antes de que pudiera dar otro paso. La sintió pequeña y frágil bajo su mano grande.

Sabía que era una mujer formidable. Pero siempre olvidaba que se trataba de una imagen que ella proyectaba y no su forma física.

Dejarla ir no era una opción. Al verla ahí, en la casa que había creado, comprendió que la había construido para ella. Para ellos. Para la familia que siempre había imaginado que tendrían. En ese momento supo que para que confiara en él, primero tenía que confiar en ella.

—No te vayas —pidió. El poder y el control ya no importaban. Si estaba solo... si dejaba que se marchara, carecería de todo poder. Volvería a ser un hombre quebrado y no quería pasar otra vez por eso.

—No puedo hacer esto ahora... al menos no esta noche. Déjame ir a un hotel y te llamaré por la mañana —dijo ella con profunda emoción.

No iba a alojarse en ningún sitio que no fuera en su casa. En su cama enorme en la planta de arriba. La pegó a él y enterró la cara en el cuello de Sophia. Dios, olía tan dulce y sensual... Sabía que si la tocaba incitaría una reacción física que postergaría esa conversación.

Giró la cabeza y comenzó a apartarle el cabello, pero se detuvo en el último segundo. No necesitaban hacer el amor en ese momento. Necesitaban hablar y despejar la atmósfera como nunca lo habían hecho. Y ella había tenido razón al pedir sinceridad. Ya era hora de que confesara lo profundamente que la tenía arraigada en su corazón y su alma.

—Esto no tiene nada que ver con el ego —afirmó al final.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver? —susurró Sophia.

Él recordó la primera noche que había regresado a su vida y lo que le había dicho mientras compartían un cóctel. Había dicho que quería exorcizarla de sus sueños. Pero acababa de darse cuenta de que no tenía ningún sueño que no la implicara a ella. Y si la exorcizaba de ellos, no le quedaría más que un futuro frío y solitario.

—Tiene que ver... maldita sea... no sé cómo decirlo.

Ella giró en el abrazo y le enmarcó la cara con las manos para ponerse de puntillas y rozarle los labios con los suyos.

—Mitch, he venido aquí porque no quiero pasar el resto de mi vida sin ti.

Las palabras lo abandonaron. Ella había corrido un riesgo que él aún temía asumir. Sophia Deltonio, la mujer que siempre había considerado fría y nada emocional, le había demostrado que seguía siendo la persona más valiente que había conocido.

—Oh, Dios... yo también —le llenó la cara de besos hasta que al final le tomó la boca.

—¿De verdad?

—De verdad. Te amo, Sophia. No quería. Intenté fingir que la venganza era lo único que quería de ti... ya sabes, una oportunidad para recuperar mi orgullo. Pero en lo más hondo conocía la verdad.

—¿Qué verdad? —inquirió ella.

Él cerró los ojos un momento y simplemente se permitió saborear las sensaciones que lo recorrían.

—Que te quería otra vez en mis brazos. Todo lo que he logrado en mi carrera profesional era para impresionarte. Para mostrarte que yo era el hombre que necesitabas a tu lado.

—Mitch...

Le tapó la boca con dos dedos. Tenía más que confesar. Y nunca más volvería a repetir lo que tuviera que decir en ese momento.

—No digas nada. Deja que acabe. Construí esta casa porque quiero una familia. Y salí con mujeres hermosas y las traje aquí, pero no encajaban. Nada estaba bien. Hasta que apareciste tú —se apoyó sobre una rodilla—. Quiero que te cases conmigo.

Sacó el anillo que había comprado diez años atrás.

—¿Compraste este anillo cuando construiste la casa? —preguntó Sophia.

Él movió la cabeza.

—Lo compré en Cambridge justo antes de las vacaciones de primavera.

Ella empezó a llorar y se hundió a su lado. Mitch la envolvió con sus brazos y la apretó contra su pecho. Era dolorosamente consciente de que no había dicho que sería su esposa. O que lo amara. Consoló a la única mujer que alguna vez había llegado a ser la dueña de su corazón.

—No te merezco —manifestó ella.

—¿Por qué no?

—¿Qué clase de mujer no sabe que el hombre que la ama va a declararse? ¿Qué clase de mujer traiciona a ese hombre y nunca más vuelve a ponerse en contacto con él? ¿Qué clase de mujer...?

La calló con los labios. Sabía a lágrimas y a algo que sólo asociaba con Sophia. Pasados unos largos minutos, alzó la cabeza.

—La única mujer para mí.

– Te amo, Mitch – musitó. Se levantó y la alzó en brazos para conducirla al Edén que era su patio trasero.

Quería hacer el amor con Sophia y sellar su compromiso delante de la naturaleza y el universo.

Le introdujo el anillo en el dedo y ella lo besó mientras la llevaba escalones abajo hacia la piscina.

Le hizo el amor sin juegos preliminares. Los desnudó a ambos y la echó sobre una tumbona, luego apoyó los pies de ella sobre sus hombros y la penetró con una larga embestida.

– Eres mía.

– Sí.

Le sostuvo las caderas con las manos fuertes y los ojos con su mirada hipnotizadora. Ella tembló bajo el impacto de las embestidas y los dos llegaron juntos al orgasmo.

Después la acunó en sus brazos mientras las flores llenaban el aire con una fragancia natural y la noche proyectaba una atmósfera de ensueño.

Sophia no quería ponerle fin a la magia, pero era pragmática y su mente bullía con preguntas.

– ¿Dónde viviremos? – inquirió de repente.

Mitch dejó de acariciarle la espalda.

– Eso depende de ti. Tienes un trabajo importante esperándote en Orlando. ¿Vas a aceptarlo?

– Desde que estoy de vacaciones, no he pensado en nada salvo en ti – reconoció.

– Ésa no es la Sophia que conozco – empezó a acariciarle la espalda otra vez.

– Pero lo es – musitó. Giró en sus brazos y le enmarcó la cara –. Sólo me centré en mi carrera porque temía que me gobernara el corazón. Sin embargo, ése ya no es el caso.

– ¿Qué estás diciendo, abogada? – inquirió con seriedad.

– Que creo que quiero vivir aquí, en esta casa que has construido para nuestra familia. Ya encontraré un trabajo de abogada en California.

– A mí me suena maravilloso. Si no quieres, no tienes que trabajar.

Lo pensó unos momentos. Le resultaba imposible pensar en no ejercer la abogacía.

– He de hacerlo. Forma una parte importante de quien soy.

– Me parece bien cualquier decisión que tomes. Pero tengo una petición.

– ¿Y es...?

Le acarició la fina cinta de terciopelo.

—Que lleves esto en casa.

Ella asintió. Sabía que para Mitch representaba lo mismo que para ella. Una conexión con aquel primer amor que habían compartido y que no habían sido capaces de controlar.

Él bajó la cabeza y le besó el cuello donde estaba la cinta, pasando la lengua entre la piel y la tela.

Quiso hacerle el amor a su hombre, pero había una cosa más que la preocupaba.

—¿Qué me dices de tu familia? —preguntó.

—Sophia, te adorarán. Mi madre lleva una eternidad queriendo que me case.

—Pero yo soy la causa de que durante mucho tiempo no lo hicieras.

—Nena, estamos trabajando en una leyenda.

—¿Qué clase de leyenda?

—La balada de Sophia y Mitch... amantes desgraciados y abogados obstinados que tuvieron que esperar diez años para darse cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Si hay algo que a mis padres les encante es una leyenda romántica.

Sophia creyó que el corazón podía estallarle de amor. Puso a Mitch de espaldas y le hizo el amor lentamente, besando y acariciando cada centímetro de su cuerpo. Ofreciéndole los pechos para dejar que los succionara.

Luego lo montó y lo recibió en su cuerpo. En esa ocasión el clímax llegó despacio y pausado, hasta que al final rompió sobre ellos al mismo tiempo.

Se dejó caer sobre él y cerró los ojos, sabiendo que había encontrado lo que siempre había querido. Un hombre capaz de domar su desasosiego interior.

—La venganza es dulce —musitó Mitch sobre el cabello de ella.

—¿De verdad?

—Hizo que te recuperara, ¿no?

—Sí. Por supuesto que sí.

Fin